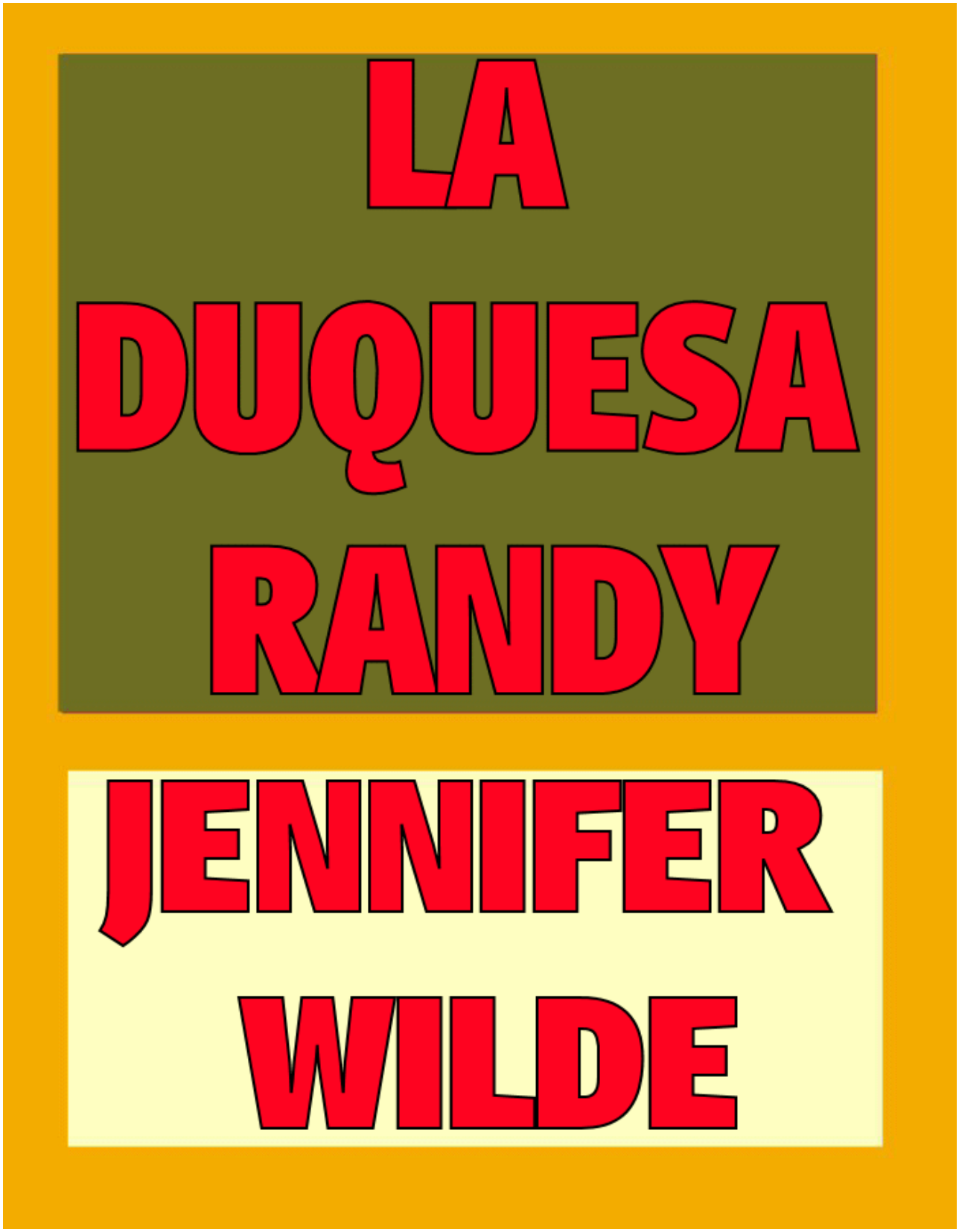


LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1746

1

Me froté los ojos, me incorporé y me quedé mirando detenidamente el gato. Era negro y escuálido, y mantenía clavados en mí unos ojos acusadores, como si me reprochara el hecho de no ofrecerle un poco de caballa y un platito de leche.

- Lo siento, gato -le dije-. Si tuviera leche me la bebería yo, y si tuviera un poco de caballa me sentiría en la gloria. Que vida más dura, ¿verdad?

Me miró maliciosamente y meneó la cola con aire arrogante, saltando con afectación por encima del gran montón de carbón antes de salir por la ventana entreabierta. Maldita ventana. Se me había olvidado cerrarla la noche anterior. No tenía nada de extraño que me encontrase medio helada. Bostecé, reuní a mi alrededor aquellos hediondos sacos marrones y volví a acomodarme en el acogedor nido de paja. No había motivo de queja. Disponía de toda la carbonera para mí sola, no tenía que compartirla con nadie, y el viejo Hawkins sólo me cobraba un penique cada noche por usarla. Puede que la carbonera fuese pequeña y estuviese asquerosa, puede que hubiese ratas, pero era mucho mejor que aquellas malolientes pensiones de ínfima categoría donde dormían hasta veinte personas en el mismo cuartucho... hombres, mujeres y niños amontonados sobre la paja y llenos de piojos por todas partes. Además, una muchacha no estaba segura en un sitio así.

Una muchacha no estaba segura en ningún lugar en todo St. Giles, a no ser que supiera cuidar de sí misma. Yo sabía hacerlo. Llevaba cuidando de mí misma desde la muerte de mi madre, y además lo hacia puñeteramente bien. No tenía ningún gangoso que me vigilase, me mangoneara y me azotara en el trasero cuando no consiguiese llevarle suficientes chelines. No necesitaba a ninguno. ¿Por qué tenía yo que salir a venderles el rabo a hombres desconocidos para después llevarle el dinero a cualquier chulo embrutecido? Yo era demasiado independiente para eso, lo había sido siempre, y no tenía ningún interés en hacer de puta por ahí. Una muchacha puede vivir de eso durante algún tiempo, mientras es joven y aún no tiene enfermedades, pero a mí no me hacia ninguna gracia acabar a los veinte años siendo una vieja decrépita agarrada a una botella de ginebra en algún callejón oscuro y muriéndome de hambre porque hubiese perdido ya todo el atractivo.

No; robar era mucho más fácil siempre y cuando no te atraparan. A mí nunca me habían cogido todavía, aunque en dos ocasiones habían estado a punto de hacerlo. Un cazador de ladrones me había echado el guante una vez; me había puesto encima sus toscas manos después de que yo le hubiese afanado las magníficas hebillas de los zapatos a un caballero, pero me soltó en seguida, en cuanto le propiné un buen rodillazo en la ingle. No había en todo Londres cazador de ladrones, vigilante u oficial de policía que fuera lo bastante listo ni lo suficientemente rápido para conseguir atraparme. Yo era demasiado ágil, demasiado astuta, y me conocía al dedillo todos los escondites de St. Giles.

El gato volvió a entrar por la ventana, tiritando, y pasó a toda carrera por encima del carbón. Afuera hacía un frío de todos los demonios. ¿Qué no daría yo por una capa caliente y quizás un par de zapatos? La capa estaría forrada de lana y tendría el cuello de pieles, y los zapatos serían bien cómodos y calientes, de piel de cabrito y con elegantes y pequeños tacones; y yo los admiraría al tiempo que me calentaba los pies delante de mi propio fuego particular,

Sonreí para mis adentros al imaginarme cómo sería aquello. Tendría pan, queso, y un buen pedazo de asado de buey. No, una caja de bombones, envuelto cada uno de ellos en papel dorado y rizado. En cierta ocasión había visto una caja así en un escaparate junto a una bandeja de fruta escarchada cubierta de azúcar; tenía todo un aspecto tan apetitoso que estuve a punto de romper el cristal del escaparate para poder llevarme unos cuantos.

Gente de lujo comiendo fruta escarchada. Y pasteles. La gente comía delicados pastelillos cubiertos de crema blanca. También comían melocotones, y unas uvas estupendas, y ostras, y pollos asados bien dorados y crujientes. Cerré los ojos y vi la mesa con el festín dispuesto y yo preparada para comerme todo y beber el vino a sorbos en una copa de cristal. Me comería todo y luego me limpiaría los dedos, siempre con mucha elegancia, y les diría que me tomaría sólo una pizca más de sopa y una pera en almíbar. El estómago empezó a gruñirme. No servia de nada soñar despierta con comida. Manjares así no eran para personas como yo. Los que vivían en St. Giles se consideraban muy afortunados si conseguían un tazón de gachas y unos cuantos mendrugos de pan duro. La mayoría de ellos vivían a base de ginebra, que era lo más barato que se podía encontrar, a un penique el medio cuartillo.

A mí la ginebra no me gustaba. No me hacía gracia el sabor, ni tampoco el efecto que producía. Aquí, en St. Giles, la fabricaban en sótanos sucios y la servían en vasos asquerosos, y uno tenía suerte si no se quedaba ciego. Los niños la bebían igual que los adultos, y era frecuente ver a criaturas de cinco o seis años arrastrándose por ahí con los ojos vidriosos. Ayudaba a olvidarse de la miseria, eso es lo que hacía la ginebra, pero una muchacha no puede ejercer como es debido de carterista o mangar hebillas de zapatos de lujo si tiene la mente ofuscada. Yo no quería que nada me nublase los sentidos. Una ladrona independiente como yo, sin una banda que la respaldase, necesitaba estar siempre lo más alerta posible.

Bostecé. El gato se me acercó y me olisqueó el pelo. Maulló con desagrado al tiempo que levantaba la nariz y volvía a retirarse al montón de carbón.

- Pues tú tampoco es que huelas como una rosa, compañero - le dije-. Un día de estos voy a robar una pastilla de jabón, conseguiré un poco de agua y me daré un baño como es debido, aunque no veo muchas ventajas en ello. Volveré a ensuciarme de dormir en esta carbonera y de rondar por las calles. Además, bañarse mucho no es sano.

El gato empezó a escarbar entre el carbón con la esperanza, sin duda, de encontrar algo comestible. Pobre animal. Si yo tuviera alguna migaja de comida se la daría. Odiaba ver sufrir a alguien, y en St. Giles lo único que había a mi alrededor era sufrimiento por todas partes. Gente que agonizaba en los sótanos, recién nacidos no deseados a los que arrojaban por las alcantarillas. Cadáveres de gatos y perros tirados en montones de basura, que apestaban de un modo horrible.

- Te diré lo que vamos a hacer, encanto - le indiqué-; iré a buscar algo para los dos. Seguro que hoy va a ser un buen día, pues van a ahorcar a un tipo en Tyburn y esta vez haré que ese maldito perista me pague como Dios manda, y me compraré un pan y un gran cubo de leche y lo traeré aquí esta noche. ¿Te parece bien?

El gato lanzó un lastimero maullido y siguió arremetiendo contra el carbón. Porras. Afuera hacía un frío helado y nosotros dos nos estábamos muriendo de hambre sin un penique en el bolsillo. Nunca conseguía ahorrar unos peniques, por muy bien que me fuera. Aquel bestia de la casa de cosas robadas le engañaba a uno de mala manera - todos eran iguales-, y uno tenía suerte si le alcanzaba para comer. Dos o tres días malos seguidos y uno a punto estaba de morirse de hambre, maldita sea. Lo mejor era robar comida directamente, pero los cabrones de los puestos de comida eran todos unos patanes corpulentos de expresión fiera capaces de romperle el cuello a uno sólo con la mirada, que además resultaba cortante. Podían colgarlo a uno por robar un pan, ahorcarlo con una cuerda colgada de Tyburn Tree lo mismo que al criminal más malvado. Sólo hacía tres meses que habían ahorcado a un muchachito de doce años por el espantoso crimen de robar tres manzanas.

Fruncí el ceño. No servía de nada pensar en lo injusto de todo aquello. Las cosas eran como eran, y no se podía hacer nada. Los magistrados y aquellas personas que contrataban para mantener la ley estaban más corrompidos que los mismos criminales; y los cazadores de ladrones eran mucho más salvajes que aquellos a los que perseguían. Si se tenía el dinero necesario se podía comprar la libertad cualquiera que fuese el problema. Se podía matar a un hombre y salir libre de toda culpa si se tenía el oro que hacía falta para pagar a un abogado. Este alquilaba a dos testigos falsos que eran capaces de jurar que el acusado se encontraba en un lugar diferente la noche del crimen; luego le daba al magistrado un substancioso soborno y uno salía tranquilamente del calabozo tan libre como un pájaro.

Sólo a los pobres colgaban de Tyburn Tree. Y a los traidores, claro está.

Aquel día iban a colgar a un traidor. Uno de aquellos infelices que había luchado con el Hermoso Príncipe Charles (1) y había conseguido escapar de la matanza de Culloden sólo para que al final el vengativo Cumberland le siguiese la pista hasta echarle mano. El duque de Cumberland era el hombre más odiado de Inglaterra, un villano sediento de sangre que había diezmado a mujeres y niños en los páramos de Culloden y que juraba que no descansaría hasta que hubiese apresado al último hombre de aquellos que habían apoyado al Hermoso Príncipe. Los Hanover que se sentaban en el trono de Inglaterra eran un puñetero atajo de estúpidos y lerdos, la mayoría de ellos ni siquiera eran capaces de hablar inglés durante mucho tiempo seguido, y el pobre Príncipe Charlie era un fugitivo que estaba refugiado en Europa cuando hubiera debido estar luciendo su encantadora sonrisa desde el trono.

Pobrecito Príncipe, pensé yo poniéndome cómoda entre los harapos. Me alegraba de que hubiese podido escurrir el bulto en el campo de batalla antes de que Cumberland le capturase, y me estremecía cada vez que pasaba por el templo y veía las cabezas de sus seguidores clavadas en las estacas. Cumberland aseguraba que también pondría allí la cabeza del Príncipe Charlie, después de haberla sazonado con sal de Bahía y semilla de comino para impedir que los pájaros la picoteasen. Aquel pensamiento me

Librodot

daba escalofríos. Me dije que ya era hora de levantarse. No sacaba nada con quedarme allí tiritando sobre la paja con el estómago vacío y el cuerpo medio congelado. Debían de ser ya por lo menos las siete.

De mala gana me moví, volví a incorporarme, me di masajes en los brazos y metí los pies desnudos dentro de los harapos. Me pasé los dedos por el pelo para comprobar si tenía piojos. Odiaba aquellos horribles bichitos, no podía soportarlos. Al no encontrar ninguno, suspiré y me arrastré a gatas hasta el rincón donde guardaba mis pertenencias: un cepillo, un peine roto, tres velas y el maltrecho libro de Shakespeare que había afanado antes de marcharme de la casa de la señora Humphreys la noche en que murió mi madre. Cogí el cepillo, le eché una rápida mirada al gato y comencé el ritual matutino.

- Puede que no me lave el pelo, gato - le dije en tono afectuoso-, pero lo tengo siempre bien cepillado. Cincuenta pasadas por la mañana y cincuenta por la noche, eso mantiene alejados a los piojos. La Gran Moll dice que tengo el pelo como el fuego: marrón rojizo, dice que podría calentarse las manos en él, dice que sería capaz de vender el alma por una mata de pelo como el mío. Sí que le serviría de mucho, pues es tan grande como un pajar.

Completamente indiferente a mis comentarios, el gato estaba mucho más preocupado a causa de un crujido que venía del otro lado de la pared.

- Eso es -le dije-. Ratas. Ratas grandes. ¿Por qué no estabas aquí anoche cuando aquella alimaña intentaba mordisquearme los dedos de los pies? Tuve que arrojarle cien trozos de carbón antes de que se diera por vencida y se buscara otra cena. Si la cazas te traeré dos cubos de leche.

Después de dejar a un lado el cepillo cogí el libro. Se estaba haciendo pedazos de tanto leerlo. No puede decirse que lo entendiera todo, pero era bonito leer las palabras e imaginarse todos aquellos reyes, príncipes, hadas, soldados y desgraciados amantes, aquellos castillos, aquellos páramos, aquellos bosques encantados. Yo solía leerle las obras a mi madre en voz alta, recordé, y ella me había dicho que yo me llamaba así por la muchacha de La tempestad. Hojeé rápidamente las ajadas páginas llenas de huellas de dedos, y acaricié el lomo adornado con filigrana que estaba tristemente roto y rasgado; acaricié el volumen. Era lo único que me quedaba del pasado.

Sería agradable tener más tiempo para leer. La gente pensaba que yo estaba un poco loca, naturalmente. Puede que lo estuviese, pero era tan acogedor y reconfortante encender una vela y ponerse cómodo en aquel nido de paja, y olvidar los peligros y las durezas del día mientras leía cosas sobre aquellos seres encantadores que tenían ropas preciosas y montones de comida, y que a veces se volvían sencillamente locos de atar. Yo, si tuviera un par de vestidos bonitos y la barriga llena, nunca me volvería loca, por muy ingratos que fuesen mis hijos. Les diría que se fueran a hacer puñetas y me trajeran otro pastel de carne. Tampoco me suicidaría sólo porque me saliese mal algún asunto amoroso. Aquella Julieta realmente era una boba, pensaba yo. Todos aquellos vestidos de terciopelo, todas aquellas cosas buenas para comer, y va y se bebe un veneno porque no puede conseguir a Romeo.

¡Bobadas! Estaba mal de la cabeza, la muy puñetera.

Nunca había habido un Romeo en mi vida, y nunca lo habría si yo podía evitarlo. ¡Hombres! ¿Quién los necesita? Bestias, fanfarrones y bravucones todos ellos, siempre dispuestos a engañar a una muchacha, siempre deseando reventarle a una la cereza. Yo me daba cuenta de cómo me

Librodot

miraban, claro. Veía cómo se les encendían los ojos, veía cómo se relamían los labios, jadeando de ganas de arrastrarme a algún callejón oscuro y salirse con la suya. Cualquier hombre que fuese lo bastante estúpido como para ponerme una mano encima conseguía un buen arañazo en la cara, un mordisco en el brazo, un rodillazo en la entrepierna. Los hombres de St. Giles me llamaban gata salvaje, decían que no era conveniente gastarle bromas a esa puñetera de Randy, le capa a uno y le hace cantar como una soprano. Me guardaré la cereza para mí sola, muchas gracias, y si realmente un día decidiera que alguien me la pinchase, no sería en cualquier callejón asqueroso ni en una de esas casa de putas vendiéndome por dos libras, ni siquiera por cinco. Eso era lo que la Gran Moll me aseguraba que se cobraba por ello.

Dejé a Shakespeare. Había leído otros muchos libros además, todos ellos robados. Era fácil robar libros. La gente nunca piensa que alguien los quiera para algo. Los robaba, los leía y luego los llevaba a la casa de compra de objetos robados donde el perista ponía mala cara, me daba un par de peniques y me decía que estaba mal de la cabeza por robar libros cuando podía estar robando broches, relojes o hebillas de zapatos de lujo. Los libros no valían nada, me explicaba gruñendo, y yo ni siquiera intentaba decirle lo mucho que significaban para mí. Seguía robándolos y leyéndolos, a veces sin entender bien las palabras, por supuesto, pero ávida por leerlos a pesar de todo. Una vez me apoderé de un espantoso libro de sermones que no tenía pies ni cabeza, y otras veces eran aburridos libros de viajes, pero en ocasiones tenía suerte y agarraba algo como Moll Flanders, de aquel tipo, Defoe. La gente podía seguir llamándome loca si quería, pero yo necesitaba tener libros como otros necesitaban tener ginebra.

Aquella mañana, sin embargo, no había tiempo para leer. Envolví con cuidado el libro con unos harapos y volví a ponerlo debajo de una tabla del suelo que estaba floja junto con el cepillo, el peine y las velas. Entonces pensé en mi mamá. Mientras estaba arrodillada allí, entre la paja y el carbón, vi su rostro con tanta claridad como si un retrato se hubiese materializado ante mí. La vi con el mismo aspecto que tenía cuando vivíamos en la casa de aquel pequeño pueblo soleado cuyo nombre no conseguía recordar. Me acordaba muy poco de aquellos días todo me parecía borroso y confuso. Creía recordar un estanque lleno de patos y una gran catedral con torres de aguja, y también recordaba vagamente a alguien llamado tía Maggi, pero el resto era muy confuso. Una vez me llego a la memoria el fugaz destello de un hombre joven y atractivo que tenía una sonrisa tentadora y decía que se casaría conmigo cuando yo creciera. ¿Davy? ¿Se llamaba Davy? El recuerdo me centelleó en la mente durante un instante y luego se desvaneció.

Recordaba a mi madre, sin embargo, y mientras contemplaba el retrato mental que se había materializado ante mí era como si me mirase en un espejo, porque yo tenía las mismas facciones que ella. Los mismos pómulos altos y la misma boca, aunque la mía era un poco más llena, no tan delicada. Teníamos también los mismos ojos, los míos de un azul intenso en lugar de grises, con débiles sombras de color malva en los párpados, como ella, y largas pestañas rizadas. Yo también tenía el pelo castaño rojizo, como mamá, pero el mío era más brillante, casi cobrizo, tirando más a rojo que a marrón. Me parecía a ella en muchos aspectos, pero mi mamá había sido una mujer hermosa y yo era una pobre pilluela de la calle con la cara sucia.

Los hombres me miraban, cierto, pero no era por mi cara, sino porque tenía bastante pecho, una cintura estrecha y las piernas largas.

El retrato mental empezó a cambiar gradualmente hasta que otro tomó su lugar, y me encontré contemplando a mi madre tal como era en su último día. Aquel adorable rostro se había vuelto adusto, con ojeras y profundos huecos debajo de los pómulos. Los recuerdos volvían a mí como una riada, trayéndome el dolor que siempre los acompañaba. Nunca olvidaría aquel día. Nunca. Recuerdo bien su dulce sonrisa y el modo en que aquellos tristes ojos grises me miraban mientras mi madre me acariciaba la mejilla con una mano lastimosamente frágil. Recuerdo la tos atormentadora y los pañuelos manchados de sangre que siempre trataba de ocultar debajo de la ropa de cama. La señora Humphreys, una mujer horrible con ojos mezquinos y astutos, entró en la habitación. Siempre me estaba espiando, y era ella la que insistía para que mamá me entregara a las autoridades de la parroquia y me enviara al orfanato, pues afirmaba que yo estaría mucho mejor con los otros pobres niñitos.

- Se está muriendo - me dijo llanamente la señora Humphreys-. Ya no le queda mucho tiempo. La oí toser anoche, y parecía que fuese a echar los pulmones.

- ¡Fuera de aquí! -le grité.

-Voy a buscar a Jenkins. Elia sabrá lo que hay que hacer en estos casos. Jenkins trabaja en la parroquia, es enfermera. Se ocupará de que entierren a tu madre y te llevará con ella al asilo parroquial.

- ¡Mi mamá no se está muriendo!

La señora Humphreys me dirigió una mirada de suficiencia y salió con paso firme de la habitación. Yo le cogí la mano a mamá y se la apreté, mientras ella movía la cabeza de un lado al otro. Las dos sabíamos que ya casi había terminado todo. Las fuerzas la habían abandonado. Era un puro esqueleto. Yo no hacía más que mojar un trapo en agua y humedecerle la frente, sonriéndole todo el rato y fingiendo además que se trataba sólo de un ataque más y que seguro que se pondría mejor. Mi sonrisa no consiguió engañarla, ni tampoco me engañó a mí la suya, muy dulce. Le apreté la mano y le mojé la frente, esperando.

-Tú... tú tendrás a alguien que te cuide, Miranda -susurró-. Él... él vendrá a buscarte. Sé que lo hará. Le envié... le envié un... -Cerró los ojos y trató de reunir las fuerzas suficientes para continuar-. Se lo conté todo... toda la historia, y sé que él... vendrá a buscarte. Estarás...

La voz se le extinguió. Volvió a toser, y cuando se quitó el pañuelo de la boca estaba cubierto de sangre.

-No hables, mamá -le dije con suavidad-. No...

Murmuró un nombre que no entendí bien y me dijo que él vendría a buscarme, me llevaría a un lugar llamado Cornualles y se encargaría de cuidarme.

- Te mandarán al orfanato, preciosa mía, pero sólo será durante... durante un tiempo. El vendrá a buscarte y...

No pudo decir más. Me miró con dolor en los ojos y con mucho amor; la tierna sonrisa le desapareció de los labios y cerró los ojos por última vez. Supe que se había ido incluso antes de que la señora Humphreys y otra mujer entraran en la habitación y afirmasen que había muerto. Luché por reprimir las lágrimas mientras ellas cloqueaban y charlaban, y luego la

Librodot

señora Humphreys se volvió hacia mí con un brillo de malicioso triunfo en los ojos.

-Ahora ella irá a parar a la fosa común -afirmó-. ¡Y tú al asilo, mocosa! La enfermera Jenkins, aquí presente, va a llevarte allí.

- ¡Oh, no! ¡Ni hablar, vieja perra!

Agarré con fuerza el libro de Shakespeare y bajé a toda prisa por las escaleras, todo lo rápido que los pies quisieron llevarme; eché a correr por el retorcido laberinto de calles y callejones hasta que llegué a casa de la Gran Moll.

Lloré y lloré y le supliqué que me escondiera, y la rolliza y fornida vieja alcahueta me estrechó contra su amplia pechera, me acarició el pelo y me tranquilizó; me dijo que aquellos malditos hijos de puta no iban a coger a su pequeña Randy, ni hablar de llevársela con ellos.

Aquello había sucedido nueve años atrás, nueve largos años, aunque seguía tan vivo en mi recuerdo como si hubiese sucedido ayer. La Gran Moll mantuvo su promesa, y las autoridades parroquiales nunca pudieron encontrarme, en efecto, ni tampoco aquel hombre que estuvo rondando por las calles de St. Giles durante casi tres semanas haciendo preguntas y buscándome por todas partes. Alguien le dijo a la Gran Moll que era un hombre del clero, y que había recorrido un largo camino para venir a buscarme. Ellos, los clérigos, eran aún peores que las autoridades parroquiales, me dijo Moll. No estaba dispuesta a consentir que uno de ellos le pusiera las manos encima a su Randy. El hombre acabó por marcharse de St. Giles sin encontrarme. Dijeron que tenía aspecto de estar muy, muy triste y preocupado. Moll me explicó que de buena nos habíamos librado, pues aquellos cabrones estaban todos corrompidos. De no ser por los clérigos, la mitad de las casas de putas de St. Giles irían directas a la ruina.

Siendo ya una consumada ladrona a la edad de nueve años, rápidamente me convertí en una de las mejores de St. Giles; independiente hasta el fin, pues me había negado a formar parte de cualquier banda, había pasado hambre con frecuencia, e incluso en los mejores días a duras penas ganaba lo suficiente para conservar unidos en una pieza el alma y el cuerpo. El perista me pagaba una miseria hasta por los artículos más finos, y el único que sacaba alguna ganancia era Black Jack Stewart. Ahora yo tenía dieciocho años, seguía libre, independiente y, ¡ay!, seguía pasando hambre.

Volví a colocar en su sitio el tablón suelto y lo cubrí con trapos; luego me puse en pie y bostecé. Débiles rayos de sol matutino penetraban a través de los sucios cristales de la ventana y llenaban la diminuta y atestada carbonera de una nebulosa luz blanca. Me ajusté el corpiño del desvaído vestido de color azul violáceo. La prenda estaba horriblemente sucia y me iba demasiado pequeña. Los pechos amenazaban con salir por el bajo escote del corpiño, y la cintura me estaba tan apretada que apenas podía respirar. La larga falda estaba rota en varios lugares, de modo que el andrajoso dobladillo me llegaba sólo a media pantorrilla.

- Un día de éstos voy a agenciarme un vestido nuevo -le dije al gato-, y también un par de zapatos. No es tan malo en verano. Entonces hace un calor que mata y los zapatos no importan, pero en una mañana como esta...

Me estremecí teatralmente y doblé los brazos alrededor de la cintura, pero el gato no se impresionó lo más mínimo. Con la nariz levantada y el rabo muy tieso hacia arriba, continuó sus investigaciones.

-Ahora te vas a cazar esa rata, ¿me oyes, ricura? No me olvidaré de traerte la leche.

Subí a gatas las estrechas escaleras de madera y, con cautela, descorrí el cerrojo de la puerta y la abrí haciendo el menor ruido posible. El viejo Hawkins me cobraba un penique cada noche por dejarme dormir en la carbonera, sí, y era un buen acuerdo para los dos, pero últimamente se le había metido en la cabeza la idea de que el penique le daba derecho a algo más. Tan viejo y decrépito como la mayoría de los clientes que frecuentaban su asqueroso bar, había cogido la costumbre de acecharme por las mañanas desde la trastienda, esperando a que yo subiera. Entonces entablaba conmigo una conversación perezosa y me acariciaba el brazo como el que no quiere la cosa, tocándome a veces el pecho "sin querer". La única razón por la que no lo había dejado tonto de un bofetón era que yo no podía permitirme el lujo de abandonar aquella carbonera. Yo misma había puesto el cerrojo en la puerta pasando al hacerlo unos apuros considerables, y Hawkins

Se había quedado muy sorprendido al intentar abrir la puerta una noche ya tarde, después de que los últimos clientes se hubieran marchado.

Los hombres eran todos iguales hasta que se ponían chochos. Una no podía fiarse de ellos. Una muchacha se pasaba el tiempo tratando de mantener intacta su virtud, sobre todo en St. Giles. Yo no era remilgada ni gazmoña, pero no me apetecía que ningún hombre me sobase. Cuando me decidiese a entregar mi virtud lo haría entre sábanas de seda, me decía a mí misma, y el hombre que me iniciase en aquellos espléndidos deleites sería uno que hubiese elegido yo. Además, ¿qué prisa había? Tenía dieciocho años, claro, eso no podía negarlo, prácticamente era una solterona, pues la mitad de las putas de St. Giles habían empezado a vender el rabo a la edad de once años, pero yo me había empeñado en conservar la cereza. Aquélla era una de las razones por las que me llamaban "duquesa Randy". Lo decían con mofa, burlándose de mí, pero en realidad yo me sentía bastante orgullosa de aquel título. ¿Quién quería ser igual que todas los demás?

La trastienda se hallaba vacía aquella mañana. Lo más probable era que Hawkins estuviese en la habitación situada encima de la tienda, sumido en un sopor de borracho. Recorrí sigilosamente el pasillo y salí al callejón abriéndome paso con agilidad entre los montones de residuos. Las ratas correteaban en todas direcciones, sumergiéndose bajo las pilas de verdura podrida y deslizándose con rapidez por encima del pecho de un viejo demacrado y borracho que roncaba ruidosamente, espatarrado contra la pared, con una botella vacía de ginebra a su lado. Un viento helado barría el callejón y el borde de la falda se me levantaba formando ondas y poniéndome al descubierto las piernas desnudas. ¡Si pudiera conseguir una capa! Hacía un frío que le helaba a una el trasero.

La calle a la que daba el bar era casi tan estrecha como el callejón, e igual de asquerosa también; estaba bordeada a ambos lados por edificios de ínfima categoría de color marrón, todos manchados de hollín, y daba la impresión de que fueran a venirse abajo de un momento a otro. Los tejados, inclinados, inseguros y festoneados de negras chimeneas que sobresalían y a las que casi se alcanzaba con la cabeza, bloqueaban la mayor parte de la luz del sol y sólo permitían el paso de unos pocos destellos provenientes de aquel cielo de color gris plomo. Algunos obreros que tenían la suerte de haber encontrado trabajo se dirigían con paso lento hacia las fábricas

Librodot

angostas y mal ventiladas. Niños despeinados y con la cara sucia jugaban en medio de un gran alboroto, a pesar de lo temprano de la hora, y dos estridentes viejas alcahuetas discutían a gritos por un pescado que una de ellas sujetaba con fuerza por la cola. La vida llenaba las aceras con toda su fealdad.

Extendiéndose bajo la aguja de St. George, Bloomsbury, St. Giles era un enorme barrio pobre y amargado, una llaga en el rostro de Londres, “el pozo negro de la mendicidad y la desgracia”, y la riqueza ornamental de la iglesia que tan noblemente se alzaba a la entrada del mismo sólo contribuía a resaltar más aquella miseria. Era un oscuro laberinto de calles y callejones retorcidos y estrechos conocido como “el nido de grajos”; estaba atestado de casas de pisos terriblemente superpobladas, con burdeles, pensiones de mala muerte y garitos de juego. Todo vicio conocido florecía dentro de aquellos límites. La gente respetable no osaba poner los pies en St. Giles, porque estaba atiborrado de rufianes que le rajaban a uno alegremente la garganta por un puñado de monedas. Los agentes de policía y los vigilantes que patrullaban por aquel miserable barrio andaban con cautela, siempre en parejas, y su mayor protección consistía en el hecho de que en general estaban más corrompidos y eran más malvados que los habitantes a los que vigilaban.

En St. Giles no había plazas bonitas o espaciosos jardines, ni elegantes edificios con patios majestuosos. Pero a pesar de todo no estaba tan mal. Uno acababa por acostumbrarse después de un tiempo. El hedor ya no parecía tan molesto, aunque fuera capaz de abatir a un hombre que no estuviese habituado a respirarlo día y noche. St. Giles había sido mi hogar desde que yo podía recordar; aquellos primeros años me parecían un sueño borroso y nebuloso, nada real, y yo conocía cada calle, cada patio escondido, cada callejón sin salida, cada zanja pútrida. Era descolorido y feo, sí, y en él había que luchar para conservar la vida, pero tenía en el aire una cruda y estridente vitalidad y una excitación imposible de encontrar en los barrios elegantes y ostentosos. En St. Giles uno era consciente de que estaba vivo, sabía que si no mantenía la guardia en alto en todo momento lo más probable era que se encontrara en una zanja con el cuerpo violado y la cabeza aporreada... eso si uno no se moría de hambre.

Corrí calle abajo, torcí por una esquina, atajé por un callejón y me dirigí a casa de la Gran Moll. Un hombre delgado y cetrino ataviado como un caballero se me acercó vacilante desde uno de los fumaderos de opio que proliferaban por el barrio como una plaga. Me detuve y, con la cabeza inclinada hacia un lado lo observé con gran interés. El atuendo que llevaba era el de un caballero, desde luego, pero estaba muy ajado y arrugado, por lo que llegué a la conclusión de que probablemente la bruja que regentaba el garito ya le habría vaciado los bolsillos. En Tyburn había ocasiones más propicias para el robo, y además los tipos que se pasaban la noche con la pipa a veces se ponían violentos y tenían la fuerza de diez hombres. Le dejé pasar de largo. No tenía necesidad de correr riesgos innecesarios a menos que hubiese un beneficio seguro en perspectiva. Seguí avanzando y pasé junto a un edificio, alto y destartalado, en donde unos muchachos pintados entretenían a los caballeros. En St. Giles había cosas para todos los gustos.

El estómago me gruñía, y confiaba en que la Gran Moll estuviese de buen humor. A veces, cuando había tenido una buena noche y no estaba demasiado gruñona, me daba una taza de café y un panecillo, aunque todo

el tiempo me regañara y afirmara que me estaba comiendo todas sus ganancias. Había una buena caminata hasta Tyburn, y un poco de café y de pan me vendrían la mar de bien. Moll siempre refunfuñaba, renegaba y ponía cara de fiera, pero tenía el corazón tan grande como el resto de su persona y sentía debilidad por mí, siempre la había sentido desde que yo acudiera en su ayuda... ¿cuánto tiempo hacía... nueve años? Sí; mamá todavía vivía entonces y yo estaba empezando a aprender el oficio de ladrona. Sonreí para mis adentros al recordar aquel día.

En aquella época la Gran Moll no era tan grande, aunque ya era bastante fornida y todavía le quedaban algunos vestigios de belleza en la rolliza cara. No llevaba mucho tiempo dirigiendo el burdel, y había sido lo suficientemente alocada como para encaminarse al establecimiento de Black Jack con las ganancias de la noche metidas en el bolsillo y sin ningún matón a sueldo que la protegiese. No había andado ni cincuenta metros cuando dos ladrones cayeron sobre ella, la arrojaron al suelo de un golpe y se hicieron con el dinero. Como no resultó herida se puso a gritar y a dar alaridos como un cerdo atrapado, afirmando que Black Jack la haría degollar si no recuperaba el dinero. Rápidamente se congregó un gentío que se reía, se mofaba de ella y le tiraba desperdicios; a milos ojos me echaban chispas de lo enojada que me sentía mientras la ayudaba a ponerse en pie; y entonces, mientras la ayudaba, un tomate podrido se estrelló contra una de mis mejillas.

- No se preocupe, señora - le dije-. Yo recobraré su dinero. Ya verá como si...

Eché a correr tras los ladrones. Los había reconocido y sabia dónde tenían la guarida, y también que lo más seguro era que fueran allí. En efecto, los distinguí en un bar, el “Jacob's Gin Shop”, alardeando del éxito que acababan de obtener. Me acerqué con sigilo a ellos y pedí media pinta de ginebra, y cuando me la sirvieron tropecé y la derramé accidentalmente encima de Ted Brown, el villa no corpulento y con la cara llena dé pústulas que le había quitado el dinero a la Gran Moll después de tirarla al suelo. Le pedí un montón de disculpas y le limpié las húmedas manchas del abrigo; luego me marché de allí rápidamente con el dinero de la Gran Moll oculto y a buen recaudo en el corpiño del vestido.

Cuando se lo devolví ella no acababa de creérselo. Abrió de par en par aquellos grandes ojos marrones. Formó una gran “O” con la boca, carnosa y muy pintada, al tiempo que empezaba a contar el dinero. Al ver que estaba todo, me apretó contra ella y me abrazó con tanta fuerza que temí que fueran a rompérseme las costillas. Luego me dijo que yo era una condenada maravilla. Me preguntó por qué no me había quedado con el dinero. Yo le dije que no se me había ocurrido la idea. Me aporreó la espalda y volvió a abrazarme; comenzó a dar gritos diciendo que yo tenía un montón de cosas que aprender acerca de cómo sobrevivir en St. Giles, y que lo mejor sería que ella me diera algunas lecciones, siendo como yo era una chiquilla inocente. La Gran Moll fue la primera amiga de verdad que tuve en St. Giles, y hasta la fecha, la única en la que confío.

Al llegar al burdel subí las escaleras de dos en dos, abrí la puerta y corrí por el pasillo hacia el gabinete mientras notaba el maravilloso aroma del café. Tres de las chicas de la Gran Moll estaban repantigadas allí, con ojos legañosos e hinchados; por todo atuendo llevaban unas delgadas camisas y poca cosa más.

- Mira quien ha venido - dijo Nan con la voz llena de odio-. Supongo que vendrás a mendigar una taza de café.

Yo le hice una mueca. Nan, que tenía los ojos azules y un pelo ratonil de color castaño, era la menos atractiva de las chicas de la Gran Moll, una arpía flaca y quejumbrosa con la lengua muy larga y un horrible temperamento. Sin embargo, y ello resultaba bastante extraño, era una de las que más aceptación tenía. Al parecer a muchos hombres se les antojaba una puta irascible.

- No le hagas caso, encanto - me dijo Sally -. Está que muerde. Anoche uno de sus clientes habituales me escogió a mí en lugar de a ella. Venga, acércate para que te ponga una taza de café. Tenemos panecillos de canela. Recién hechos, además. El chico de la panadería acaba de traerlos.

- Y tú le has metido mano en el pasillo antes de que se marchara -le dijo Nan con brusquedad.

-Vete a la mierda, Nan. Sabes de sobra que no he hecho tal cosa. Aunque era un muchacho muy bien parecido. Y descarado donde los haya.

-Apenas tendría dieciséis años.

Sally me pasó una taza de café y un bollo de canela pegajoso.

- Me pellizcó el culo; como lo oyes, alargó la mano y me dio un pellizco. Me echó un buen viaje, no me importa decírtelo. El trasero todavía me escuece.

- La mayor emoción que has tenido en toda la semana -dijo Nan con voz seca.

-Lo que te pasa a ti es que estás celosa, monada. Hace mucho tiempo que nadie ha querido pellizcarte el culo.

Sally, rolliza, alegre, con la cabeza como una masa de rizos negros alborotados, se dejó caer ruidosamente en el sofá. Tenía los ojos marrones llenos de regocijo, y la sucia camisa rosa que llevaba apenas era suficiente para taparle la amplia cintura. Bebí un sorbo de café y le di un mordisco al bollo. Faith gimió desde un rincón de la habitación mientras se daba golpecitos en la mejilla con un trapo empapado en vinagre. Tenía la mejilla horriblemente hinchada y empezaba a ponérsele oscura formando una magulladura entre malva y azulada. Sally movió la cabeza de un lado a otro y frunció el ceño.

- ¡Maldito cabrón! Darle una paliza así a la pobre Faith. Moll se puso como una fiera cuando la oyó gritar; subió las escaleras como una exhalación y le dio su merecido a aquel tipo. Le dijo que si tenía ese capricho que se fuera a casa de Mother Redcoat. Puso a ese hijo de puta de patitas en la calle. Black Jack debería protegernos de los tipos de esa clase.

-A Black Jack le importa un carajo lo que nos pase con tal de conseguir su dinero -comentó Nan-. ¿Qué es para él un puta apaleada? Hay un montón de fulanas de repuesto en St. Giles. Creo que va a abrir una casa nueva para gente bien, y que piensa elegir a las chicas él mismo. Tienen que ser jóvenes, bonitas y virginales.

- Eso te excluye a ti, mona - bromeó Sally.

-Yo fui virgen durante semanas -protestó Nan-. Moll tuvo que gastar cien de aquellas bolitas antes de que la estratagema fallara.

Yo ya sabía a qué bolitas se refería, desde luego. Las vírgenes estaban muy solicitadas y había escasez de ellas en St. Giles. La Gran Moll y las otras madames solucionaban aquel problema proveyendo a las muchachas con una bolita pequeña, fácil de disimular, que estaba llena de tinta roja.

Rompiéndolas subrepticiamente en el momento oportuno, las bolitas cubrían las sábanas y los muslos de una razonable imitación de sangre. Si una muchacha era lo suficientemente inteligente y buena actriz, podía perder la virginidad repetidas veces antes de que los clientes llegaran a darse cuenta.

- Yo tenía unas trenzas muy largas - recordó Nan -. Eso ayudaba bastante, y además gritaba y me quejaba mucho. Conseguía un éxito enorme.

Sally elevó los ojos al cielo y chascó la lengua. Faith continuó humedeciéndose la mejilla mientras gimoteaba en voz baja. Yo me terminé el bollo de canela y me chupé los dedos. El fuego de la chimenea se había ido consumiendo, y los leños carbonizados producían un agradable chisporroteo. El gabinete, cubierto con una gastada alfombra azul y cortinas de un estampado descolorido de color rosa, estaba caliente y acogedor. Me daba pánico la sola idea de abandonarlo para salir a las gélidas calles.

-Sus hombres están peinando St. Giles en busca de chicas para la nueva casa -continuó Nan-. Van por ahí secuestrando a cualquier muchacha que no tenga un labio leporino y que dé la impresión de conservar aún la cereza. Será mejor que te andes con ojo, Randy.

- ¡Yo no hago de puta para nadie! -afirmé.

- Si Black Jack decide que tienes que hacerlo, no te quedará otro remedio, señorita Alta y Poderosa.

- Primero tendrá que atraparme.

- Eso no será difícil. Black Jack tiene muchos métodos para hacerlo.

Pasé por alto aquel comentario y me bebí lo que quedaba del café. Black Jack Stewart era el rey indiscutible de St. Giles, el criminal más notorio desde Jonathan Wild, y a ciencia cierta iba camino de tener algún día el mismo final. Hasta que ese día llegase continuaría gobernando el mundo del crimen con mano de hierro y llevando un fuerte control de todas las actividades criminales. Cada burdel, cada bar, cada garito de juego y cada fumadero de opio le pagaban un tributo, que en la mayoría de los casos sobrepasaba la mitad de las ganancias, y cualquiera que osara desafiarle o le ocultase parte de los beneficios acababa en un callejón con la garganta rebanada de oreja a oreja. Black Jack tenía bajo sus órdenes un ejército particular de rufianes asesinos, una banda salvaje más temida aún que los malvados Mohocks que aterrorizaran a toda la población unos cuantos años atrás.

Black Jack controlaba en su totalidad las casas de objetos robados, y el tráfico de tales objetos le proporcionaba inmensos beneficios, mientras que los pobres ladrones que conseguían el botín tenían suerte si sacaban lo suficiente para vivir. Pero no nos quedaban otros recursos ni otras salidas. Cualquier ladrón que evitase las casas de objetos robados e intentase vender los artículos conseguidos por su cuenta tenía un destino similar al de aquellos que se negaban a dar apoyo a Black Jack. Era frustrante y puñeteramente injusto. Un ladrón astuto y consumado como yo, que se enorgullecía de su trabajo, no tenía demasiadas esperanzas de salir adelante, pero siempre era mejor que hacer de puta. Pasar hambre de vez en cuando es preferible a coger la sífilis.

La Gran Moll entró en el gabinete arrastrando los pies justo cuando yo me estaba poniendo otra taza de café. Aquella monstruosa peluca suya de bucles de color naranja estaba ladeada, los grandes ojos marrones parpadeaban con enfado mientras, con las manos en las caderas, plantaba

su enorme volumen delante del agonizante fuego y me miraba echando chispas por los ojos. Tenía las gruesas mejillas generosamente empolvadas y llevaba pegado un pequeño parche negro de satén en forma de corazón junto a un ángulo de la boca, que estaba pintada de un color rojo vivo. El enorme vestido de tafetán también rojo presentaba un aspecto ajado y brillante, y el chal a rayas azules y púrpuras que llevaba sobre los hombros estaba decididamente hecho harapos. Aquella ropa chillona sólo contribuía a resaltar su considerable volumen.

- ¡Sírvete! -gruñó mientras yo dejaba la cafetera sobre la mesa-. ¡Adelante! ¡Échame de mi propia casa, pequeña pordiosera! ¡No sé cómo lo aguanto!

Le dirigí una graciosa sonrisa. A la Gran Moll le gustaba hacerse el monstruo poniendo de manifiesto su malhumorado temperamento y su lengua tan cortante como una navaja de afeitar, pero, ¡ay!, a la única que conseguía engañar era a sí misma. No había una sola muchacha en toda la casa que no fuera capaz de meterse en el bolsillo a aquella querida vieja gordinflona.

- ¡Sube a la habitación, Faith! -le ordenó-. Angie ha vuelto con un cubo de hielo. ¿Tienes idea de lo difícil que es encontrar hielo y de lo caro que cuesta? Te ha hecho una compresa de hielo y quiero que te la pongas en esa mejilla. Ayudará a que se te baje la hinchazón. Con esa pinta que tienes ahora no puedes ganar dinero. ¡Venga!

Y procura quedarte en la cama todo el día y comer caliente.

Faith, todavía lloriqueando, abandonó la habitación. La Gran Moll puso mala cara y sacudió la cabeza haciendo que los largos bucles naranjas brincaran furiosamente. Sally estaba comiéndose otro bollo de canela, y Nan bostezó con cansancio mientras se examinaba la cara en un espejo de mano lleno de adornos.

-Pobre niña -dijo Moll-. Ese cabrón por poco la mata. Si yo no hubiera irrumpido en la habitación en el momento en que lo hice, seguro que lo habría conseguido. Menudo marica escuálido era ese tipo, tenía pinta de oficinista. Con los de esa clase siempre hay que andarse con ojo, con todos los que parecen canijos. Se pasan el día recibiendo palos y por la noche se desahogan con las putas. Mother Redcoat se lo tiene bien montado con esa clase de tíos.

-Dice Sally que lo echaste a la calle -comenté yo.

- ¡De culo! Le dije que no volviera a entrar por esa puerta. Yo llevo un burdel decente, nada de látigos ni números para mirones, sólo un servicio limpio y de primera. Yo tengo mis principios.

-Ya -dijo Nan lánguidamente.

- ¡Tú no digas ni una palabra, muchacha! -tronó Moll-. No estoy de humor para tus sarcasmos. Y tú, ¿qué haces rondando por aquí a estas horas de la mañana? -me preguntó a mí-. Aparte de llenarte la barriga, quiero decir.

-Voy a Tyburn -repliqué.

-¡A Tyburn!

Asentí.

- Hoy debe de ser un buen día - continué-. La gente bien siempre se aglomera para ver los ahorcamientos, y hoy cuelgan a un traidor. Uno de los hombres que apoyaron al Hermoso Príncipe Charles.

Librodot

-Así que un traidor -dijo Moll. Tuvo un estremecimiento-. Amino me haría gracia ver una cosa así. Lo que les hacen a esos desgraciados…

-Yo nunca miro -le aseguré-. Estoy demasiado atareada metiéndome entre el gentío para vaciarle los bolsillos al primer tío propicio que me encuentro.

Colgarlos simplemente no se consideraba suficiente castigo para los traidores. Se les colgaba, se les bajaba de la cuerda mientras aún estaban vivos, se les sacaban las entrañas y se les sometía a las más espantosas torturas antes de ser por fin decapitados. No era un espectáculo para gente remilgada, pero por aquel entonces había pocas almas delicadas en Londres. La gente parecía recrearse con aquella bárbara crueldad que, desde luego, era lo que se encontraba por todas partes en la época que vivíamos.

- ¡Adelante! -gruñó Moll-. ¡Tómate otro bollo de canela! Total, acabarán poniéndose rancios o Sally se pimplará hasta que no le quepan más. Ojalá no fueras hoy, Randy. Me siento intranquila.

-Tú siempre estás intranquila -repliqué alargando la mano para coger el panecillo-. No hay necesidad. Soy la mejor. A mí no me cogerán.

- Eso es lo que dicen todos, y acaban colgando del Tyburn Tree o pudriéndose en Newgate o Bridewell. Tú ya llevas en esto demasiado tiempo, y seguro que pronto se te acabará la suerte; si no es hoy será mañana o pasado mañana. Tengo el presentimiento de que sucederá así.

- Moll siempre tiene presentimientos - observó Nan.

- ¡Cierra la boca, Nan! Claro que sí, y cada vez que tengo uno sucede algo malo, es algo tan seguro como la fe. No vayas a Tyburn hoy, preciosa. Quédate aquí conmigo. Me vendría bien tu compañía.

-Tengo que trabajar, Moll.

Esta lanzó un gruñido y puso una de aquellas feroces caras suyas.

-Te he dicho una y otra vez que podrías trabajar aquí. Ayudándome a dirigir las cosas. No tendrías que trabajar tumbada de espaldas, ya sé lo que piensas de eso. Pero me harías recados, me ayudarías a llevar los libros y cosas así. Para mí sería un alivio saber que puedo contar con alguien que sabe leer y escribir, alguien de quien poder depender.

Me limité a sonreír y a mover la cabeza. Moll volvió a gruñir y me puso mala cara mientras yo me comía el segundo panecillo de canela. Llevaba por lo menos cuatro años detrás de mí intentando convencerme de que trabajase para ella, y aunque yo le agradecía el ofrecimiento y la bondad que ello suponía, estaba segura de que no daría resultado. A mí me gustaba demasiado la libertad. Moll en realidad no quería una persona que la ayudara a llevar la casa, sino alguien a quien poder cuidar y hacer con ella de madre gallina. Incluso queriéndola como yo la quería, no me hacía ninguna gracia aquel papel. Y además yo disfrutaba con mi trabajo. Los peligros que implicaba sólo me lo hacían más emocionante.

Moll se acercó al destartalado aparador, abrió una botella de ginebra y echó un buen trago; después eructó ruidosamente. Nan se puso en pie, bostezó y nos informó de que se iba a dormir un rato. Sally dijo que ella también se iba arriba, que había tenido una noche ajetreada, no como algunas que no quería mencionar. Salieron de la estancia y Sally se llevó los bollos de canela que quedaban. Aunque yo ya no tenía mucha hambre, no me habría ido mal un tercer bollo.

-Ojalá no fueras tan puñeteramente descarada -gruñó Moll echando otro trago de ginebra-. Llevo cuidando de que no te pase nada desde que tu

pobre mamá pasó a mejor vida, y no me importa decirte que no me lo has puesto fácil.

- No necesito que nadie me cuide. Puedo hacerlo sola.

- ¡Ja! ¡Eso es lo que tú te piensas, señoritinga! Has tenido suerte, eso sí, pero te estás haciendo demasiado mayor para trabajar de ladronzuela. Cuando eras una nena diminuta era una cosa, nadie se fija en los críos, no hay ningún riesgo, pero ahora ya resultas demasiado llamativa, Randy.

- ¿Qué quieres decir?

- Ese porte, esa cara, ese cuerpo. Sucia como estás, con la cara tiznada de hollín y vestida con harapos, eres una belleza. He observado cómo florecías.

- Bobadas.

- ¡No son bobadas! Eres demasiado bonita para andar vagando por las calles. Ya no pasas desapercibida entre la multitud. Llamas la atención. Los hombres ya te desean, y vas a tener problemas. Acuérdate de lo que te digo.

- Así lo haré, encanto - repuse con picardía-; pero ahora tengo que ponerme en marcha. Aún me queda una buena caminata y habrá un gentío enorme.

La Gran Moll frunció el ceño con aquellos grandes ojos marrones llenos de auténtica preocupación.

-Tengo ese presentimiento, Randy.

-Tú y tus presentimientos.

-Algo va a suceder. Lo noto en los huesos.

- ¡Bobadas!

-Ten cuidado, mi niña, ¿me oyes? Prométeme que tendrás cuidado.

- Lo tendré, guapa. Y gracias por el café y los bollos de canela. Eres un encanto aunque estés llena de tonterías.

Moll gruñó, volvió a poner una cara feroz y apuró la botella de ginebra. Mientras bajaba a toda prisa por el pasillo y salía a la calle, oí un titánico eructo. El viento era helado y los guijarros me congelaban los pies descalzos, pero no hacía caso. Con el estómago lleno y el corazón alegre anduve sin rumbo fijo, muy contenta, calle abajo, presintiendo cierto éxito en Tyburn sin la más mínima noción de que aquel día se iba a alterar violentamente el rumbo de mi vida.

2

El viento había amainado y ya no hacia tanto frío, aunque yo seguía helada hasta la médula mientras bajaba por la calle Plumtree Court Broad. A pesar de lo temprano de la hora, las calles estaban de bote en bote. Me aparté ágilmente para evitar que me salpicase una vieja feroz que vaciaba un cubo lleno de agua sucia y basura por la ventana de un segundo piso, pero el obrero que iba detrás de mí no tuvo tanta suerte. Súbitamente empapado de desperdicios, con peladuras de patata colgándole de la cabeza y de los hombros, dio un violento grito, levantó el puño y llenó la atmósfera de variadas palabras de todos los colores. Al otro lado de la calle había una multitud de gente que estaba muy ocupada saqueando con avidez las ruinas de una casa de pisos que se había derrumbado y llevándose las maderas para vendérselas a lavanderas y planchadoras. Todos los edificios de pisos amenazaban ruina, y rara vez transcurría un mes sin que alguno se viniera abajo aplastando con frecuencia al hacerlo a infelices que morían allí mismo o quedaban horriblemente mutilados.

Observé cómo dos hombres fornidos luchaban por un montón de madera, peleándose con saña. El patán rubio vestido con un justillo de cuero trataba por todos los medios de sacarle los ojos al bestia de pelo castaño. La sangre salpicaba por todas partes. Nadie les hacía el menor caso. Ese tipo de peleas era algo tan corriente en St. Giles como la suciedad. El vencedor se alejaba arrastrando los pies con arrogancia y lo más probable era que al enemigo herido le cayera encima una voraz multitud que le vaciaría los bolsillos en busca de cualquier cosa de valor; a menudo incluso le arrancaban la ropa del cuerpo a tirones. La violencia abundaba por doquier. Era un modo de vida, y uno acababa acostumbrándose a ello igual

Librodot

que se acostumbraba al espantoso hedor que flotaba en el ambiente. Yo seguía tiritando cuando vi el cadáver de un niño al que habían arrojado en un montón de desperdicios; todavía miraba hacia otra parte cuando vi un cuerpo sangrante, mutilado y desmadejado, sobre los guijarros, pero desde muy pequeña había aprendido que ocuparme de mí misma era lo más importante. La compasión podía ocasionarle a uno la muerte.

Volví una esquina y me dirigí hacia la cúpula de la iglesia de St. George, que se erguía sobre los tejados asquerosos y desiguales. Un muchachito de pelo pajizo que no tendría más de diez años salió a trompicones de un bar empuñando media pinta de venenosa ginebra. Su hermana pequeña, diminuta, salió detrás con paso vacilante llevando en las manos su media pinta igual que otra niña hubiera llevado una muñeca. Los dos niños iban vestidos con harapos y estaban cubiertos de piojos. Lo más probable era que algún día se quedaran ciegos por beber aquella basura. Se oyó un horrible ruido y muchos gritos cuando un cerdo cubierto de barro bajó por la calle perseguido por un grupo de excitadas y vocingleras mujeres. El cercano Fleet Ditch estaba lleno de cerdos que se revolcaban en el lodo, a los que cebaban a base de desperdicios. Aunque nadie se atrevía a seguirlos hasta el interior de aquella zanja, siempre que un cerdo se aventuraba a salir de la misma resultaba una presa preciosa para cualquiera que fuese lo bastante rápido para atraparlo. Yo me aparté de un salto cuando el cerdo pasó por mi lado a toda carrera. El grupo de mujeres estuvo a punto de pisotear a los niños que salían del bar, pues de un empujón tiraron al niño al suelo y a la niña se le cayó la botella de ginebra.

Yo había perseguido una o dos veces a un cerdo, pero nunca había tenido la suerte de atrapar uno. Un jugoso asado de cerdo, o uno de aquellos apetitosos bocadillos de tocino bien cubierto de mostaza. Sería una gloria poder tener uno ahora mismo. Comida. Uno nunca dejaba de pensar en ella. Es un lujo tener lo suficiente para comer a cualquier hora que se te antoje. Había gente que de hecho lo hacía. Seguí caminando entre el gentío, ignorante del estrépito y la confusión; pasé ante tiendas asquerosas, carretas de traperos y casas de huéspedes de mala muerte, y volví otra esquina para atajar bajando por un callejón llamado Half Moon Alley.

Un robusto y atemorizado aprendiz de tendero que llevaba un delantal sucio estaba agachado detrás de un montón de basura bastante alto. Tenía unas greñas muy alborotadas de color rojo ladrillo, y los ojos castaños estaban abiertos de par en par a causa del terror. Me pareció que no tendría más de catorce años. La compasión podía ocasionarle a uno la muerte, si, pero si se tenía la oportunidad de echarle a alguien una mano sin peligro para uno mismo, se hacía. El chico se quedó mirándome, muy tembloroso, y yo eché un vistazo callejón arriba para asegurarme de que estaba desierto; luego me acerqué a él y le pregunté qué pasaba.

- Los que reclutan gente para los barcos - gimió -. Llevan toda la mañana echándole mano a cualquier muchacho que se topen. Los he visto atrapar a Teddy Bennet en cuanto éste salió de su casa. ¡Yo salía de la tienda en busca de coles para el señor Cathart y se pusieron a perseguirme! ¡ Seguro que me cogerán!

-Salta por esa pared -le dije-. Hay un patio detrás. El sótano del edificio está vacío. Puedes esconderte allí.

El muchacho tragó saliva, masculló unas palabras de agradecimiento y saltó atropelladamente por la pared al mismo tiempo que cuatro hombres de

aspecto fiero aparecían a toda prisa por un extremo del callejón. Yo seguí andando con tranquilidad, sin alarmarme lo más mínimo. A aquellos levadores que trabajaban para la East India Company no les interesaba secuestrar muchachas. Las partidas de enganche sólo raptaban muchachos cuyo aspecto fuera el apropiado para vendérselos a los capitanes de barcos que anduviesen escasos de tripulación. Aunque legalmente sólo podían enrolar marineros, ningún muchacho se hallaba seguro durante la temporada de reclutamiento, y los tipos que se encargaban de hacerlo por cuenta de la East India eran los más brutos de todos, por lo que creaban una auténtica atmósfera de terror cada vez que salían de ronda. Los cuatro hombres se dirigieron hacia mí con gran estruendo al tiempo que miraban a derecha e izquierda.

- ¡Eh, tú, muchacha! -me llamó uno de ellos-. ¿Has visto por aquí a un chaval pelirrojo?

- ¡ Ha salido corriendo del callejón! - les grité yo-. Casi me tira de culo, el muy cabrón. ¡Id a por él!

Aquellos cuatro desalmados salieron corriendo del callejón mientras las zancadas resonaban con fuerza. Me pregunté cuántos muchachos secuestrarían antes de terminar la faena. A los que capturaban los encadenaban en un sucio sótano, y allí tenían que soportar enormes brutalidades antes de que finalmente los entregaran a algún capitán de barco. Nunca se había intentado hacer nada al respecto. La vida era en verdad cruel, reflexioné, satisfecha de haber ayudado al aprendiz de tendero a eludir aquel destino fatal. Sólo los muchachos más fuertes sobrevivían al escorbuto, a los azotes y a los constantes peligros de la vida de a bordo.

Al salir del callejón pasé despacio por el bar de Critchin, por el establecimiento de Mother Redcoat y por una casa de objetos robados cuyos escaparates estaban atestados de candelabros de bronce y relojes de porcelana. También había una bandeja con hebillas de zapato, y reconocí unas que tenían incrustaciones de pasta. Se las había birlado yo misma a un elegante caballero que bajaba de una silla de mano. Los portadores salieron corriendo tras de mí, y uno de ellos por poco me coge. Un penique conseguí por aquellas hebillas, un penique, y eran auténticos diamantes y rubíes de imitación. Condenados peristas. Se aprovechaban de uno cada vez que les llevábamos el botín.

Sumida en estos pensamientos, me abrí paso entre la multitud, sintiéndome por completo a mis anchas allí, en medio de la miseria, descarada y confiada, mientras pasaba ante los edificios derrumbados, bordeaba los montones de desperdicios y atajaba por callejas estrechas y oscuras. Aquel día me iba a resultar muy provechoso, me dije. Las ejecuciones públicas siempre atraían a una gran y ruidosa multitud, lo que significaba la gloria para un ratero a causa del enorme ruido, la excitación y la confusión. A medida que me acercaba a St. George las calles se hicieron una pizca más anchas. Yo veía trozos más grandes de cielo gris, y algunos rayos solares, delgados, polvorientos y de un color blanco amarillento, entraban en diagonal abriéndose paso por entre los tejados serpenteantes y hacían brillar los asquerosos guijarros del suelo. Di la vuelta a una esquina. Distinguí las magníficas torres y los arcos de piedra de St. George, vigilantes como un centinela a la entrada de St. Giles, que simbolizaban otro mundo cerrado para siempre a la gente que allí moraba.

- ¡ Eh, muchacha! Tengo media corona para gastar. ¿Qué me dices?

Un robusto patán me bloqueaba el paso. No lo había visto por estar distraída contemplando la iglesia. Me puse en tensión y le dirigí una mirada furiosa que no consiguió alterarle en absoluto. Sonrió, me miró con ojos lascivos las largas piernas, la estrecha cintura y el abundante promontorio de los pechos que pugnaban por salir por el escote del maltrecho corpiño de mi vestido azul violeta.

- ¡Métetela por el culo -le dije con brusquedad.

- ¿No te parece bien media maldita corona? Vaya, vaya.

Me parece que tenemos en las manos a una duquesa de mierda.

- Será mejor que dejes las manos quietas, compañero.

- Descarada ¿eh? Mira por donde a lo mejor hasta lo consigo gratis.

Comenzó a moverse en mi dirección. Me dispuse a ofrecer resistencia y preparé las uñas mientras echaba chispas por los ojos. Algo en mi actitud le puso sobre aviso. Titubeó durante un momento sin dejar de observarme; luego masculló una maldición y se marchó arrastrando los pies. Yo estaba acostumbrada a aquel tipo de encuentros, hacía ya mucho tiempo que había aprendido a defenderme. Una patada en la espinilla, un rodillazo en la ingle, algún que otro arañazo en los ojos y la soltaban a una rápidamente. Muy pocos se tomaban la molestia de enfrentarse a una gata salvaje cuando por unos cuantos chelines podían conseguir lo que quisiesen en cualquier calle de St. Giles. Era tan fácil encontrar mercancía que no valía la pena pelearse por ella.

Al final de la calle ya se había congregado un gran gentío que reía y profería abucheos mientras una rolliza mujer de pelo gris y mejillas pálidas, repleta de ginebra, se esforzaba, como sólo saben hacerlo los borrachos, para defenderse de tres jóvenes asquerosos que trataban de robarle un pan que apretaba con fuerza bajo la axila. La beoda lanzaba improperios y se debatía con ferocidad, retrocediendo y tambaleándose. Los jóvenes querían divertirse, y jugaban con ella como un gato pueda hacerlo con un ratón al que en realidad no tiene intención de devorar. La rolliza mujer resbaló en los guijarros y cayó de espaldas al suelo. Uno de los jóvenes le propinó una fuerte patada mientras otro le arrebataba el pan. La muchedumbre gritó entusiasmada y entonces el tercer joven cogió un cubo de agua sucia y se lo echó por la cara. Me habría gustado matarlos a los tres, pero no me convenía entrometerme. Seguí mi camino, torcí otra esquina, y fue entonces cuando vi a los dos hombres que se hallaban de pie delante de un miserable garito.

Uno era un gigante musculoso con cara de salvaje y el pelo de color miel oscura. Llevaba unas botas llenas de barro, calzas marrones muy ceñidas y un justillo de cuero sobre una camisa blanca, sucia y toscamente tejida. No lo reconocí, pero sí al hombre que estaba con él. Me detuve y me apoyé con cautela contra la pared. Recordé lo que Nan me había dicho, y no tenía el menor deseo de atraer la atención de Black Jack Stewart. Alto y delgado como un esqueleto, llevaba las acostumbradas botas negras hasta la rodilla, calzas de color verde botella y una levita de satén negro con rebordes dorados en los puños y en las solapas. Algunos encajes blancos bastante ajados sobresalían por la garganta y las mangas. El rey de St. Giles tenía una gran nariz aguileña y los labios finos e impúdicos, y siempre llevaba un parche negro y brillante sobre el ojo derecho.

Al parecer le estaba echando una bronca a su secuaz. El gigante rubio fruncía el ceño con aire infeliz mientras asentía con la cabeza. Black Jack acabó de darle instrucciones y luego se volvió con cansancio, como un

monarca aburrido y disgustado por la ineficacia de sus servidores. Echó una ojeada calle abajo, vigilando perezosamente sus dominios, y entonces me vio allí, apoyada contra la pared. Se quedó mirándome. Sentí que un escalofrío me recorría los huesos, algo que no tenía nada que ver con el frío que padecíamos. Black Jack se acarició el labio inferior y se quedó pensativo sin quitarme la vista de encima al tiempo que echaba fuego por aquel único ojo. Le dijo algo al secuaz. El rufián se dio la vuelta y me miró de reojo. Black Jack le hizo una pregunta. El otro movió negativamente la cabeza. Black Jack quería saber cómo me llamaba. Quería instalarme en su nuevo burdel de lujo. El corazón me latía con fuerza. Puede que yo no fuera muy miedosa, pero es que lo de Black Jack era realmente otra cuestión.

Un aprendiz de panadero correteaba calle abajo con un pesado saco de harina colgado del hombro. Era un rapaz flaco de ojos grises y vivarachos; tenía una lanuda mata de pelo rubio y trabajaba en la panadería de Bullock, cerca del establecimiento de Hawkins. Se llamaba Alf. Yo había hablado con él en diversas ocasiones. Cuando pasó junto a los dos hombres, el gigante rubio le agarró con rudeza por el pelo y le obligó a darse la vuelta. Alf lanzó un grito de alarma y dejó caer el saco de harina, que se reventó por las costuras de modo que toda la harina se derramó sobre las piedras del suelo. Alf chilló, ahora más alarmado, pues tendría que responder por la harina.

El secuaz de Black Jack abofeteó sañudamente a Alf en la cara y le fue dando la vuelta hasta que el muchacho quedó situado en la posición adecuada para mirar en mi dirección. Sin soltarle el pelo a Alf, el musculoso rufián rubio le dio un violento tirón de la cabeza y le hizo una pregunta. Yo me quedé mirando fijamente a Alf, ansiosa de que no le contase la verdad. El muchacho tragó saliva y las lágrimas le brotaron de los ojos cuando el rufián le retorció aún más con los dedos aquellas blanquecinas greñas rubias. Alf balbuceó algo. El gigante puso mala cara, volvió a cruzarle el rostro de una bofetada y le soltó el pelo. Alf cayó al suelo y fue a parar sobre el maltrecho saco, lo que originó grandes nubes de harina que se elevaron por todas partes.

Alf no me había traicionado. No les había dicho cómo me llamaba. Tendría que darle las gracias, pero ya había perdido demasiado tiempo. Black Jack volvió a decirle algo al secuaz, y éste echó a andar hacia mí. Me di la vuelta rápidamente y escapé como una saeta por donde había venido, estando a punto de chocar con un jorobado que llevaba una frágil jaula de palitos llena de ruidosos pollos. Corrí por un callejón, trepé por una pared, atravesé un patio cubierto de maderos podridos y me metí en el sótano de una de las casas de pisos. Las ratas huyeron en todas direcciones mientras yo procuraba caminar sin hacer ruido y subía por las inseguras escaleras. Salí del edificio por una puerta lateral, continué caminando calle arriba con paso vivo, y por último di la vuelta y bajé por otro callejón, regresando de ese modo a la misma calle de la que me había marchado momentos antes, sólo que mucho más arriba, cerca ya de la iglesia de St. George.

Poniendo buen cuidado en mantenerme a la sombra de uno de los arcos salientes, medio escondida detrás de una columna, me asomé para escudriñar con cautela la calle. Black Jack y su secuaz ya no estaban a la vista, aunque el pobre Alf seguía a gatas en el suelo intentando desesperadamente recoger la harina y volver a meter toda cuanta podía dentro del saco roto. Aliviada, di un profundo suspiro y seguí caminando a paso lento, con la iglesia de St. George a mis espaldas. Me había llevado un

buen susto, ya lo creo, y hubo un momento en que se me puso la carne de gallina, pero procuré quitarme rápidamente aquello de la cabeza. Había cientos y cientos de muchachas apropiadas en St. Giles, demasiadas para que Black Jack se tomase la molestia de seguirle el rastro precisamente a una de ellas. En la apretada congestión que formaban los barrios bajos, las posibilidades de que volviera a toparme con él eran verdaderamente escasas. La vida en St. Giles se hallaba plagada de peligros. Pero uno se acostumbraba a ello. No había necesidad de preocuparse inútilmente.

Más allá de St. George, Londres parecía cambiar de aspecto por completo. Era como pasar de un armario fétido y oscuro a un salón espacioso y aireado. Las calles eran más anchas, con abundante espacio para los maravillosos coches, carruajes y sillas de mano; las tiendas no se apiñaban unas contra otras. Se podía holgazanear y contemplar en los escaparates finos artículos de cuero, pasteles, maravillosas porcelanas y un verdadero jardín de sombreros adornados con cintas y plumas. Las aceras estaban muy transitadas, cierto, pero daba gusto contemplar a aquélla gente: elegantes señoras vestidas de satén y tafetán a rayas que llevaban pelucas empolvadas; caballeros con espléndidas levitas, oficinistas, mozos de cuadra, floristas... un fascinante y colorido desfile que cambiaba sin cesar e iba y venía de continuo. Había plazas, parques y jardines - parecía que hubiese árboles por doquier-, y también unos elegantes edificios antiguos, que presentaban un color entre marrón tostado y gris a causa del tiempo, bordeados de verde. También había suciedad, claro está - todo parecía estar manchado de hollín-, y el olor del río no resultaba nada agradable, pero comparado con St. Giles era el paraíso.

Estuve vagando por allí y dando un paseo mientras me dirigía hacia Tyburn; mantuve todo el rato los ojos bien abiertos por si veía alguna víctima propicia. Hacía mucho tiempo que había aprendido a elegir entre la gente y rara vez corría riesgos innecesarios. Aquel comerciante de aspecto próspero que caminaba calle abajo dando grandes zancadas con fuertes botas y que iba ataviado con una pesada capa tenía la mirada mezquina. Más le valdría a aquel tipo estar alerta con los rateros. Aquella rolliza ama de casa que llevaba un paquete en los brazos se pondría a gritar en cuanto me acercase a ella, y el joven oficinista que tenía los dedos manchados de tinta no llevaría encima nada que mereciese la pena robar. Aquellas tres mujeres con vestidos de satén que charlaban de pie delante de una sombrerería probablemente tuvieran muchas cosas para robarles, pero una de ellas llevaba un perro diminuto en los brazos. Los perros le mordían a una los tobillos, aunque fueran perritos pequeños y mimados, y además allí cerca había parado un carruaje muy elegante cuyo cochero se apoyaba en él sin perder de vista ni un instante al trío de cotorras. Se me echaría encima de inmediato si me acercaba a ellas; me daría puñetazos y un buen puntapié que me tumbaría cuan larga era.

Suspiré profundamente y seguí caminando muy atenta por si se presentaba una oportunidad. Las tres señoras vestidas de satén se apartaron cuando yo pasé por su lado. Una de ellas arrugó la nariz y se la tapó con la mano. Me di la vuelta y le saqué la lengua, por lo que casi se des maya en brazos de sus compañeras. El cochero de aspecto malhumorado se incorporó y me miró echando chispas por los ojos mientras apretaba los puños. Yo desfilé ante él con la nariz bien levantada, como una duquesa, y cuando me hallé lo bastante lejos le hice un grosero ruido con los labios y

también un corte de mangas. Muy enfadado, farfulló algo, pero no salió en mi persecución. No podía abandonar su puesto sólo para abofetear a una descarada golfilla callejera, aunque le habría gustado tenerme en sus manos. Al pasar se lo había notado en los ojos. Incluso vestida con harapos, incluso con los rizos alborotados y la cara llena de churretes, había excitado a aquel bruto. Eso, el ver que una es capaz de provocar cosas así, proporciona cierta sensación de poder, pero no me interesaban aquella clase de juegos. No me parecía honrado aprovecharme de mi aspecto cuando no tenía la menor intención de permitir que me sobasen.

Bajé por Snow Huí y crucé el nauseabundo río Fleet por un estrecho puente de piedra; ahora caminaba más de prisa, pues no me convenía llegar tarde y seguro que ya habría congregada una gran multitud Las ejecuciones públicas eran una fiesta, un entretenimiento gratuito para el estridente populacho. En un libro que en cierta ocasión robara en uno de los tenderetes, había leído que a Londres se la llamaba la Ciudad de las Horcas porque nadie podía entrar en ella, ya fuese por el río o por tierra, sin ver por lo menos una. Las horcas se alzaban en Putney, en Kesington, en Oíd Kent Road y en Wapping, pero Tyburn era el emplazamiento favorito. Había mucho más sitio para los alegres espectadores, y a los criminales importantes se les colgaba allí. Los mercaderes, los dueños de los tenderetes, los vendedores ambulantes y los repartidores de panfletos siempre sacaban alguna ganancia de los ahorcamientos públicos, igual que los rateros y los ladrones. Todo el mundo parecía prosperar y pasarlo bien excepto el pobre condenado.

La multitud aumentó considerablemente mientras yo bajaba por la calle Oxford. El espacio abierto de Marylebone Fields quedaba a un lado; las aldeas de Hampstead y Highgate eran visibles en el promontorio que se hallaba un poco más allá. Según mis cálculos, debía de haber por lo menos cuatrocientas o quinientas personas caminando con dificultad carretera adelante; la mayor parte reía estrepitosamente, y algunos cantaban cancioncillas obscenas mientras hacían ondear las botellas de ginebra y comían pasteles de carne, disfrutando de antemano del gran acontecimiento que se avecinaba. Magníficos carruajes y elegantes sillas de mano se veían atrapadas entre aquel gentío formado por peatones; los conductores de los carruajes hacían restallar los látigos al tiempo que lanzaban fuertes improperios, y las elegantes señoras que iban dentro escudriñaban a la gente por entre las cortinas con el rostro excitado y alarmado. Cuando llegamos al cruce que forman las calles Oxford y Edgeware, cerca de los muros de Hyde Park, vislumbré por primera vez la enorme horca, tan grande que podía dar cabida en su seno a veintiún cuerpos a la vez. Reprimí un escalofrío. Yo había presenciado ya muchas ejecuciones, pero nunca miraba el procedimiento que se utilizaba. Solía ser demasiado horripilante, particularmente si el condenado era un traidor.

A los traidores no se les colgaba simplemente. Se les bajaba mientras aún estaban con vida y se les sacaban las entrañas, que reventaban ante sus ojos. Después los arrastraban, los descuartizaban, y finalmente los decapitaban mientras centenares de personas charlaban y reían, comían pan de jengibre y bebían limonada, disfrutando a lo grande del espectáculo. A mí me resultaba difícil comprender aquella sed de salvajismo que impregnaba nuestra época, porque no era algo que estuviese limitado a St. Giles y sus habitantes. La burguesía acudía en enjambre a las ejecuciones,

los señores de la nobleza se codeaban con vendedores ambulantes y deshollinadores, y las refinadas señoras devoraban bombones y se ponían de pie en las tribunas para ver mejor.

Aquella mañana, mientras me abría paso entre la multitud que se apretujaba en torno a la inmensa horca de madera, Tyburn Fields hubiera podido tomarse por el escenario de una feria. Observé que los asientos de Mother Proctor estaban atestados de gente; desde las gradas de madera se disfrutaba de una situación privilegiada, por lo que significaban una verdadera fortuna para las astutas mujeres que tenían la concesión y las alquilaban a la burguesía y a la clase comerciante más acaudalada. En medio de aquel gentío había carros y carruajes cuyos techos eran otro lugar de privilegio. Una bandada de mujeres lujosamente ataviadas se hallaban sentadas en lo alto de uno de ellos; las faldas de colores semejaban pétalos que revoloteaban movidos por la brisa mientras ellas agitaban la mano para saludar a los conocidos, coqueteaban con los hombres y charlaban sin parar. Ruidosos juerguistas de todas las clases sociales, con las mejillas sonrojadas a causa de la excitación y los ojos brillantes de anticipada emoción, abarrotaban el lugar entre empujones y codazos. Alcahuetas viejísimas con chales mugrientos trasegaban ginebra y gritaban obscenidades. Rudos obreros se tambaleaban borrachos aquí y allá, bromeando con las putas. Al menos media docena de peleas a puñetazos tenían lugar al mismo tiempo, y la horca se hallaba rodeada por una tropa de soldados de caras feroces que mantenían al gentío alejado y que no dudaban en utilizar la culata de los mosquetones para desanimar a los espectadores más entusiastas.

Los vendedores ambulantes pregonaban las mercancías, y hacían su buen negocio con ginebra, cerveza, castañas, naranjas, pastas, tartas y pan de jengibre. Un hombre robusto, sonriente y con cara amistosa sostenía en alto una especie de perchero del que colgaban diminutos muñecos de madera con cuerdas alrededor del cuello; vendía aquellos horripilantes recuerdos a seis peniques la pieza.

- ¡Oigan la confesión del condenado! -gritaba un pregonero al tiempo que agitaba en el aire puñados de hojas recién impresas; otros vendían espeluznantes relatos de ejecuciones que habían tenido lugar con anterioridad y cuentos aún más espeluznantes que trataban de criminales famosos, siendo la vida del infame Jack Sheppard el sempiterno favorito. Todos estaban burdamente escritos, impresos de igual modo y hechos apresuradamente durante la noche para satisfacer la lujuria del público. Yo había leído varios, y me había sentido fascinada y asqueada al mismo tiempo por los detalles sangrientos y los grabados.

Atenta, ufana y confiada, me metí entre la multitud convirtiéndome así en parte integrante de aquella masa humana. A cada momento me daban codazos y empellones, pero yo me defendí con firmeza y empujé a un lado a una pescadera empapada de ginebra que se echó sobre mí; también pasé por encima de un hombre con la cara ensangrentada que al parecer acababa de perder una pelea. Un joven de mirada impúdica con la nariz retorcida me dio un azote en el trasero y me agarró el pecho izquierdo, apretándomelo con fuerza. Hizo un gesto de dolor y me soltó de inmediato cuando le di un rodillazo en la ingle. Los mirones estallaron en fuertes risotadas. Yo seguí avanzando, sin concederle importancia al incidente; saboreé los olores del pan de jengibre y de las castañas asadas y deseé tener un penique para

comprarme unas cuantas. Los caballos relinchaban. Los bebés lloraban. Los perros callejeros saltaban por doquier, gruñendo y aullando.

Por encima del estruendo de la multitud se oyó el sonido de la gran campana de la iglesia del St. Sepulchre doblando a duelo. Sólo se tañía cuando un condenado iba camino de Tyburn. El carro que lo transportaba no tardaría en llegar. El espectáculo estaba a punto de dar comienzo. Me percaté de la presencia de varios compinches míos que aquella mañana trabajaban entre la multitud; buscaban astutamente alguna víctima, cosa que, claro está, también hacía yo. Vi a Nimble Ned que se acercaba con disimulo a un mercader gordo que, si sería idiota, llevaba la cadena del reloj de oro colgándole de la panza. Muy confiado, el pecoso Ned se tropezó, en apariencia torpemente, con el mercader; se disculpó profusamente mientras le cepillaba las solapas al hombre aquel y luego desapareció con presteza entre el gentío, con la cadena guardada a buen recaudo en el bolsillo. Efectivo, pensé yo, aunque mi técnica era mucho más sutil. Yo me mostraba más cauta, nunca afanaba nada si no tenía una vía de escape bien clara y despejada. Lo mejor sería buscar a un primo en el borde de la multitud, desde donde sería mucho más fácil salir huyendo en caso de que fuera necesario. Y también sería mejor esperar hasta que la ejecución diera comienzo y hubiese más distracciones.

La multitud se agitó, moviéndose en masa al oír el estruendo que producían los cascos de los caballos. Un elegante coche, flanqueado a ambos lados por soldados de feroz aspecto que sostenían las picas en alto, se acercaba.

- ¡Abrid paso, abrid paso! -gritaban los que iban en cabeza; el cortejo en pleno se encaminó directamente hacia el centro de la multitud, ignorando por completo los cuerpos que se interponían en su camino. Se oyeron angustiosos gritos y fuertes exclamaciones mientras la gente intentaba apartarse del paso del coche. Hombres, mujeres y niños se vieron de repente empujados hacia atrás, embestidos y pisoteados, mientras soldados y carruajes avanzaban hacia el claro que los otros soldados, los que protegían el patíbulo, habían despejado previamente justo delante de éste.

- ¡Cumberland! -comenzó a gritar alguien-. ¡Es el duque sangriento! ¡ Ha venido personalmente a contemplar el espectáculo!

Yo ya había retrocedido un trecho hacia una extensión de terreno un poco más elevado que había allí donde el gentío terminaba, por lo que tenía una buena panorámica de la actividad que tenía lugar ante el alto patíbulo. Los soldados se detuvieron y desmontaron. La puerta del carruaje, blanco y dorado, ostentaba la insignia real. Cochero y mozos de cuadra llevaban asimismo la librea real. Un silencio se apoderó de la multitud cuando se abrió la puerta del coche y apareció por ella una figura grotescamente corpulenta y ataviada con una peluca empolvada, y empezó a bajar por los peldaños. Tenía una expresión vil en la cara, que estaba abultada y abotargada; los ojos porcinos nunca miraban de frente y la boca gordezuela se le curvaba con petulancia. Llevaba unas zapatillas de cuero blanco, medias también blancas de seda, calzas de satén de un color verde claro y una levita a juego. Los encajes le caían en cascada, como la espuma, desde la garganta, y también se les veía asomar por las mangas. Mientras aquel hombre se movía pesadamente para decirle algo a uno de sus hombres, los diamantes que llevaba en los dedos lanzaron brillantes destellos.

Era la primera vez que yo veía a un miembro de la realeza. No me impresionó en absoluto. Al igual que millares de otros ingleses leales, yo sentía un profundo desdén por aquellos imperturbables germanoparlantes que eran los Hanover, el hatajo más duro de mollera y más falto de ingenio que se hubiera sentado nunca en el trono inglés. Y William Augustus, duque de Cumberland, era el hombre más despreciado y temido de Inglaterra. Conocido como el "carnicero sangriento" desde que llevara a cabo una brutal y sanguinaria campaña en Escocia contra el Hermoso Príncipe Charles, era el hijo favorito de su padre y sin duda un soberbio comandante. Se trataba de un hombre terriblemente despiadado que poseía gran sangre fría, pero también era una babosa gorda con aspecto sucio. Los escoceses lo odiaban intensa y apasionadamente, cosa que por otra parte era bastante natural, pero apenas era menos odiado por sus propios paisanos, los cuales se daban cuenta de que intentaba socavar la posición de su hermano Frederick, príncipe de Gales, que era el heredero del trono.

Se había dispuesto un asiento especial para él cerca de la horca. Se acercó anadeando para acomodarse en él, resopló pesadamente, apoyó la barbilla en una mano gordezuela y frunció el ceño con impaciencia. Tímidamente primero, con una evidente hostilidad después, la multitud decidió ignorar la presencia de aquel hombre y pronto volvió a comportarse de la misma forma bulliciosa que antes. Vi a un hombre y a una mujer con aspecto de tenderos que salían a toda prisa de entre la multitud llevando en brazos el cuerpo inerte y ensangrentado de un niño de corta edad. La mujer sollozaba de una manera descontrolada. El hombre tenía el rostro ensombrecido a causa de la pena y de la rabia. El niño era, obviamente, una de las víctimas que habían resultado pisoteadas cuando las tropas de Cumberland se abrieron paso a la fuerza entre la multitud. Tales incidentes, que eran cosa bastante corriente, difícilmente le granjeaban al sangriento duque las simpatías del populacho.

La campana de la iglesia de St. Sepulchre había estado tañendo sin cesar todo el rato, y ahora ya se distinguía el carro del condenado, que se aproximaba seguido por varios soldados que portaban picas. El verdugo iba sentado delante, encima del ataúd, y detrás de él se hallaba el capellán de la prisión. El reo iba de pie en la parte de atrás, con la cabeza descubierta, la barbilla bien alta y las muñecas atadas a la espalda. Era un hombre joven, no tendría más de veinte años, un muchacho apuesto cuyos cabellos negros como el azabache alborotaba el viento; tenía los ojos de color azul claro, y no se podía negar que el perfil era muy noble. Vestía una levita de terciopelo color ciruela y unos calzones, arrugados y polvorientos, de la prisión. Noté que tenía la chorrera de encaje blanco muy ajada y manchada de suciedad.

La multitud bramó al tiempo que le dejaba paso al carro, pero hubo algunos que, como yo, permanecieron en silencio. Quizás sintieran lo mismo que sentía yo en aquellos momentos. Una dolorosa tristeza se apoderó de mí al ver bajar del carro al apuesto joven, tranquilo, digno, enfrentándose a aquella espantosa muerte con una increíble valentía. No había derecho. Era muy joven. Todo lo que había hecho era darle apoyo al hombre que consideraba su rey legitimo. Una persona no debía morir por una cosa así. Y ningún hombre debía morir del modo en que iba a hacerlo aquel joven, en medio de una indecible agonía. Yo me volví de espaldas, presa de las náuseas. Detestaba a los gobernantes que consentían semejantes muestras de salvajismo, detestaba a la gente que acudía en tropel para disfrutar

mirando aquello y que saboreaba cada instante de la ejecución. A veces la raza humana parecía francamente despreciable. Puede que yo fuera dura y estuviese primordialmente preocupada por mi propia supervivencia, pero una persona siempre debe albergar algunos sentimientos, aunque resulten molestos y hagan la vida mucho más complicada.

Sobreponiéndome, ignorando el regocijado ruido que se produjo cuando el prisionero empezó a subir los peldaños del patíbulo, dejé los sentimientos a un lado y centré la atención en mi negocio. Yo había ido allí para vaciar bolsillos. Y eso es lo que iba a hacer. La multitud estaba concentrada ahora en el espectáculo que se avecinaba. El momento era ideal. Sólo tenía que encontrar una víctima con el aspecto apropiado. Paseé desenfadadamente alrededor de la multitud seleccionando a algunas posibles víctimas con gran cuidado. Ya había descartado a varios candidatos cuando divisé a dos caballeros que estaban juntos, de pie sobre una ligera elevación del terreno, justo donde el gentío acababa.

Perfecto. El individuo delgado que iba vestido de negro no tenía un aspecto muy prometedor, pero el rubio corpulento parecía ser portador de artículos de primera, y yo tenía vía libre para escapar en el caso de que algo saliera mal. Me acerqué un poco más a ellos y los estuve inspeccionando disimuladamente mientras me acariciaba un revoltoso rizo de color castaño rojizo. Los dos hombres eran altos; el rubio, de fuerte constitución, era un hombre fornido y sólido al que no le sobraba un gramo de peso. Llevaba unas calzas de terciopelo color orín que le llegaban por la rodilla, levita, medias de seda blancas y unos maravillosos zapatos de cuero marrón con tentadoras hebillas de plata. Tenía el rostro ancho, amplio y agradable; la barbilla estaba partida por una hendidura en medio, y la boca era grande y sensual. En otras circunstancias aquellos ojos de color marrón oscuro sin duda habrían parpadeado amigablemente. El despeinado cabello rubio dorado le proporcionaba cierto toque adolescente. Parecía una persona afable, un acaudalado holgazán que probablemente se pasara la mayor parte del tiempo sentado ante las mesas de juego en compañía de mujeres hermosas y complacientes.

Su compañero era unos cinco centímetros más alto, mediría por lo menos un metro ochenta y cinco, y era extremadamente delgado, con hombros anchos y huesudos y la constitución fuerte y nervuda de un atleta. Estaba de pie muy estirado, con las largas manos cerradas con fuerza y ojos ardientes. Parecía crujir literalmente a causa de la tensión, y se podía notar la enorme violencia, apenas reprimida, que se ocultaba bajo la superficie. Tenía el pelo, espeso y fuerte, de un brillante color negro azabache, y una onda del mismo le caía sesgadamente por la frente y por la delgada, bella e insinuante cara. Los zapatos negros eran lo peor que llevaba, en seguida me di cuenta de eso; las hebillas de peltre no valían ni siquiera un cuarto de penique. Las medias de algodón, de color negro, presentaban por todas partes torpes zurcidos y, a pesar de estar cortadas con elegancia por un buen sastre, las calzas negras y la llameante levita tenían un ligero matiz verdoso producido sin duda alguna por el paso del tiempo.

Continué mirándolos mientras decidía si debía o no correr el riesgo. Solo, el hombre fortachón y agradablemente rubio habría sido una víctima perfecta. Aunque me atrapara, aunque me cogiera la muñeca con una de aquellas poderosas y bien formadas manos, seguro que una piadosa y sentimental historia astutamente narrada le convencería para dejarme

Librodot

marchar. Me recordaba a un cachorro, fornido y zalamero, de esos que son demasiado grandes para su edad, aunque en aquel momento la expresión que tenía en el rostro fuese todo lo convenientemente grave que la situación requería. Si el rubio parecía un cachorro, su acompañante era uno de esos viciosos y delgados perros alemanes, un doberman, tenso, encrespado y dispuesto para saltar. Aquel tipo tenía instintos asesinos, y si yo hubiese sido juiciosa habría evitado acercarme a él.

La multitud se impacientaba mientras el capellán, sosteniendo piadosamente en la mano la Biblia y sin duda pensando ya en el provecho que obtendría cuando publicase su propia versión de la confesión del hombre condenado a muerte, le decía algunas palabras al reo. El joven movió la cabeza a ambos lados, renunciando a la oportunidad de pronunciar las tradicionales últimas palabras ante la gente que había allí congregada. El duque de Cumberland se inclinó hacia adelante en la silla y observó con avidez cómo el capellán se retiraba dando unos pasos hacia atrás y el verdugo dejaba caer el nudo corredizo sobre la cabeza del apuesto joven, se lo colocaba luego alrededor de la garganta y le daba un rápido y profesional giro. El fornido rubio le tocó en el brazo a su compañero para indicarle que debían marcharse ya. El otro le apartó la mano furiosamente y le espetó unas ásperas palabras que yo no pude oír por hallarme demasiado lejos. Presentí que conocía al prisionero, que había un fuerte lazo entre ellos.

Me dije a mí misma que aquel hombre estaría demasiado atento a los acontecimientos para prestarle atención a cualquier otra cosa. Me acercaría disimuladamente, haría mi trabajo y, antes de que cualquiera de ellos se diese cuenta de lo que había sucedido, yo ya me hallaría lo suficientemente lejos. Segura de mi destreza, más segura de lo que hubiese sido conveniente, yo no era de las que le daban la espalda a un desafío. Y así, cepillándome una mota de hollín de mi descolorida falda azul violácea, tomé una profunda bocanada de aire y me acerqué paseando como el que no quiere la cosa hacia aquellos dos hombres para caer directamente en los brazos de un futuro tempestuoso e implacable.

Librodot

3

Alborotada, estridente, la multitud esperaba con impaciencia mientras el verdugo hacia los últimos preparativos acariciando la soga casi con amor. El joven vestido de terciopelo color ciruela estaba de pie, muy quieto, con la vista fija hacia el frente y ajeno al parecer al nudo que le habían puesto alrededor del cuello. Cumberland se inclinó hacia adelante en el lujoso sillón dorado que le habían proporcionado y se sujetó tenazmente a los brazos del mismo con manos rechonchas; un brillo codicioso y rapaz se veía en los diminutos ojos de aquel cerdo. Detrás de él la gente de buen tono que ocupaba los bancos de Mother Proctor sonreían y conversaban, y algunos de ellos se habían puesto de pie para obtener así una mejor visión del acto. El verdugo hizo chascar la lengua y asintió satisfecho tras asegurarse de que el golpe le produciría al reo el máximo dolor sin llegar a romperle el cuello. El ahorcamiento era un arte refinado que requería de los más habilidosos toques. Si se realizaba en debida forma, silo llevaba a cabo un maestro, se podía conseguir que la víctima estuviera dando patadas al aire durante casi veinte minutos, mientras boqueaba, gorgoteaba y sufría una indecible agonía antes de que la muerte lo liberase al fin.

- Creo que será mejor que nos marchemos ya, Gordon - dijo el hombre corpulento y rubio. Tenía una voz bonita, muy profunda, aunque al mismo tiempo suave y tranquilizadora -. Siendo primo carnal del muchacho es una locura que te obligues a someterte a este horror.

- Se comportó de una forma condenadamente alocada.

Todos lo hicieron, incluso mis dos hermanos, al seguir a ese joven idiota, inepto e irresponsable. Oh, el Hermoso Príncipe tiene el encanto suficiente, eso lo doy por sentado, pero si alguna vez ha tenido dos células del cerebro funcionando al mismo, habrá sido un milagro. Eso fue lo que les dije cuando me pidieron que yo también le jurara fidelidad.

Aquellas duras palabras, pronunciadas con voz fría y cortante, me produjeron escalofríos en la espina dorsal. El rubio parecía sentirse a disgusto, pues unas arrugas de preocupación le surcaban la frente.

- Eres un amargado, Gordon. Tienes derecho a serlo. Tus dos hermanos fueron masacrados en Culloden; luego confiscaron las propiedades de tu familia y ahora te ves obligado a ganarte la vida como puedes en la calle

Librodot

Fleet, condescendiendo con los más viles gustos del público. Es suficiente para volver arisco a un hombre, lo admito, pero esta obsesión que tienes...

-Soy escocés, Bancroft. Aunque quizá no sea un escocés leal. La mayoría de mis compatriotas me consideran un cobarde por no empuñar las armas igual que hicieron mis hermanos. Piensan que soy un traidor por haber escrito aquel artículo en el que calificaba al Hermoso Príncipe de imbécil, que es...

-Gracias a Dios que lo hiciste -le interrumpió el rubio-. Si no hubieses escrito ese artículo, si no hubieras dejado bien claro cuál era tu postura, sino hubieses estado ya viviendo en Londres y...

- Pero así y todo soy escocés - continuó el hombre alto y delgado ignorando la interrupción de su acompañante-. No puedo quedarme quieto viendo cómo masacran a mis parientes, no puedo ver mi hogar hundido y saqueado, mis propiedades confiscadas, sin hacerme el firme propósito de tomar algunas medidas al respecto. Lo único que agradezco es que mis padres no estuvieran ya vivos para ver esta destrucción.

Pronunció las palabras con la misma voz gélida, lo que de algún modo las hacía doblemente efectivas. Aquel enjuto rostro, no carente de atractivo, estaba ahora privado de expresión, pero los claros ojos azules ardían a causa de las emociones que él tan severamente reprimía. Yo notaba la fría rabia, la violencia contenida, la sed de venganza que bullía bajo la superficie. “Ese está luchando con el demonio”, me dije a mí misma mientras me acercaba un paso más. El hombre rubio vestido de terciopelo marrón tocó ligeramente a su amigo en el brazo.

- Eres escocés, cierto, y de los buenos. Pero... todo se ha acabado, muchacho.

-No para Augus. Todavía no. Creí que él tenía más sentido común que los otros, y ahora... - Se interrumpió en seco e hizo una mueca-. Más le hubiera valido morir en el páramo con Ian y Davy

- Tu primo ya ha demostrado que es un joven noble. Va a morir como un valiente. No hay necesidad de que tu contemples cómo lo hace, de que te atormentes de ese modo. Eso sólo sirve para añadir combustible a tu... a esa loca obsesión. Nunca debí permitir que vinieras. Maldita sea, tenía que haberte drogado, tenía que haberte encerrado en un armario y haberte dejado allí atado de pies y manos.

- Eres amigo mío, Bancroft - dijo el escocés con frialdad-, y el único amigo que tengo en este maldito y bárbaro país. Sería odioso que hicieses algo que pudiera poner en peligro nuestra amistad.

- Sí, compañero, ya sé que eres un tipo difícil, hosco y malhumorado. Pero también sé que bajo esa fachada salvaje se esconde un tipo estupendo y muy sensible. Yo no le tengo miedo a ningún hombre, pero ni en sueños se me ocurriría hacerte enfadar. Te estuve observando en aquella pelea en el “Three Boars” y vilo que le hiciste al tipo que te empujó. No creo que te volvieras contra mi, pero con gusto correría el riesgo si supiese que ello te iba a ayudar a librarte de todas esas locas ideas que albergas.

- Eres una buena persona, Bancroft. Un buen amigo.

- Eso es lo que intento. Pero resulta difícil con un salvaje como tú.

- Lo pagará - dijo el escocés con calma-. Aunque tenga que dedicar a ello lo que me queda de vida, voy a encargarme de que ese Cumberland pague por esto. Mira-lo, inclinado hacia adelante y con los ojos brillantes. El muy cabrón se está relamiendo ya por todo este espectáculo.

- ¡Gordon! -le advirtió su compañero-. Modérate, por favor. Podrían arrestarte por decir eso.

Echó una ojeada nerviosa a su alrededor para ver si alguien lo había oído, pero las personas que se hallaban delante de ellos estaban demasiado absortas en el desarrollo del espectáculo como para prestar atención a aquellas imprudentes palabras, y yo, que me encontraba a poca distancia, procuraba poner una expresión de absoluta inocencia, como si estuviese por completo ajena al caballero rubio y a su amigo. La multitud rugió cuando el suelo se abrió bajo los pies del condenado; la soga se tensó en torno a su cuello y él empezó a balancearse. Se oyeron fuertes aclamaciones mientras se convulsionaba y debatía a su pesar sin dejar de dar desesperados puntapiés al aire. El verdugo se frotó las manos, extremadamente complacido. Cumberland continuaba inclinado hacia adelante en el sillón, y estuvo a punto de caerse del mismo de tan absorto como estaba contemplando aquel espectáculo.

-Jesús -masculló Bancroft.

El alto y magro escocés que estaba a su lado no demostraba ya emoción alguna, y permanecía de pie completamente erguido. Aquellas facciones duras y afiladas bien parecían estar esculpidas en el más duro pedernal. Yo me acerqué un poco más a ellos, siempre de un modo disimulado. Bancroft hizo un gesto de dolor deseando no ver aquello, pero incapaz de apartar los ojos. Ahora me encontraba de pie a medio metro de distancia de él, detrás, esperando el momento oportuno. Seguro que llevaba un reloj de oro en el bolsillo, puede que incluso una bolsa de dinero. También me atraían aquellas hebillas de plata, pero había perdido la navaja dos días antes y aún no había tenido tiempo de robar otra. Las personas situadas directamente delante de los dos hombres pateaban y silbaban tambaleándose un poco, y un hombre retrocedió al dar un traspiés, inseguro, y estuvo a punto de chocar con el rubio. Perfecto. Rápida como el viento deslicé una mano dentro del lujoso bolsillo de terciopelo, la cerré en torno a un pequeño objeto metálico y redondeado, la saqué y me lo metí en el corpiño del vestido. No pudo resultar más sencillo. Nada más simple. Ahora a por la bolsa de dinero. Debía de estar en el otro bolsillo.

Me cambié de posición, situándome ahora detrás del hombre, un poco a su derecha. Esperé un par de segundos y luego dejé ir hacia adelante una mano que, como la más ligera pluma, flotó dentro del otro bolsillo y palpó la bolsa de gamuza, notando al hacerlo el peso de las monedas que contenía. Cerré con fuerza los dedos en torno a la bolsa poniendo buen cuidado de que no se produjese ningún tintineo que pusiera sobre aviso al tipo aquel, y luego retiré la mano. Unos garfios de hierro se cerraron de pronto alrededor de mi muñeca, apretándola con tanta fuerza que temí que se me rompieran los huesos. Un par de feroces ojos azules me miraron echando chispas. El escocés me observaba fijamente con un odio frío y venenoso; tenía una sonrisa dura y malvada en los delgados labios.

- ¡ Soltadme! - grité-. ¡ Soltadme!

- Te atrapé, pequeña sabandija. Te crees muy lista, ¿eh, asquerosa?

- ¡Ay! ¡Me estáis haciendo daño!

Intenté soltarme. Me retorció la muñeca de una forma tan brutal que casi me hace caer de rodillas. Ni el mismísimo Hércules habría podido liberarse de aquel apretón, y yo no era más que una pobre y hambrienta golfilla callejera Dejé caer la bolsa. Tintineó a mis pies. Bancroft se volvió,

perplejo, pues hasta aquel momento no se había percatado de lo que sucedía. Lancé un fuerte grito cuando el escocés volvió a retorcerme la muñeca produciéndome un terrible dolor, como si me clavaran agujas, que me subió por todo el brazo.

-¿Qué pasa? -exclamó Bancroft-. ¿Qué ha ocurrido?

-Te había quitado el dinero. Seguro que también te ha robado el reloj.

- ¡Eso es una puñetera mentira! ¡Embustero! ¡Soltadme! Sujetándome fuertemente con la mano derecha, me metió la izquierda en el corpiño, buscando con los dedos entre los pechos para coger el reloj. Lo sacó y lo sostuvo en alto como si se tratase de un trofeo. Bancroft movió lentamente la cabeza, esbozó una tenue y curiosa sonrisa y, cogiendo el reloj, se lo volvió a meter en el bolsillo. El escocés continuó mirándome fijamente con aquellos sorprendentes ojos azules; tenía la boca ligeramente inclinada hacia arriba por una de las comisuras, y la espesa melena negra se le derramaba por un lado de la frente. Al parecer nada le habría gustado más que darme una buena paliza, y yo tenía la impresión de que a la menor provocación lo haría. Decidí no oponer resistencia. No me atrevía a hacerlo. Me sujetaba la muñeca en una incómoda postura, retorciéndola salvajemente con los dedos, y el menor movimiento por mi parte me producía un dolor atroz.

- Bueno, bueno, bueno - dijo Bancroft en tono amistoso mientras me examinaba con todo detenimiento-. ¿Qué hacemos con ella?

- Si dependiera de mi, le rompería el cuello ahora mismo. Esta clase de basura es la responsable de que Londres se haya convertido en el pozo negro que es ahora. Ladrones, rateros, asesinos..., habría que ponerlos a todos juntos y luego mandarlos a la horca.

- Es muy joven - comentó Bancroft.

- Lo que no quita para que ya sea una empedernida criminal.

Me dio un violento tirón de la muñeca. Yo me tambaleé y caí de rodillas mientras el pelo castaño rojizo, muy revuelto, se me derramaba por la cara. Me levantó de un tirón, me estiró del brazo hacia afuera y dio un paso a un lado para retorcerme la muñeca detrás de la espalda hasta colocármela a la altura de las paletillas. Yo empecé a gritar entonces, y no pude evitar que las lágrimas me asomaran a los ojos. Me echó el brazo libre alrededor del cuello y comenzó a presionarme fuertemente la tráquea con el antebrazo.

- Oye, Gordon, no hace falta ser tan duro. No es más que una niña.

- Pues es ya lo bastante adulta como para robarte el reloj y afanarte el monedero.

Tenía la voz fría, segura, con un matiz duro y metálico que le producía a uno escalofríos en la espina dorsal. Yo tenía dificultades para respirar con aquel antebrazo huesudo apretándome firmemente la garganta. No me atrevía a moverme, pues sabía a ciencia cierta que me estrangularía brutalmente sin la menor vacilación. Yo era una luchadora rápida con los dientes, las uñas y las rodillas, sí, pero tenía el suficiente sentido común como para darme cuenta de cuándo me hallaba en inferioridad de condiciones. El escocés tenía instintos asesinos. Me había percatado de ello inmediatamente, y era consciente de que aquel hombre era muchísimo más peligroso que el más brutal habitante de St. Giles.

Bancroft cogió del suelo la bolsa de fina gamuza, hizo sonar las monedas que había dentro y luego se la guardó. Me examinó atentamente con aquellos bondadosos ojos marrones, divertido en el fondo, y yo supe entonces que si lograba escapar de aquélla sería gracias a él. Me las ingenié

para parecer en extremo digna de lástima, e hice gestos de dolor cuando el escocés me retorció ligeramente la muñeca. Los dos hombres parecían haberse olvidado de la ejecución, del condenado que seguía dando patadas al aire, y observé que, al menos Bancroft, se sentía aliviado por la distracción que yo les estaba proporcionando.

- ¿Quieres que ahoguemos a esta jovencita? - preguntó-. El río está cerca. Podríamos meterla un rato bajo el agua.

- Nada me produciría más placer - respondió el escocés.

- Todos los días aparecen muchachas ahogadas en el Támesis - continuó Bancroft un poco en broma-. Apuesto a que no habría protestas ni llantos. Dudo seriamente que alguien llegara a echarla de menos.

-Oh, no, por favor, señor -lloriqueé-. No lo hagáis, por favor.

Bancroft sonrió. Era una sonrisa encantadora, cálida y amistosa, la clase de sonrisa que consigue derretirle a uno el corazón. Aquel hombre grande, apuesto y amistoso, tenía cierto toque de suavidad, y yo estaba segura de que no permitiría que me sucediera algo malo. Al fin y al cabo eran sus bolsillos los que acababa de desvalijar, no los de aquel maldito escocés. Las lágrimas me caían por las mejillas, confiaba en que fuera de un modo atractivo. Sollocé y me atraganté un poco cuando el escocés giró el brazo otro centímetro. Bancroft me observaba con ojos risueños, sin que se le viera demasiado perturbado por mi frustrado crimen.

-Yo... yo no había hecho nunca una cosa así -mentí al tiempo que le miraba con los ojos llenos de lágrimas-. Es que... tengo mucha hambre, ¿sabéis? No he comido nada desde... desde hace dos días, y me estaba muriendo de hambre.

- Está mintiendo - afirmó fríamente el escocés.

- ¡No, no estoy mintiendo! -protesté-. ¡Es cierto, todo lo que he dicho es cierto!

- ¿Tienes hambre? - inquirió Bancroft.

-No lo hacía sólo por mí, también era... por mi hermanito pequeño y por mi mamá. Mi mamá está enferma, algo horrible, y no tengo padre, y mi hermanito no hace más que... no hace más que llorar. Tiene las fiebres. Yo estaba desesperada. Confiaba en poder llevarles algo de comer y un poco de medicina para mi pobre hermanito.

- Conmovedor - dijo el escocés secamente.

- ¡Soltadme, bruto! ¡Me estáis rompiendo el brazo!

Me tiró un poco más del brazo hacia arriba, tanto que casi me lo saca de su sitio. Grité, pero él sofocó el grito con el brazo apretándome con fuerza la garganta para impedir que saliera. Noté que la sangre se me subía a la cabeza y sentí un extraño mareo mientras negras nubes se apoderaban lentamente de mi cerebro.

-Oye, Gordon, deja que la chica coja un poco de aire. La estás asfixiando. Veo que te has trastornado, compañero. Estás de un pésimo humor, te hierve la sangre, te consume la sed de venganza... Todo eso puedo entenderlo, pero no es necesario que se lo hagas pagar a esta patética y desamparada golfilla callejera. No es a Cumberland a quien estás a punto de estrangular.

-Ojalá lo fuera -gruñó el escocés.

Yo empezaba a sumirme en la inconsciencia cuando aquel hombre alivió un poco la presión en torno a mi garganta. Las brumosas nubes negras comenzaron a retroceder. Tosí y balbuceé, con la cara sofocada y

caliente y los brazos y piernas entumecidos. Aquel puñetero cabrón me habría matado de no ser por el otro caballero. Aunque el brazo había aflojado la presión y descansaba ahora sobre mi tráquea, todavía me sujetaba la muñeca con los dedos de una manera brutal al tiempo que me mantenía el brazo retorcido hacia arriba en la espalda de un modo que me provocaba constantes dolores.

- Por favor - susurré-. Por favor, caballero, soltadme el brazo.

- Cierra la boca.

- Me estáis haciendo un daño espantoso.

- Me alegro de saberlo.

- En serio, Gordon, no hay necesidad de torturar así a esta muchachita. Al fin y al cabo no ha hecho ningún daño. ¿Qué te parece si le damos una buena zurra en el trasero y la dejamos marchar?

-A estos parásitos no se les puede dar cuartel, Bancroft. Si dejas pasar una cosa así, lo único que consigues es infundirles ánimos.

-Nunca volveré a hacerlo -prometí-. Os juro que yo...

Volvió a retorcerme el brazo y a aumentar la presión alrededor de mi garganta.

-Te he dicho que cierres la boca -repitió.

- ¿Qué te propones? -le preguntó Bancroft.

- Buscar a un guardia. Entregarla.

- La meterán en prisión. Puede que hasta decidan colgar a esta pobre chica.

-Si colgaran a un buen número de ellos, estos ladronzuelos se lo pensarían dos veces antes de rajarle a uno la garganta o robarle el reloj.

El escocés hablaba completamente en serio. Bancroft parecía un poco afectado. Durante todo este tiempo el primo del escocés había estado balanceándose en la horca, y cada sacudida que daba iba acompañada de aullidos y abucheos por parte de la alegre y rapaz multitud. Se produjo un auténtico estruendo cuando lo bajaron y lo extendieron sobre la plataforma de madera. Un médico le tomó el pulso, acercó la oreja al pecho del hombre y declaró que aún vivía. El gentío aplaudió salvajemente. Para reanimar al muchacho le lanzaron un cubo de agua a la cara. Luego encendieron una hoguera en un enorme caldero negro. Las llamas comenzaron a chisporrotear inmediatamente, y una columna de humo negro se elevó formando volutas hacia el cielo.

El escocés se puso rígido; durante un momento se olvidó de mí, aunque seguía apretándome el brazo con aquella llave brutal. Noté la tensión que se apoderaba de él, casi sentí la angustia y la ira que le corrían por las venas.

Bancroft frunció el ceño. Era evidente que deseaba llevar-se de allí a su amigo antes de que empezara la segunda etapa de la ejecución. Tiraron hacia arriba del condenado hasta ponerlo en pie. El joven reo miró a su alrededor, aturdido, mientras el agua le chorreaba por la cabeza y por los hombros. Vio la multitud, vio las llamas que crepitaban vigorosamente en aquel enorme recipiente negro. Cerró los ojos y se irguió, muy derecho, decidido a no dejarse llevar por el pánico.

- Mira, Gordon - le dijo Bancroft, nervioso-, te aseguro que no me hace ninguna gracia quedarme a ver esto. Ya has tenido suficiente, compañero. No hay necesidad de que te castigues a ti mismo. Con ello sólo conseguirás...

- Titubeó, intentando hallar las palabras adecuadas-. Tenemos que deshacernos de esta muchacha -continuo-. Nunca encontraremos un

guardia en medio de todo este gentío. Hay unas cocheras a un par de kilómetros de aquí. ¿Qué te parece si la llevamos allá y discutimos el asunto por el camino?

- No hay nada que discutir - repuso secamente el escocés -. No pienso soltarla.

- ¡ No han sido vuestros bolsillos los que he intentado saquear! -protesté yo.

- En eso tiene toda la razón esta golfilla - dijo Bancroft-. Si hay que presentar cargos, soy yo el que tiene que hacerlo, no tú.

-Y lo harás, si estimas en algo nuestra amistad.

- Eres un hombre muy duro, Cam Gordon.

-Y tú siempre serás un buenazo, Bancroft. Y eso cualquier día va a acarrearte problemas.

Puñetero hijo de puta. Bestia, cabrón. Nunca mamó la leche de la bondad humana, ni una sola vez. Seguro que de niño le causaba placer martirizar animalitos indefensos, y probablemente también apalear a otros niños. Se sentiría bien haciéndoles sangrar por la boca. Cómo me habría gustado darle una patada en los huevos, una patada tan fuerte que de resultas se quedara inútil de por vida. Cómo me habría gustado clavarle las uñas en aquellas mejillas duras y enjutas hasta que le brotara la sangre y el muy cabrón se pusiese a gritar. Quizás me quedase todavía una oportunidad. Quizás durante el camino hasta aquellas cocheras bajase la guardia y aflojase la presión del brazo; así yo podría liberarme sin que me lo arrancara de cuajo. Yo todavía no había perdido del todo la esperanza. En St. Giles se aprendía a ser paciente y a esperar hasta que por fin te tiraban la porquería a la cara.

- ¿Nos vamos? -le preguntó Bancroft.

- Muy bien. Vamos, marrana, en marcha.

Yo no tenía donde elegir. Echó a andar retorciéndome el brazo y obligándome a caminar delante de él, sin dejar de rodearme la garganta con el brazo. Cada paso que daba era una agonía para mí, porque aquellos dedos se me clavaban implacables en la muñeca, retorciéndola, y me sujetaban el brazo en aquel ángulo tan forzado. Al muy cabrón yo no le importaba lo más mínimo. El brazo que estaba a punto de ser arrancado de raíz no era el suyo. Nos alejamos de Tyburn Fields y seguimos caminando hacia la calle Oxford; el ruido de la multitud se iba apagando poco a poco, hasta que llegó a convertirse en un débil murmullo amortiguado.

- Estás realmente decidido a entregar a la muchacha, ¿verdad? -le preguntó Bancroft.

-Claro que sí.

- Hay una verdadera preciosidad escondida bajo esa capa de suciedad.

- Huele como un estercolero - gruñó el escocés.

- Me gustaría que lo pensaras bien, Cam. Es una lástima ver a una chica tan joven pudriéndose en Bridwell o colgada de una cuerda.

- ¿A qué viene tanta preocupación por una putilla ladrona, Bancroft?

- Es algo que se llama compasión. Siempre me he sentido atormentado por ella. Supongo que a ti nunca te ha importado demasiado.

- En efecto, nunca.

- ¡Yo no soy una puta! -exclamé-. ¡Nunca, ni una sola vez, he permitido que ningún hombre se me suba encima, por mucho que me ofrecieran! ¡Todavía conservo entera la cereza, maldito embustero!

Ambos me ignoraron. Lo mismo podrían haber estado dando un paseo juntos. Aunque me sujetaba con firmeza y me obligaba a caminar delante de él, yo tenía la sensación de que el escocés apenas era consciente de mi presencia, de que yo no existía para él como ser humano. Pasamos por Marylebone Fields; a lo lejos quedaban Hampstead y Highgate, colores grises y marrones bajo aquel cielo azul descolorido. Unos cuantos rezagados pasaron a toda prisa junto a nosotros camino de Tyburn, preocupados porque ya se habrían perdido casi todo el espectáculo. Pero no se veían carruajes, carros ni sillas de mano. Una vaca pacía por allí cerca. Un perro ladraba. Aquella parte de Londres parecía ahora curiosamente desierta, pues toda la actividad se había concentrado en aquellos campos que ya quedaban lejos a nuestras espaldas. El estruendo de la multitud apenas era audible, sólo se oía un zumbido de fondo.

Yo tenía el brazo prácticamente dormido; aquella sensación desgarradora y ardiente se había apagado para dejar paso a un dolor palpitante. Me sujetaba fuertemente, pero sin demasiada presión; el brazo estaba flojo alrededor de mi cuello. Si al menos yo hubiese llevado zapatos, habría podido lanzar el pie hacia atrás para hundírselo en el empeine, darle luego un codazo en las costillas y golpearle en las pelotas con el canto de la mano. Así habría conseguido escapar. Seguro que me habría soltado. Pero yo iba descalza, y el instinto me decía que aquel hombre sería capaz de mutilarme brutalmente antes de permitirme hacer el menor movimiento. No, si quería salir bien librada de aquélla, tendría que usar el ingenio. Me tambaleé deliberadamente mientras atravesábamos el puente de piedra que cruzaba el Fleet. El escocés me dio un fuerte tirón para levantarme. Me eché a llorar.

Lloré mucho, de un modo hermoso, casi patético, sollocé con tanta suavidad y desesperación que aquel llanto habría sido capaz de conmover el corazón más duro. El escocés no me prestaba la menor atención, el muy hijo de puta. Me esforcé para que los ojos se me llenaran de lágrimas. Estas me inundaron las pestañas y me corrieron por las mejillas como brillantes riachuelos, y mis sollozos cada vez se hacían más lastimeros. ¿Quién habría podido resistir aquel patetismo? Bancroft empezaba a inquietar-se, yo lo notaba perfectamente. Por lo menos ése tenía corazón. Tragué saliva y traté de controlar valientemente el llanto, pero lo único que logré fue que aumentase de volumen y que se hiciera cada vez más fuerte y patético.

- Deja ya de chillar de ese modo - me ordenó tajante-mente el escocés.

- ¡Ve a hacerte una paja, hijo de perra!

Bancroft pareció en principio horrorizado, pero luego lanzó una risita, encantado. ¡Malditos los dos! Todo aquel hermoso modo de sollozar, toda aquella brillante actuación, aquella energía desperdiciada. ¡Bestias insensibles! No les importaba ni yo, ni mi pobre mamá, ni mi hermanito pequeño que ardía de fiebre. Creí que tenía a Bancroft de mi parte, y así fue en realidad hasta que mi condenada lengua me traicionó. ¡ Maldición! Estaba furiosa conmigo misma, y aún más furiosa con Bancroft, que ahora se reía de todo corazón.

- ¡Ríete, hijo de puta! ¡No es a ti a quien están arrastrando hacia las cocheras! ¡A mí no me hace puñetera gracia!

-Vaya lengua, Cam -dijo alegremente Bancroft-. Pero hay que reconocer que también tiene mucho valor. Nunca pensé que vería el día en que alguien llamase a Cameron Gordon canalla hijo de perra y viviera para contarlo.

Cameron Gordon no replicó. A él no le resultaba divertido. Aquel cabrón probablemente no se reina en la vida a no ser que por casualidad pisara un polluelo. Solemne como una tumba y horrible como la peste. ¡Maldito escocés! Qué me importaba a mí que sus dos hermanos hubieran resultado muertos en Culloden, que él hubiese perdido sus propiedades y que su primo hermano estuviera en aquel preciso momento viendo cómo le asaban las entrañas ante sus propios ojos. Aquello no le daba derecho a torturar a una pobre chica inocente que sólo intentaba mantener unidos el cuerpo y el alma del mejor modo que sabía. Tenía derecho a estar amargado y enojado, por supuesto, pero no tenía por qué tomarla conmigo de aquel modo.

Nos acercábamos a las cocheras, una de las muchas cárceles provisionales de la ciudad donde ladrones, delincuentes de todo tipo, falsificadores y otros sinvergüenzas, bien guardados por los guardias y ordenanzas de la calle Bow, quedaban encerrados hasta que se les dictaba sentencia y se les enviaba a la picota, a la prisión o a la horca. Los lugares como aquél eran todos unos agujeros espantosos, asquerosos e infestados de ratas, donde los prisioneros yacían hacinados en sótanos oscuros, húmedos y malsanos, que despedían un hedor tan fuerte que podía olerse a una distancia de media calle. Los vapores pútridos impregnaban el aire como una niebla, y muchos presos morían de las llamadas fiebres de prisión, una forma virulenta de tifus que privaba a los verdugos de su diversión. Había yo oído toda clase de cosas acerca de aquellas temibles cárceles. En mi profesión el tema salía frecuentemente a colación.

- ¿No te has preguntado todavía qué le harán? -quiso saber Bancroft.

- Lo más probable es que la cuelguen - repuso Gordon.

- Puede que sólo la pongan en la picota un par de días y le corten una mano - dijo Bancroft como sin darle mayor importancia -. Creo que a los ladrones les hacen eso de vez en cuando si el magistrado ha desayunado bien y se encuentra de buen humor en el momento de dictar sentencia.

La voz tenía un matiz irónico, pero a mí no me hacía ninguna gracia. Muchos sinvergüenzas preferían que los colgasen a que los pusiesen en la picota, una gran plancha de madera con agujeros por los que se obligaba a la víctima a meter la cabeza y las manos. La picota siempre se colocaba en un lugar público para recordarle a la gente el precio que se paga por el pecado, y el bullanguero populacho obtenía un salvaje deleite arrojándole al infeliz de turno palos, piedras, barro, cubos de excrementos, fruta y verdura podrida. Muchas personas se asfixiaban allí por el barro y la porquería que se les estrellaba en la cara y se quedaba allí pegada obstruyéndoles la boca y los orificios nasales. Otros quedaban ciegos o recibían heridas fatales a causa de las piedras. A los falsificadores a veces les rajaban los orificios nasales y les cercenaban las orejas como parte de la sentencia; a los rateros se les cortaba una mano y se les cauterizaba el muñón con un hierro candente. Era algo bárbaro e inhumano, y yo comprendía perfectamente por qué algunos preferían la horca.

- Es un lástima ver perder una mano a una preciosidad como ésta - continuó Bancroft con el mismo tono superficial-; puede que hasta pierda un ojo... la gente a veces se ensaña cruelmente, según tengo entendido. Atormentar a alguien atrapado en la picota es uno de los pasatiempos favoritos del populacho.

-Algo tienen que hacer para entretenerse -replicó Gordon con ironía.

- Puede que se limiten a colgarla - continuó Bancroft.

¡Y yo que me había creído que era un tipo afable, un cachorro grande y amistoso! Pero en realidad era tan malo como el escocés.

- Por cierto, Cam, ¿te va bien la substituta que buscaste para esa pájara flaca y asustada que trabajaba para ti y que vivía en la habitación de la criada?

- No. Me dejó. Se fue a escondidas en mitad de la noche, sin molestarse siquiera en pedirme la paga. Parece que no hay forma de que las criadas me duren.

- Y no me extraña, teniendo en cuenta el modo cómo las tratas. Siempre les gritas y les tiras cosas, y encima esperas que les saquen brillo a tus botas, te zurzan las medias, te sirvan la comida y mantengan en orden esa pocilga de casa que tienes; y las amenazas con estrangularías si hacen el menor ruido mientras trabajas. ¿Cuántas has tenido ya, seis?

- Ocho - confesó Cam Gordon-. Tunantas desagradecidas todas ellas.

- Prefieren morirse de hambre en las calles que enfrentarse cada mañana al demonio en forma de Cam Gordon. No puedo decir que las culpe por ello.

- Menudo amigo eres -dijo secamente Gordon.

- He visto como tratabas a esas pobres criaturas.

- Les pagaba generosamente. Les proporcionaba una habitación cómoda. Y nunca le puse la mano encima a ninguna de ellas.

- Pero las intimidabas con amenazas, las azotabas con la lengua, las amenazabas con meterlas en aceite hirviendo sí osaban tocarte tus preciosos manuscritos. Las man-tenias en un constante estado de terror. Tú puedes convertirte en un demonio si quieres, Cam, particularmente cuanto te hallas trabajando en una de esas malditas novelas tuyas que siempre te traes entre manos.

- Se llama temperamento artístico.

-Oh, ¿es así como se llama ahora? Cuando yo era un muchacho lo llamaban simplemente grosería. A mí me parece que trabajar para ti debe de ser el peor castigo que se le puede desear a una muchacha.

- ¿Qué te propones? -preguntó Gordon cortante.

Bancroft asumió un aire de inocencia herida.

-Nada -dijo-, absolutamente nada. Se me había ocurrido una idea, pero creo que lo más probable es que no diera resultado. Siempre procuro pensar en la comodidad y en el bienestar de mis amigos.

-Ese es uno de tus defectos más lamentables.

-Nadie me lo agradece -se quejó Bancroft.

Al dejar la calle Oxford giramos una esquina y bajamos por una estrecha calle flanqueada por edificios de colores gris y marrón meloso, con letreros de madera pintados colgando por encima de las aceras. Un hombre con delantal vendía manzanas que llevaba en un carro. Un afilador se afanaba dándole vueltas a la rueda y le afilaba unas tijeras a una matrona rolliza ataviada con un gorro azul. Saltaban las chispas. Los peatones atestaban las aceras, pero nadie nos prestaba la menor atención. Un caballero alto y delgado que tenía a raya a una golfilla sucia vestida con harapos de color violeta azulado no era al parecer un espectáculo desusado. Un carruaje bajaba por la calle haciendo un gran estruendo, y los caballos dejaron excrementos humeantes sobre el suelo de guijarros. Un ágil barrendero se apresuró a barrerlo con un escobón de paja. Pasamos por una plaza de aspecto descuidado, volvimos a girar, echamos a andar por una

Librodot

calle estrecha y sombría llena de tiendas viejas y marrones cuyos polvorientos escaparates estaban atestados de grabados, libros amarillentos y muebles desechados.

Gordon había aflojado un poco la presión que ejercía sobre la muñeca; me sujetaba el brazo detrás de la espalda con cierta holgura, y la presión sobre mi garganta era algo más ligera. ¿Lo conseguiría? ¿Podría escaparme de aquel demonio? Sabia que si lograba librarme de aquellas garras yo correría más que él. Me puse tensa, afirmándome en el suelo para llevar a cabo mi intentona. Pero los dedos dE aquel hombre se cerraron con fuerza alrededor de mi muñeca y tiraron de ella hacia arriba. Al mismo tiempo aumentó el apretón del brazo contra mi cuello.

-No te lo aconsejo -dijo con voz ronca.

¡Aquel puñetero cabrón también sabía leer el pensamiento!

- Por favor, señor - le supliqué-. No tenía intención de hacer daño. No quiero que me cuelguen. No quiero que me corten una mano. Yo... yo sólo pretendía sacar algo para poder comprarles comida a mi mamá y a mi hermana.

- Hace unos minutos lo que tenias era un hermanito.

- Puñetero canalla. Tenéis una memoria de elefante, ¿no? Ha sido a él a quien le he vaciado los bolsillos. Tenía hambre. Hace dos días que no como. Si no se queja. Ha recuperado el reloj y la maldita bolsa de dinero. ¿Por qué no me soltáis? No querréis tener mi muerte pesando sobre vuestra conciencia, ¿verdad?

- Si alguna vez tuve conciencia, me temo que se me atrofió hace mucho tiempo.

- ¡ Maricón! ¡ Espero que te pudras en el infierno!

Bancroft miraba muy divertido; aquellos ojos marrones centelleaban y una amplia sonrisa le cruzaba la boca, carnosa y rosada. Lo que estaba haciendo, arrastrar a una pobre chica hacia la perdición, no era más que una alegre broma para él. A su manera, aquel tipo era incluso peor que Cam Gordon, y yo no podía esperar ninguna clase de ayuda por su parte. Ahora me daba cuenta de ello, y noté una terrible sensación en la boca del estómago al comprender por primera vez el verdadero alcance de la situación en que me hallaba. Me iban a arrojar a las cocheras. No conseguiría escaparme ni convencerles de que me soltasen a base de palabrería.

No me invadió el pánico. No grité. No me resistí, ni siquiera cuando vi las cocheras ante mi, parduscas, descoloridas y lúgubres; había delante un gran carro gris y dos ordenanzas, con aspecto de ser mucho más malvados que cualquier rufián de St. Giles, holgazaneaban en las escaleras. El olor era espantoso, nocivos vahos emanaban de aquellas piedras marrones manchadas de hollín y flotaban en el aire como una nube venenosa. Bancroft hizo una mueca de asco y sacó un pañuelo para taparse la nariz. Ignorando a los hoscos ordenanzas, Cam Gordon me hizo subir los peldaños a marchas forzadas y me metió dentro, mientras Bancroft trotaba detrás nuestro. El pasillo era oscuro, y las amarillentas paredes de yeso se hallaban moteadas de manchas marrones. El hedor era tan fuerte que pensé que iba a desmayarme.

Un musculoso guardián de cara cuadrada y rojiza y unos ojos oscuros y brillantes estaba sentado tras una mesa. Levantó la vista enojado, lleno de beligerancia. Cameron Gordon le relató lo sucedido con voz fría e indiferente. El guardián me miró echando chispas por los ojos, como si yo fuera el más

despreciable de los parásitos. Sacó un libro de registro y, después de hacer algunas preguntas, se puso a garabatear en él con considerable esfuerzo. El escocés me soltó. Un carcelero que arrastraba los pies vino por el pasillo acompañado del tintineo de las negras llaves que llevaba sujetas a la cintura. Me froté el brazo y miré rápidamente a mi alrededor sopesando las oportunidades que tenía de escapar. Era inútil. Todo estaba en mi contra. El guardián clavó en mí aquellos beligerantes ojos oscuros y me preguntó de malos modos cómo me llamaba.

- Mi-Miranda -tartamudeé-. Pero me llaman Randy.

- ¿Y el apellido? -bramó.

- No... no estoy segura. El de mi madre era James. A mi padre no lo conocí.

- No es de extrañar. Miranda James - dijo mientras escribía con dificultad en el libro de registro. Le cayó un borrón. Lanzó una maldición en voz baja.

- ¿A qué se dedica tu madre? ¿Es puta?

-Mi... mi madre hace nueve años que está muerta. No era ninguna puta. Era una señora.

-Ya. Ya. ¿Vives en algún sitio fijo?

- Duermo en una carbonera. En St. Giles.

Me temblaba la voz. Tenía las mejillas ardientes después de oír aquella insinuación sobre mi madre. Nunca me había sentido tan sola, tan perdida, tan vulnerable. Quería llorar, pero no tenía intención de hacerlo. Levanté la barbilla e intenté por todos los medios conservar una temblorosa dignidad. El escocés parecía aburrido. A Bancroft se le notaba sobremanera incómodo, y tenía las comisuras de la boca vueltas hacia abajo.

- ¿Algún pariente vivo? - me preguntó el guardián.

- No tengo a nadie - repliqué.

Me formuló algunas preguntas más e hizo unos garabatos en el libro de registro; después le entregó una hoja de papel a Bancroft. Este la estudió durante un momento con ojos dubitativos y luego la firmó. El guardián le dio el nombre de un magistrado, le explicó que se esperaba que compareciese en el juzgado la tarde siguiente y le hizo al carcelero un breve gesto con la cabeza. El carcelero me hizo bajar por un pasillo muy largo y abrió con llave una pesada puerta que había al final del mismo. Me metió dentro de un empujón y cerró la puerta tras de mí con gran estruendo. Oí girar una llave en la cerradura y el sonido de unas pisadas que se alejaban.

Me encontré en lo alto de un tramo de escaleras de anchos peldaños que brillaban a causa de las manchas de humedad. Unos pocos y delgados rayos grises de luz de sol penetraban por una ventana de un solo barrote situada a gran altura en una de las paredes, muy por encima del nivel de la calle, pero aquellos rayos sólo contribuían a intensificar la penumbra. Los peldaños conducían a un gran agujero negro, y cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad distinguí algunas formas oscuras que se removían allí abajo. Una voz ronca me llamó en voz alta y me ordenó que bajase y me uniera a la fiesta. Luego hubo un estallido de carcajadas y el sonido de alguien que orinaba sobre el suelo de piedra. Una enorme rata correteó escaleras arriba, me olisqueó los pies descalzos y emitió un agudo chillido antes de desaparecer entre las sombras. Yo nunca había experimentado un terror semejante. Empecé a temblar y a morderme el labio

Librodot

inferior. Pasaron unos momentos durante los cuales me esforcé por controlar los temblores.

"Todavía no estás muerta, Randy - me dije-. Todavía no te han tirado a la cara esa porquería. Anímate. No va a servirte de nada el quedarte aquí parada de pie como una criatura. En realidad no tienes miedo. Sabes cuidar perfectamente de ti misma. Recuerda quién eres".

-Vamos, encanto - me urgió la voz ronca-. Aquí abajo todos estamos deseando conocerte.

Erguí la espalda. Respiré profundamente. De una manera lenta y desafiante empecé a bajar aquellos asquerosos escalones de piedra.

Librodot

4

Yo estaba sentada, acurrucada en un rincón sobre aquélla paja asquerosa y húmeda que había esparcida por todo el suelo construido con losas tan frías como el hielo. Me mostraba cautelosa y alerta, y no me atrevía a cerrar los ojos por mucho que estuviese deseando dormir. ¿Cuántas horas habían pasado? ¿Treinta? ¿Cuarenta? La mañana se había convertido en tarde, la tarde en noche, y luego, después de varias horas de total oscuridad, tenues rayos de claridad habían empezado a entrar diagonalmente a través de la ventana enrejada, como fantasmales dedos que se alargasen hacia abajo para atormentar a todas las almas condenadas y encerradas en aquel infierno. Los otros prisioneros pululaban por allí dando vueltas como animales enjaulados al tiempo que gruñían, escupían y se revolvían con saña. Pero nadie me molestó, no desde que yo dejara claro cuál era mi posición.

Una vez hube bajado las escaleras, un buen grupo de ellos se había apresurado a rodearme; me estuvieron mirando con ojos llenos de malicia mientras reían dispuestos a divertirse. Era tradicional que a cada prisionero recién llegado le hiciesen extorsión, pero yo no tenía nada de valor, ni una moneda, sólo el andrajoso vestido que llevaba. Uno de los hombres lanzó un rugido de deleite y afirmó que él se cobraría en materia prima; yo le sonreí aparentando estar a mi vez deleitada y le dije que cogería la sífilis, el peor caso de sífilis que había en todo el puñetero país, pero le aseguré que merecía la pena. ¿Qué es la gonorrea comparada con poseer a la duquesa Randy? Ninguna de las putas de la Gran Moll era tan descarada y provocativa. El hombre retrocedió, convencido de que yo estaba infestada de aquella terrible enfermedad. Me eché a reír, mofándome de él, y me puse las manos en las caderas; me ofrecí a cualquier hombre que tuviese unos peniques para gastárselos en un viaje al paraíso. Funcionó. Nadie se atrevió a correr el riesgo. Ningún hombre de los presentes que conservase aún las suficientes energías iba a abusar de mi violándome repetidamente. Les llamé de todo, representando el papel con gusto, aunque por dentro estuviera temblando durante todo el rato, tan aterrorizada que apenas si podía respirar.

A las mujeres no me resultó tan fácil sacármelas de encima. Continuaron apiñadas a mi alrededor, viles y malvadas; yo estaba segura de

que eran mucho más peligrosas que los hombres. Una vieja decrépita con los cabe-líos grises me escupió a los pies y me pinchó el brazo con el dedo. Yo doblé el puño hacia arriba y la golpeé en la boca del estómago con todas las fuerzas que fui capaz de reunir. Se cayó al suelo chillando como alma que lleva el diablo. Cuando intentó levantarse volví a golpearla, y esta vez le di con el puño en la mandíbula. Una mujerona grande con la cara plagada de fístulas y el pelo negro muy corto me echó mano e intentó despojarme del vestido. Peleé como un gato salvaje. Le di patadas y arañazos y utilicé también los dientes. Yo era mucho más pequeña que ella y menos fuerte, pero al cabo de cinco minutos aquella mujer se fue a gatas, maldiciendo, sangrando y jurando que se vengaría.

Al fin y al cabo yo no era más que una paria, una puta salvaje y enferma, de modo que los demás prisioneros se mantuvieron alejados de mi y pronto encontraron nueva diversión cuando otros desgraciados bajaron por aquellos escalones resbaladizos después de que la puerta se hubiera cerrado tras ellos. Elegí un rincón, reuní en él todo el heno que pude conseguir y me senté; no dejé de echar chispas por los ojos como una tigresa cada vez que alguien se me acercaba. El brazo y el hombro todavía me dolían a causa de los malos tratos del escocés. Tenía una pierna muy arañada como resultado de la pelea, y las raíces del pelo me escocían de los tirones que habían recibido. Me sentía magullada y maltrecha, pero había pasado la dura prueba inicial con bastante éxito. Tenía ganas de acurrucarme en el rincón y desahogarme llorando. Doblé los brazos en torno a las rodillas sin atreverme a bajar la guardia ni un solo instante.

En aquella semioscuridad llena de niebla vi a la mujer de las pústulas mascullarle algo a dos de sus amigas. Las tres me miraban sin quitarme los ojos de encima mientras tramaban algún plan. Les hice una mueca y les enseñé el dedo medio estirado en un gesto obsceno. Si hubieran sabido lo débil, lo temblorosa y lo aterrorizada que estaba en realidad, se me habrían echado encima al instante y me habrían dejado inconsciente de una paliza, pero no se atrevieron a hacerlo. Prefirieron esperar a que yo me quedase dormida. De modo que yo no había podido dormir nada. Me había pasado toda la noche en vela mientras las ratas correteaban y chillaban, y los prisioneros dormían ó copulaban en el suelo de piedra como animales de granja. De vez en cuando daba alguna cabezada, cierto, pero nunca duraban más de unos cuantos minutos seguidos. De todas formas supongo que las garrapatas, las pulgas y los piojos me hubiesen hecho imposible cualquier intento de conciliar el sueño.

Por la mañana el carcelero trajo un cesto de pan rancio y varios cubos llenos de unas gachas aguadas e insípidas. Intenté comer. No conseguí hacerlo. Los prisioneros que tuvieran algunas monedas podían comprar carne y queso, y también pan reciente, pero la mayoría en vez de hacer eso se gastaban el dinero en ginebra. Durante la mañana encadenaron a varios prisioneros para conducirlos de este modo a la calle Bow a fin de que oyeran la sentencia, y encerraron a otros prisioneros nuevos. Se llevaron también, mientras ella gritaba de angustia, a la vieja a la que yo había golpeado la noche anterior. El carcelero la arrastró escaleras arriba mientras los que estaban abajo reían, aplaudían y los abucheaban. Dos hombres se enzarzaron en una pelea. Una muchacha pálida con el pelo lacio y muy rubio aceptó fornicar con tres hombres a cambio de un pedazo de queso y una pinta de ginebra. Las escenas de horror abundaban por doquier, y yo

me deba cuenta de que aquello era sólo una muestra de las penalidades por las que habría que pasar en una verdadera prisión, como Newgate o Bridewell.

¿Me mandarían a Newgate? ¿A Bridewell? ¿Me pondrían en la picota? ¿Me colgarían? Cualquier cosa podía suceder. Todo dependía del magistrado. Cualquier prisionero que tuviese dinero suficiente podía contratar a un abogado y, si pasaba de mano la cantidad necesaria de dinero, podía asegurar que saldría del juzgado libre como un pájaro por grave que fuese el crimen cometido. El abogado buscaría tres o cuatro testigos falsos para "probar" la inocencia de su cliente. Siempre había cerca de allí cien hombres así holgazaneando por la calle Bow, con paja (2) metida entre las hebillas de los zapatos para indicar que estaban dispuestos a ser testigos por unos honorarios mínimos. Un abogado sólo tenía que poner el pie en la calle y al instante reuniría media docena de testigos falsos por no más de un soberano o dos, testigos que jurarían solemnemente que el acusado se encontraba en otra parte en el momento en que se había cometido el crimen. Los magistrados estaban acostumbrados a ver comparecer ante ellos a los mismos testigos una y otra vez, pero había pocos hombres más corruptos que aquellos que dictaban sentencia en la calle Bow, y la presencia de los testigos significaba que el acusado tenía dinero, la mayor parte del cual acababa en los propios bolsillos del funcionario. El sistema funcionaba de maravilla para todos los implicados.

Pero yo no tenía dinero ni modo de obtenerlo. Como otras miles de almas indigentes, yo estaba completamente a merced del magistrado, mi sentencia dependía sólo de su capricho, de su humor. Había leyes, desde luego, docenas de abultados legajos atestados de decretos, edictos y normas rigurosas que cubrían cualquier eventualidad, pero, de los magistrados que se ocupaban de los criminales en la calle Bow, eran pocos lo que se molestaban en consultarías. Sentada en el rincón, magullada, hambrienta y atemorizada, yo sabia que bien podía ser que me condenaran a la horca, y sabía también que en todo el mundo no había una sola persona a quien aquello le importara de veras. Puede que la Gran Moll derramase un par de lágrimas, cierto, pero luego daría un suspiro, se encogería de hombros y continuaría su vida. Yo no tenía a nadie, absolutamente a nadie.

"No sirve de nada compadecerte de ti misma, Randy -me dije-. No sirve de nada. Eres una luchadora, no una quejica, y no puedes darte por vencida tan fácilmente. Cuando te hagan comparecer en el juzgado vas a contarle una historia tal al puñetero magistrado que se pondrá a gritar dentro de la cerveza. Vas a conseguir romperle su maldito corazón. Antes de que acabes tu historia lo más probable es que te cuelguen alguna maldita medalla."

Siempre optimista, me consolaba con aquellas fantasías, pero una vocecita interior muy lejana me decía que estaba dando palos de ciego. La historia lacrimógena no había dado el menor resultado con el escocés, no había logrado conmoverle en absoluto, y los magistrados de la calle Bow no eran célebres precisamente por su compasión. Hacía falta ser cierta clase de individuo para condenar a otros hombres a la horca o a pasar por las más espantosas e inhumanas torturas, y esa clase de individuo no era probable que se conmoviera por una raterilla sucia a la que habían sorprendido con las manos en la masa. Me arranqué una pulga de la pierna arañada y me pasé los dedos por el pelo, negándome a hacerle caso a aquella voz interior,

negándome a renunciar a la esperanza. Cuando eso ocurría uno se hundía ya de todas todas.

Poco más tarde vino a buscarme el carcelero. Me obligó a ponerme en pie de un tirón y me cerró los grilletes en torno a las muñecas; eran dos apretados brazaletes de hierro con un pesado y largo tramo de cadena colgando entre ambos. Me dio un empujón y me dijo que subiera por las escaleras. La mujer de la cara llena de pústulas me escupió cuando yo pasaba ante ella. Ni siquiera me molesté en hacerle un gesto con el dedo. Desfilé escaleras arriba con el carcelero pisándome los talones. Este abrió la cerradura de la puerta y me empujó hasta el pasillo. Uno de los ordenanzas que había visto en la puerta el día anterior, un macizo patán con áspero pelo negro, la nariz rota y los ojos negros y brillantes, estaba esperando allí. Los pantalones, el abrigo y la levita eran de cuadros verde chillón y marrón, estaban muy ajados y le sentaban mal; el color de la piel era de un amarillo horripilante.

- Aquí la tienes - dijo el carcelero con un gruñido.

- ¿Al tribunal de Fletcher? - le preguntó el ordenanza.

- Eso es. El la estará esperando con la peluca puesta dispuesto para dictar sentencia, y por lo que he oído hoy se encuentra de un humor excelente. Ya ha mandado ahorcar a cuatro, a dos los ha enviado a la picota y uno va a ser azotado en público... una mujer a la que cogieron engañando a los clientes en el puesto de pescado.

- ¿Cuántos latigazos?

- Cincuenta.

El ordenanza sonrió.

-No quiero perderme ese espectáculo. Tiene que ser divertido mirar. Tú, chavala -continuó dirigiéndose a mí-, vas a venir conmigo sin ocasionarme problemas o será peor para ti. ¿Te has enterado bien?

- No te ocasionaré ningún problema - le dije, sumisa.

- Deberías haberle encadenado también los tobillos, Bullock - gruñó él-. ¿Por qué demonios no le has puesto grilletes en los tobillos?

- ¿Acaso una muchacha de aspecto tan desgraciado como ésta te resulta demasiado difícil de manejar?

- Puedo manejarla perfectamente. Si me da cualquier problema le romperé las dos piernas. ¿Me oyes, muchacha? Como le des algún problema a Jim Elsom te aseguro que te arrepentirás de haberlo hecho.

-Te oigo, Jim.

- ¡No me des coba tampoco! ¡Vamos!

Me agarró por un brazo y me condujo hasta el exterior del edificio. Aunque estaba bastante oscuro, la luz del día resultaba cegadora después de la oscuridad de la mazmorra. Parpadeé y me tambaleé un poco. Jim Elsom masculló una maldición y me arrastró por la acera, apartando a empujones a cualquier peatón que acertara a cruzarse en su camino. Caminaba a paso vivo, con la mandíbula adelantada y expresión amenazadora, y yo trotaba junto a él. Los oxidados brazaletes de hierro se me clavaban en las muñecas. La cadena tintineaba y me golpeaba las rodillas a cada paso que yo daba. Elsom me apretaba el brazo justo por encima del codo, y los dedos se me clavaban en la carne mientras tiraban de mí hacia adelante.

Bajamos por Long Acre, con tramos de casas ruinosas, pequeñas tiendas y enormes cobertizos que albergaban establecimientos de carreteros. Yo me sentía físicamente muy débil y emocionalmente agotada; estaba tan

hambrienta que sentía una opresión en el estómago. Al pasar por la iglesia de St. Anselm y el reducido cementerio manchado de hollín que había delante de ella, yo sabía que resultaría inútil intentar escapar. Nunca lo conseguiría débil como me encontraba y con aquellos malditos y pesados grilletes; además Elsom se me echaría encima como un bulldog rabioso. Cruzamos Bow Yard y echamos a andar por la calle Bow abajo. Era estrecha y sucia, una calle de colores marrón y grisáceo, y todo estaba manchado de hollín. Carruajes y carros bajaban con gran estruendo por la calle mientras los cocheros maldecían y hacían restallar los látigos. Las aceras estaban abarrotadas de hombres de aspecto ruin que holgazaneaban parados ante la puerta de las tiendas y de las cervecerías. El alboroto era ensordecedor, el aire viciado y el ambiente amenazador.

Elsom me arrastró hasta un edificio feo y achaparrado con travesaños de madera marrón y un enlucido amarillento veteado de hollín. El tejado de pizarra gris resultaba opresivo y le daba un aspecto muy pesado, por la parte superior, un bosque de ruinosas chimeneas de ladrillos anaranjados y delgados tubos que coronaban el edificio. Otras edificaciones se apretujaban a ambos lados, muy pegadas. Elsom me condujo escaleras arriba, me hizo entrar en un vestíbulo grande y polvoriento y me entregó a un oficinista flaco que iba vestido de negro. Tenía la cara muy pálida y enjuta, con ojeras de cansancio bajo aquellos apagados ojos marrones. Llevaba una peluca gris cubierta de un polvo añejo y ligeramente ladeada; los dedos descarnados estaban todos manchados de tinta.

- Aquí está la moza, James - dijo Elsom al tiempo que le entregaba al empleado la llave que abría los grilletes-. Me han dicho que el viejo está hoy en forma.

El empleado sorbió por la nariz con desdén.

-Y yo qué sé-dijo con voz aguda y remilgada-. Ellos están en la sala.

- Maricón -gruñó Elsom.

Los dos me condujeron hasta una puerta de doble hoja que había en un extremo del vestíbulo. El empleado dio unos golpecitos en el tosco panel de madera. Un guardia corpulento abrió las puertas, me cogió por un brazo y me metió dentro tirando de mi. Elsom y el empleado se retiraron. El guardia cerró las puertas y me condujo por un estrecho pasillo entre dos filas de macizos bancos de madera. Al final del mismo había una barandilla también de madera tras la cual se veía una zona sin público llena de sillas y una pesada mesa cubierta de librotes viejos y desgastados, todos encuadernados en piel, así como rollos de papel atados con cintas polvorientas. La pared del fondo estaba forrada con paneles de madera oscura en los que se distinguía una puerta pequeña y baja que conducía al despacho, situado al otro lado de la pared.

La sala de visitas se hallaba vacía. Olía a sudor, a humo y a miedo. Las velas oscilaban con luz tenue en los deslustrados candelabros de bronce que había en la pared. El yeso del techo, más bien bajo, estaba lleno de desconchones, y las pesadas vigas de madera se notaban carcomidas. Era un lugar sofocante y oprimente, con la atmósfera viciada. El guardia se quedó de pie a mi lado delante de la barandilla sin dejar de sujetarme por el codo con fuerza. Me temblaban las rodillas. Me parecía que las piernas iban a ceder bajo el peso de mi cuerpo. Pasaron algunos largos momentos. El empleado flaco entró, le dio la llave al guardia y luego, abriendo la cancela de

Librodot

la barandilla, ocupó el lugar que le correspondía y se sentó en una endeble silla que había al lado de la mesa.

La puerta del despacho se abrió. Entró el magistrado seguido de Bancroft, Cam Gordon y un cuarto hombre que supuse sería el abogado, aunque iba mucho mejor vestido que los que se solían ver por la calle Bow. El y el magistrado hablaron durante unos momentos en voz baja, el abogado con suavidad, el magistrado con gestos bruscos e impacientes. Bancroft y Gordon pasaron por la pequeña puerta de la barandilla y se sentaron en uno de los bancos. Gordon parecía aburrido. Bancroft se veía muy satisfecho de sí mismo. Me hizo un guiño. Tras unos cuantos momentos más de conversación, el abogado se reunió con los dos hombres en el banco y el magistrado se instaló con aires de importancia detrás de la mesa.

Era un hombre bastante viejo, por lo menos contaría sesenta años. Tenía la cara muy delgada, de un color amarillo grisáceo, con grandes bolsas bajo los ojos grises; la carne le colgaba fláccida alrededor de la mandíbula. La nariz era larga, aguda y aguileña, y los labios delgados carecían de color. La larga peluca blanca parecía pesarle demasiado. Revolvió unos papeles, le habló con aire irritado al empleado y luego fijó en mí una mirada helada. Las rodillas seguían temblándome, y notaba que cualquier resto de esperanza se evaporaba. El magistrado Fletcher tenía aspecto de ser un hombre de los que encuentran placer en arrancarle las alas a una mosca antes de aplastarla con el dedo pulgar. Respiré profundamente, y me esforcé por reprimir los temblores.

- Miranda James - anunció el empleado.

- Sí. Podéis retiraros, Peter -le dijo bruscamente el magistrado Fletcher.

- Haga que le quiten primero esos malditos grilletes - solicitó Bancroft.

Fletcher le dirigió una mirada heladora al corpulento rubio y luego le hizo una seña con la cabeza al guardia. Me quitaron los grilletes. Tenía grandes verdugones en ambas muñecas. El guardia se marchó. Yo me quedé sola de pie delante de la barandilla, mirando fijamente al hombre que iba a decidir mi destino. El magistrado se aclaró la garganta y revolvió algunos papeles más, curvando los delgados labios como si acabara de chupar un limón especialmente agrio.

- Miranda James, se te ha hallado culpable de un lamentable crimen - comenzó a decir con una voz seca como el pergamino-. Es mi deber dictar sentencia en este caso, y el castigo por el hurto es en verdad grave. Si se permitiera que crímenes como el tuyo quedaran impunes, este gran país nuestro pronto se haría inhabitable...

Siguió hablando en un tono monótono, con palabras tantas veces repetidas maquinalmente que habían acabado por perder todo significado. Yo permanecía muy quieta, con la barbilla alta; aquella habitación sofocante y opresiva parecía girar lentamente. Los oscuros paneles daban vueltas, la llama de las velas se me hacía borrosa. Aquella voz seca e indiferente parecía llegar desde muy lejos. Cerré los ojos y tuve que esforzarme para no desmayarme.

-... colgada por el cuello hasta morir - concluyó.

Yo me quedé mirándolo fijamente. Iban a colgarme. No sentía nada.

- Sin embargo - continuó - eres una joven con mucha suerte. He hecho una generosa y muy rara concesión en tu caso.

- ¿Con... concesión? - tartamudeé.

Librodot

- Estos caballeros han intercedido en tu favor. Nosotros no somos unos desalmados - dijo empleando pomposamente el plural mayestático-. Tras las debidas consideraciones, hemos accedido a hacer una excepción en tu caso.

- ¿No van a colgarme?

- En lugar de la horca se te ha sentenciado a un período de siete años de aprendizaje. De ordinario a los aprendices de criados se les transporta a las colonias para ser vendidos allí en pública subasta, pero en este caso se ha llegado a otro acuerdo.

- No... no comprendo.

-Tu contrato de aprendizaje le ha sido asignado al señor Cameron Gordon, y a partir de ahora estás oficialmente obligada para con él.

- ¿Queréis... queréis decir que le pertenezco? ¿Cómo una maldita esclava?

- Durante un periodo de siete años -dijo el magistrado Fletcher.

- ¡ Maldito infierno!

- Si en cualquier momento llegases a disgustarle, si llegases a intentar huir de su casa para reanudar tu antigua vida criminal, se te traerá de nuevo al juzgado y se ejecutará debidamente la sentencia original.

El sentimiento de debilidad y mareo se desvaneció. Ahora la habitación se había quedado quieta, y noté que el color me volvía a las mejillas. ¡Menuda olla de pescado! ¡ Aquel maldito cabrón haría cualquier cosa por conseguir una criada que le durase! Me aparté de las sienes unos mechones húmedos de pelo castaño rojizo y me ajusté el corpiño del mugriento vestido azul violáceo; una oleada de alivio me recorrió todo el cuerpo. ¡No iban a colgarme! ¡No iban a mandarme a la picota! Ni siquiera me iban a enviar a la prisión.

- ¿Entiendes bien el acuerdo? - inquirió el magistrado Fletcher.

Yo asentí.

- Soy suya - dije-. Si no está contento conmigo me devolverá al juzgado para que me cuelguen.

- Deberías estar extremadamente agradecida.

- Oh, lo estoy -le aseguré-. Le estoy tan agradecida que de buena gana me pondría a bailar una jiga. Gracias, señoría. Tenéis el corazón tan grande como una casa.

Aquel maldito hijo de puta me habría hecho colgar en un instante si no le hubieran untado los bolsillos a base de bien. ¿Cuánto les habría costado? ¿Veinte libras? ¿Treinta? Probablemente más. Puede que hasta cien, y además tendrían que pagar a aquel abogado de lujo. ¿Tendrían? No, Cam Gordon no se gastaría ni un penique para salvarme de la horca. Había sido el rubio, Bancroft. Todo aquello era idea suya. Por eso había estado farfullando cosas acerca de las criadas cuando me conducían a la cárcel el día anterior. ¡ Bendito fuera! El era una buena persona, desde luego.

El empleado se puso en pie.

- Se levanta la sesión - anunció con aquella voz tan cursi. El magistrado le dijo algo y luego los dos entraron en el despacho particular de éste y cerraron la puerta tras ellos. Dejé escapar un suspiro, pues ya me sentía otra vez segura de mí misma y tenía un hambre tal que habría sido capaz de comerme un caballo. Los tres hombres se pusieron en pie. Bancroft le estrechó la mano al abogado, le dio unas palmaditas en la espalda y le dijo que se verían pronto. Luego el abogado se marchó. Bancroft volvió a hacerme un guiño y sonrió. Cam Gordon seguía allí con cara de aburrido.

Librodot

- Bueno, muchacha. ¿Cómo te sientes ahora? - me preguntó Bancroft.

-Con un hambre de mil demonios -repuse.

Se echó a reír; los ojos marrones le bailaron, divertidos. Yo deseaba darle un fuerte abrazo. Alargó un brazo y me lo ofreció como si yo fuera una maldita señora. Apoyé la mano en él y Bancroft me escoltó por el pasillo; nos dirigimos al polvoriento vestíbulo mientras Gordon iba en silencio detrás nuestro. Allí se hallaban varios prisioneros que habían traído tres ordenanzas. “Pobres desgraciados”, pensé. Ninguno de ellos iba a tener la suerte que había tenido yo. Salimos los tres a la calle, yo aún cogida del brazo de Bancroft. La manga de terciopelo era de lo más suave. Sí olía como un jardín. El viento le revolvía los mechones de color dorado oscuro mientras avanzaba hacia el bordillo de la acera; al llegar allí levantó el brazo e hizo una seña.

- Espero que estés satisfecho, Dick - le dijo Gordon secamente.

- Oh, ya lo creo. Y tú también deberías estarlo. Míralo de este modo, Cam, amigo mío; has resuelto tu problema doméstico y no te has gastado un penique. Tu amigo Richard Bancroft te ha prestado un gran servicio.

Cam Gordon me dirigió una mirada calculadora.

-Yo no estoy tan seguro de eso -replicó.

- Voy a ser la criada más estupenda que hayáis tenido en la vida -le dije entre dientes a sabiendas de que mentía- Os serviré las comidas, os zurciré las medias y os limpiaré las botas, y tendré la casa tan limpia que os costará trabajo reconocerla.

-Y si no lo hace, siempre puedes pegarle -le recordó Bancroft.

- No creas que no lo haré.

Y además aquel hijo de puta probablemente disfrutaría haciéndolo. Pero yo no pensaba darle ocasión. Esta servidora no estaba dispuesta a hacerle de criada al señor Cam Gordon, ni pensarlo, pero de momento les seguiría la corriente, por lo menos hasta que hubiésemos salido de aquel vecindario en el que pululaban tanto los guardias y ordenanzas. Un gran carruaje, todo de madera de teca muy pulida con adornos de bronce al que iban enjaezados dos grandes caballos bayos, se detuvo ante nosotros. Un mozo de librea saltó al suelo con gran presteza y nos abrió la puerta. Bancroft, con burlona galantería, me tendió la mano para ayudarme a subir. La tapicería era blanda, de cuero color marrón. Las cortinas eran de terciopelo ámbar. El coche era una puñetera maravilla, algo digno de una reina. Bancroft se sentó frente a mi, y a Gordon no le quedó otro remedio que tomar asiento a mi lado. Era evidente que no le hacía ninguna gracia, y olisqueaba manifiestamente.

- Huele igual que un establo de cabras - dijo mientras nos alejábamos.

- Nada que no se pueda remediar con un buen baño - replicó Bancroft.

- Y seguro que también tiene piojos.

-¡No tengo! - protesté yo-. ¡ Soy muy cuidadosa con los piojos!

- Esto es una idea descabellada, Bancroft. No debí permitir que me convencieras.

- Necesitabas una criada, Cam.

- Cierto; Una criada, no una golfilla malvada que estoy seguro me rajaría con gusto la garganta por un puñado de peniques.

- ¿Le tienes miedo? - bromeó Bancroft.

Cam Gordon no se dignó replicar a tan ultrajante sugerencia. Se quedó sentado con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos azules carentes de

toda expresión. Tenía el rostro lleno de planos y ángulos, la frente amplia, los pómulos anchos y la línea de la mandíbula firme. En realidad no era una cara falta de atractivo, quizás demasiado afilada y severa para resultar bella, eso sí, pero innegablemente impresionante. Aquel espeso pelo liso era glorioso, negro como el ébano y lustroso donde los haya, y una onda espesa le caía ladeada perpetuamente sobre la frente como una "V" sesgada, con la punta a un par de centímetros por encima de la ceja derecha. Los hombres podrían recelar de Cam Gordon, evitarían tratar con él, pero era indudable que ciertas mujeres lo encontrarían locamente fascinador.

- Debo decir - comentó Bancroft - que el viejo Fletcher ha resultado bastante fácil de manejar. En cuanto le llegó el tufillo de aquellos soberanos de oro que Hampton mencionó, se sintió repentinamente dispuesto a hacer todo cuanto quisiéramos. Aunque la muchacha hubiese matado a alguien a hachazos no le habría importado en absoluto.

-Todos ellos están corrompidos, son aún peores que los criminales que sentencian. Fletcher no es ninguna excepción a la regla.

- Hampton me aseguró que sería cosa de coser y cantar. Tenía todos los documentos redactados antes de que fuésemos a la calle Bow.

-Ya lo sé, Dick -dijo secamente Gordon-. Yo estaba delante. Aunque bastante a desgana, podría añadir. Sigo pensando que toda la idea es una locura, pero a uno no le queda más remedio que condescender con los amigos.

- Hampton se ha llevado unos buenos honorarios, Fletcher se ha quedado un buen soborno y tú has conseguido una criada permanente.

-Y tú eres sesenta libras más pobre.

- ¿Qué es el dinero cuando se tiene oportunidad de hacer una buena obra? - inquirió Bancroft elocuentemente-. No hace falta que te pongas de tan mal humor, Cam. No te habría gustado que colgasen a la pobre niña. ¿O sí?

- Por ahora me proporcionaría un considerable placer.

-No hablas en serio. Ladras mucho más que muerdes, Gordon. Hace tiempo que te conozco. Mírala - continuó -, está pálida como un fantasma, débil como una gatita, y toda llena de arañazos y magulladuras. La vas a matar de miedo si continúas poniendo esa mala cara. Ahora es propiedad tuya, hombre. Te pertenece por completo.

- Pues no me siento precisamente encantado.

-A caballo regalado no se le mira el diente, Cam -dijo Bancroft jovialmente-. Esta muchachita va a gastarse los dedos hasta el hueso trabajando para ti. Va a ser tu adoradora y tu obediente esclava, ¿verdad, muchacha?

- ¡Oh, sí, señor! -le aseguré yo.

- ¿Ves? Ya te has ganado su corazón.

Gordon emitió un sonido de desdén. Llevaba la misma ropa del día anterior: zapatos desgastados, medias negras llenas de zurcidos, calzas, levita y una maltrecha corbata de seda marrón. Olía a cuero, a sudor y a ropa húmeda, y observé que tenía los dedos de la mano izquierda manchados de tinta. Eso quería decir que era zurdo, como yo. Aunque ya no estaba tan tenso y nervioso como al día anterior, aún se podía notar la energía y violencia que llevaba reprimidas en su interior. Si ayer se había portado como un animal peligroso, tenso y dispuesto a saltar, hoy se

Librodot

mostraba indolente, ya no estaba siempre al acecho. Pero era igual de peligroso, me dije al recordar el modo cómo me había manejado.

- Por cierto - dijo Bancroft -, ¿cómo está la bella lady Evelyn? ¿Todavía frecuenta tu humilde morada?

- Con irritante regularidad.

- Supongo que continúa queriendo salvarte de la miseria y arrastrarte hacia los esplendores de Grosvenor Square. Ojalá yo tuviera una salvadora así, maravillosa, experimentada y tan rica como Creso. Las viudas son siempre la mejor apuesta, según he oído decir, y lady Evelyn suspira por hacer de ti un hombre honrado.

-Y bien que me doy cuenta.

- El problema contigo, Cam, es que no te gustan las mujeres. Una vez que te has acostado con ellas no ves el momento de sacártelas de encima.

Cam Gordon no le contradijo.

- Nunca he conocido a ninguna mujer que no me aburriese infinitamente al cabo de una hora más o menos. Todas tiene la cabeza llena de pájaros. Su conversación resulta necia. Sólo sirven para una cosa: cuidar de los hombres, satisfacer nuestras necesidades. Si no fuera por la biología, yo habría sido un buen monje.

“O un gran inquisidor”, me dije yo.

-¿A dónde... a dónde vamos? -pregunté con voz lastimera y sumisa.

- A la calle Holywell - repuso Bancroft -. Un vecindario deliciosamente disoluto. Lincon's Inn Fields y los Palacios de Justicia están cerca, y la calle Fleet se encuentra justo a la vuelta de la esquina. Allí se encuentran carreteros, vendedores ambulantes, editores, impresores, actores venidos a menos, periodistas, escribanos y escritores a montones... la mayoría de estos últimos están locos, por supuesto. Nunca he conocido a un escritor que estuviera cuerdo.

Cam Gordon no picó el anzuelo. Siguió mirando al vacío con aquello claros ojos azules enfocados hacia escenas interiores. Quizás estuviera pensando en alguna de sus condenadas novelas. El elegante carruaje había disminuido considerablemente la velocidad. Avanzábamos centímetro a centímetro por una calle estrecha y congestionada, y al mirar a través del reluciente vidrio vi todo un grupo de vendedores de comida pregonando sus mercancías en las aceras. Un tipo rollizo y jovial le estaba entregando un panecillo lleno de tocino entreverado a una gran señora que iba vestida de rígido tafetán rosa. El panecillo tenía un aspecto suculento, y la mostaza le goteaba por el borde. Me apreté con las manos el estómago vacío y los ojos se me llenaron al instante de deseo.

-Creo... creo que me voy a desmayar -gemí-. Esos panecillos de tocino...

Richard Bancroft se apresuró a dar unos golpecitos en la ventana que le quedaba justo encima de la cabeza y le dijo al cochero que se detuviese un instante. Abrió la puerta del carruaje y bajó de él de un salto. Casi al instante se produjo una interrupción de tráfico.

- Si quieres un panecillo de tocino, un panecillo de tocino es lo que vas a tener -dijo airosamente.

- Podríais comprarme también un cucurucho de esos camarones cocidos que veo allí; y una patatas fritas me harán alcanzar la gloria.

- ¿Alguna cosa más? - inquirió él.

- Creo observar que también venden limonada.

Librodot

Los látigos restallaban. Los caballos relinchaban. Un corpulento carretero cuyo carro estaba cargado de barriles llenó el ambiente de algunas espléndidas e ingeniosas maldiciones, pero nuestro cochero se negó en redondo a moverse. Cam Gordon me clavó los dedos alrededor de la muñeca, sin dejar de mirar fijamente al vacío. Se pensaba que yo iba a saltar fuera del coche para escaparme. Nada más lejos de mi intención. Tenía que recuperar aún algunas energías antes de intentar nada parecido. Tres golfillos callejeros se acercaron corriendo a curiosear el interior del coche; se pusieron de puntillas para poder mirar por las ventanillas.

Bancroft regresó y ahuyentó a los golfillos para que se fueran a otra parte. Llevaba los brazos cargados de una maravillosa e imponente colección de comida. Me entregó un panecillo de panzeta y se sentó. Puso buen cuidado en no derramar la limonada cuando el coche inició de nuevo la marcha. Devoré el bocadillo de tocino... una auténtica felicidad con grandes trozos de tocino entreverado y grumos de mostaza picante metidos dentro. Luego di cuenta de las patatas fritas, que me comí a puñados, y por último me dediqué a los rollizos camarones rosados que iban envueltos en papel. La limonada, dulce y agria, estaba deliciosa. Cuando me la terminé, Bancroft me tendió una manzana grande y crujiente. Hundí los dientes en ella y mastiqué ruidosamente.

- Mujercilla glotona - comentó Gordon-. Me costará una fortuna alimentarla.

- Se ve que la pobrecita estaba muerta de hambre - le dijo Bancroft.

-Nunca había hecho una comida así de buena -dije yo.

Después de dejar caer el corazón de la manzana en el suelo del carruaje y de limpiarme las manos con el borde del vestido, me recosté satisfecha contra el blando acolchado de cuero. Es asombroso lo que una buena y sólida comida puede hacer por uno. Excepto algún que otro dolor y varias magulladuras, me sentía en forma y tan descarada como siempre. Figúrense, yo viajando en un carruaje elegantísimo como aquél, exactamente como una duquesa de verdad; aquel caballero tan apuesto me sonrió y sacó por sorpresa una bolsa de peladillas del bolsillo. Le dirigí una deslumbrante mirada y empecé a meterme las almendras en la boca. Si se hubiese tratado de Bancroft, no habría vacilado un instante en instalarme con él para sacarles brillo a sus botas sin presentar nunca una sola queja.

- ¿Vos también vivís en la calle Holywell? - le pregunté.

- Cielos, no - replicó Bancroft con un horror simulado-. Un patricio como yo estaría como un pez fuera del agua en un medio de tan dudosa reputación. Poseo unos ostentosos aposentos en Leicester Square, como le corresponde al hijo segundón de un conde.

- ¡Caramba! ¿Sois hijo de un conde?

- Eso me temo - admitió Bancroft -. No es que me sirva de mucho. Obligado como estoy a trabajar, ay, en los campos de Mammon. Mi hermano es ahora el dueño y señor del feudo y tiene una esposa sorprendentemente fértil. Cuatro mocosos ha parido ya, todos ellos varones. Algernon me considera la oveja negra de la familia, y por ello se desentendió de mí hace mucho tiempo. Yo tengo que trabajar para ganarme la vida, como el pobre Cam aquí presente.

- ¿Vos también escribís libros?

-Ni pensarlo. No, yo soy un gallardo empleado del Banco de Inglaterra especialista en inversiones. Si alguna vez quieres doblar tu dinero, dámelo a

mí. Lo invertiré en alguna mina de oro peruana o en una fábrica de cañones en Alemania, y te convertiré en una mujer rica. Al parecer tengo ese toque mágico en lo que al dinero se refiere. No sé por qué.

- Debe de ser fantástico trabajar en un banco.

- Me temo que no resulta nada fantástico, y procuro pasar el menor tiempo posible en aquellos salones santificados. Prefiero con mucho ir de juerga por ahí con mis desagradables amigos, tipos que escriben poemas épicos de sangre y trueno y viven en la calle Holywell.

- ¿Estamos llegando ya?

- Casi. Ahora nos encontramos en la calle Fleet. Por cierto, Cam -añadió-, mandé a mi criado a comprar unas cuantas cosas para esta ladronzuela; le pedí que las trajese a tu casa. Zapatos y medias, enaguas, un vestido... le dije que era más o menos de la talla de mi prima Lucie. Si no le sirven, le mandaré a comprar otros.

- Muy precavido por tu parte.

- No puedes tenerla por la casa medio desnuda. Se morirá de frío.

Pensé que lo de la ropa era una lástima, pero unos trapos así sólo me traerían problemas en St. Giles. Menuda cara pondría la Gran Moll cuando le contase mis aventuras; se le saldrían los ojos de la órbitas, y las chicas se pondrían verdes de envidia cuando les contase lo de Richard Bancroft, su traje de terciopelo y la bolsa de peladillas. Nunca se creerían lo del carruaje, ni lo del cochero y el mozo de caballos vestido con librea de terciopelo marrón y galones dorados. Pensándolo bien, ni yo misma me lo acababa de creer. Recostada contra la mullida tapicería, con el estómago lleno, di un suspiro de satisfacción de tanto como estaba disfrutando.

Por la ventana veía librerías, imprentas y cafés de aspecto acogedor, lugares maravillosos con caprichosas fachadas de ladrillo y ventanas de vidrio. Había arcos que conducían a patios fascinantes. Tipos de aspecto muy ocupado con los faldones de la levita aleteando y el pelo movido por el viento iban de acá para allá a toda prisa agitando papeles o transportando brazadas de libros. Rollizos caballeros de aspecto distinguido con pelucas grises y levitas discretas estaban de pie delante de los cafés discutiendo ardorosamente acerca de algún candente tema literario. Críticos y editores. Poetas y periodistas. Vendedores de periódicos que agitaban en el aire las últimas ediciones. Aquello era la calle Fleet, la famosa vía pública que cada día proporcionaba a la ciudad una riada de palabras, docenas de periódicos y revistas, una auténtica descarga de hojas impresas, libros a montones, toda una intermitente cascada de material impreso. Aquello era la gloria. Tendría que explorarlo cualquier día, puede que robase alguno de aquellos libros que había expuestos sobre las aceras.

El carruaje torció al salir de la calle Fleet y se adentró en Holywell; unos minutos más tarde se detenía delante del número diez, un edificio grande y poco firme de cuatro pisos de altura con un arco en la fachada que conducía al patio. Ladrillo amarillo muy viejo. En la fachada se veían fantásticos balcones de madera. Altos tejados puntiagudos y elevadas chimeneas. Un restaurante barato, una taberna y una tienda de mantequilla y queso ocupaban la planta baja. Las personas que vivieran en el número diez no tenían que ir muy lejos para buscar vituallas. A través del estrecho arco vislumbré una bomba de agua y algunas cuerdas llenas de ropa puesta a secar a la que la brisa hacía ondear de un lado a otro. Pensé que aquel lugar

Librodot

parecía maravillosamente acogedor. En St. Giles no había nada parecido. Lástima.

El mozo abrió la puerta del carruaje. Bancroft bajó ágilmente y me tendió la mano. Yo me apeé, dulce y sumisa como la que más. Gordon, serio, receloso, se reunió con nosotros. Yo le sonreí. Bancroft me soltó la mano. Gordon extendió la suya para sujetarme. Yo le cogí la mano con las dos mías y le clavé los dientes en la palma. El soltó un rugido. Noté el sabor a sangre. En un abrir y cerrar de ojos le solté la mano, le hundí el puño en el estómago y, cuando se dobló, le golpeé además en la mandíbula.

-¡Encaja eso, matón!

Y luego eché a correr. Corrí tan rápido como el viento, y al sentir el suelo bajo mis pies desnudos me vi asaltada por un salvaje júbilo. Los dos hombres salieron tras de mí. Podía oírlos a mis espaldas, las botas resonaban muy fuerte. Me eché a reír; veloz como una saeta doblé la esquina y bajé volando por otra calle hasta dejarlos muy atrás. Ni en broma me atraparían. La duquesa Randy no estaba dispuesta a convertirse en propiedad de nadie. Ni hablar. Aquel puñetero escocés iba a tener que buscarse otra esclava.

Librodot

5

Rayos de color naranja oscuro entraban inclinados a través de los tejados y esparcían espesas sombras sobre las calles. Se estaba haciendo de noche por momentos, y también el frío era cada vez mayor; yo tenía ganas de llegar a la carbonera. Ahora ya podía ver delante mío las torres de St. George, las más altas de las cuales aparecían adornadas de un resplandor dorado anaranjado y las más bajas, en las sombras, de un azul profundo. Me sentí aliviada. Me había resultado bastante fácil eludir a mis perseguidores (después de que corrieran tras de mi durante unos minutos los había perdido de vista por completo), pero al hacerlo me había desorientado un poco y me había tenido que pasar horas vagando por calles desconocidas. Ahora me encontraba por fin en un terreno que me era familiar. Seguí avanzando a toda prisa mientras tiritaba a causa del viento helado que corría por la calle.

Cuando por fin llegué a la altura de la iglesia, las torres de St. George ya habían perdido el color dorado; las majestuosas piedras estaban veladas por sombras espesas, negras y azuladas hasta el punto de que no era posible distinguir el menor asomo de mármol blanco. Detrás, St. Giles acechaba como una gigantesca bestia marrón con las mandíbulas abiertas de par en par y dispuesta a devorarme. En la barriga de la bestia me hallaría a salvo. Aquel maldito escocés nunca seria capaz de encontrarme allí. Al pasar corriendo junto a la iglesia oí un crujido de ropa. Alguien salió de detrás de una de las columnas y se me acerco a toda prisa.

-¿Randy? ¿Eres tú?

Era Sally, la rolliza y alegre Sally, la de los alborotados rizos negros. Sólo que ahora no tenía un aspecto muy risueño. En la penumbra se le veía la cara agotada y los grandes ojos marrones sobrecogidos por el miedo. Llevaba un ajado vestido rosa de algodón, un endeble chal de lana gris que apenas sí le cubría los hombros desnudos, y el escote le dejaba la mitad de los pechos al descubierto. Mirando alrededor con aprensión, me cogió por un brazo y me hizo adentrarme en las sombras.

- ¡Sally! -exclamé-. ¡Cualquiera diría que acabas de ver un fantasma!

- Ven, vente aquí conmigo, detrás de esta columna. ¡Jesús! Llevo horas y horas esperándote por aquí. Ayer también te estuve esperando toda la tarde y la mitad de la noche, y luego me relevó Nan.

- ¿Vosotras me habéis estado esperando a mí?

Sally hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y los rizos le saltaron por el aire. Tiró de mí para que me adentrase más en la oscuridad que había detrás de la columna y me hizo callar al observar que pasaba alguien. Cuando el ruido de los pasos se apagó en la distancia, dejó escapar un profundo suspiro de alivio.

-Nos envió la Gran Moll, dijo que para llegar a casa tenias que pasar por delante de St. George y nos ordenó que viniéramos a detenerte. “No permitáis que esa muchacha ponga los pies en St. Giles”, nos ha dicho. El... él te está buscando, Randy.

- ¿El? ¿De qué estás hablando, Sally?

- Black Jack Stewart. Te vio ayer por la mañana, averiguó quién eras y empezó a hacer preguntas. Se enteró de dónde duermes y sabe que tienes la costumbre de venir a visitar a la Gran Moll. Tiene hombres apostados en los dos sitios esperando a que aparezcas. Quiere conseguirte.

Se quedó callada y tiritó de nuevo, aunque esta vez no era a causa del frío.

- El en persona vino a la casa. Abofeteó a la Gran Moll, y le hizo muchas preguntas sobre ti. Todos sus hombres conocen tu descripción, y están poniendo St. Giles boca abajo buscándote. El... le dijo a la Gran Moll que ibas a ser su chica más importante, y le explicó que él personalmente iba a enseñarte a serlo.

Recordé aquella figura alta y esquelética con calzas verde botella y una levita de satén negro adornada con sucios galones dorados. Recordé la nariz grande y ganchuda, los labios lascivos, el negro y brillante parche que llevaba sobre el ojo derecho, y me acordé también del modo en que me había mirado fijamente con el único ojo que le quedaba sano. A aquel ojo no se le escapaba un detalle. Era muy probable que Alf, el aprendiz de panadero, no me hubiese delatado, pero a Black Jack no le habría costado mucho tiempo averiguar quién era yo. Tirité de nuevo y pensé en aquella mirada y en lo que significaba.

-Tiene intención de conseguirte como sea -me dijo Sally con voz temblorosa.

- Ni hablar - repliqué al instante-. No le voy a dar ocasión de hacerlo.

- Black... Black Jack es un hombre muy poderoso, no hay en todo Londres nadie que lo sea tanto como él. Cuando se le mete en la cabeza conseguir algo...

- ¡A mi no va a conseguirme nunca!

- La Gran Moll está muy preocupada. Dice que no puedes volver a St. Giles, Randy, que no es un lugar seguro para ti. Ahora mismo los hombres

de Black Jack están peinando el barrio, como te he dicho. Estás metida en un lío terrible.

-Ya lo sé-le dije.

Ahora mi voz sonaba serena. Sabia lo que tenía que hacer. No seria agradable, pero resultaría incomparablemente mejor que trabajar tumbada de espaldas para Black Jack Stewart. Sally me apretó el brazo y me atrajo hacia ella cuando alguien pasó por delante de la iglesia. Los últimos rayos de color naranja oscuro ya se habían desvanecido. Miré con los ojos entornados hacia los estrechos callejones de St. Giles; unas pocas luces parpadeantes empezaban a brillar entre toda aquella negra miseria. Percibí el hedor. Si entraba en aquel asqueroso laberinto que yo tan bien conocía, con toda seguridad los secuaces de Black Jack me echarían el guante.

- ¿Qué vas a hacer, Randy? -me preguntó Sally.

-Me largo -le dije-. Ayer conocí a un hombre. Es el mayor bárbaro que he conocido en mi vida, pero... bueno, es una historia muy larga y ahora no tengo tiempo para contártela, preciosa.

- ¿Te vas a ir con ese hombre?

Asentí.

- Sally, dale... dale un abrazo de mi parte a la Gran Moll. Dile que la echaré de menos.

- Nosotras también te echaremos de menos a ti, Randy -dijo Sally. La voz le temblaba a causa de la emoción-. Tú... has sido como de la familia. Cuídate, ¿me oyes?

Me dio un fuerte abrazo. Tenía las mejillas húmedas a causa de las lágrimas. Me apreté con fuerza contra ella, deseando echarme a llorar yo también, y luego lancé un suspiro, erguí los hombros y le dije adiós. Sally permaneció detrás de la columna mientras yo me adentraba a toda prisa en la oscuridad alejándome de St. Giles, alejándome de una vida de cautiverio muchísimo peor que la que me esperaba en la calle Holywell. Cam Gordon iba a llevarse una sorpresa cuando me viera aparecer en el umbral de su casa; lo más probable era que me propinara una paliza de miedo, pero con él yo me encontraría a salvo, lejos de las garras de Black Jack y su pandilla. Y además siempre podría escaparme otra vez cuando las cosas se hubiesen calmado un poco.

“Maldición - pensé mientras caminaba penosamente por las aceras volviendo sobre mis pasos-. La vida a veces resulta puñeteramente dura.” Me acordé de mi bienamado libro de Shakespeare, que estaba oculto bajo una tabla del suelo en la carbonera de Hawkins. Me horrorizaba dejarlo atrás. Era el único eslabón que me unía al pasado, el único que me unía a mi madre. Ahora si que deseaba echarme a llorar. Quería llorar a moco tendido. Era muy difícil ser una luchadora, mostrarse fuerte y autosuficiente todo el tiempo.

Un caballero de aspecto desastrado que iba ataviado con un sobretodo oscuro se fijó en mi al pasar yo por delante de una cervecería. Echó a andar detrás de mi. Me di la vuelta en redondo y le dije que ahuecara el ala a menos que quisiera una buena dosis de gonorrea. Una muchacha no podía bajar la guardia ni un solo instante, ni siquiera podía pasar por una calle compadeciéndose de si misma sin tener que representar el papel de gato callejero enfurecido. ¡Hombres! ¡Eran todos unos canallas! ¿Quién los necesitaba, a los muy cabrones? Al mundo le iría mucho mejor sin hombres.

Librodot

Tardé más de una hora y media en volver a encontrar la calle Holywell. El hombre del restaurante barato que había en la planta baja del número diez me dijo que claro que conocía a Cam Gordon, era un tipo que iba al restaurante con frecuencia, un hombre taciturno que siempre ponía mala cara y jamás tenía una palabra amable para nadie. Vivía a este lado del patio, en el último piso. No podía ser de otro modo, cavilé mientras subía por las escaleras. La luz era escasa, y los peldaños de madera crujían. Olía a repollo. Un niño de pecho lloraba a gritos en uno de aquellos pisos. Una rubia de aspecto alegre con faldas de volantes estaba forcejeando con un tipo musculoso en uno de los rellanos inferiores y lanzaba risitas mientras él le metía la mano bajo el corpiño. Bonito lugar aquel. A fin de cuentas no parecía tan diferente de St. Giles, sólo algo más limpio y menos peligroso.

Encontré el piso. Me quedé ante la puerta jadeando un rato después de subir todos aquellos malditos escalones.

Di voces dentro. Gordon no se encontraba solo. Quizás estuviera entreteniendo a la bella lady Evelyn. No, las dos voces eran masculinas. Contuve la respiración, me arreglé un poco el pelo y luego llamé enérgicamente a la puerta dispuesta a enfrentarme a lo peor.

Abrió él. Se quedó mirándome. Se había quitado la levita y la corbata marrón. La camisa blanca de seda muy fina estaba bastante raída, y la llevaba abierta por el cuello. Las mangas eran amplias, recogidas en las muñecas, y los faldones de la prenda se hallaban metidos flojamente bajo la cintura de las ajustadas calzas negras. Noté que llevaba la mano derecha vendada. Tenía una jarra en la izquierda.

-Hola -dije esforzándome por parecer agradable-. He venido a casa.

-¿Ah, sí? ¿Has vuelto?

- En realidad no me escapé - le expliqué-. Sólo quería despedirme de los amigos.

- ¿Quién es? - inquirió Bancroft. Yo no podía verlo, pero era imposible dejar de reconocer aquella voz.

-Adivina -le contestó Gordon.

Bancroft se levantó y se acercó hasta la puerta; se quedó de pie detrás de Gordon. Le dediqué la mejor de mis sonrisas. El pareció completamente consternado, después encantado. Cam Gordon tenía aspecto de estar en extremo perturbado, y yo realmente no podía culparlo por ello. Cuando muerdo a alguien, le muerdo fuerte.

- ¿No vais a decirme que pase? -le pregunté.

Cam Gordon me agarró por el brazo con la mano vendada, me hizo entrar de un tirón y cerró la puerta dando un golpe tan fuerte que todas las paredes retumbaron. No me alarmé. Ya me esperaba ciertos malos tratos.

- Vaya, esto sí que es una sorpresa - comentó Bancroft.

- ¡ La voy a devolver! - atronó Gordon- ¡ Lo primero que haré mañana por la mañana es llevársela de vuelta a Fletcher y decirle que la cuelgue!

-Tranquilo, amigo. No hay necesidad de dejarse llevar por los nervios.

- ¡Salvaje! El médico me ha dicho que puedes haberme contagiado. Me untó toda la mano de medicina antes de vendármela. Escocia como un demonio.

-No tengo la rabia -le aseguré.

- ¡Cierra la boca! La devuelvo, Bancroft. Es lo primero que haré por la mañana.

- ¿Y qué vas a hacer con ella mientras tanto?

- Voy a atarla tan fuerte que no podrá ni moverse; luego le meteré una mordaza hasta la garganta y la encerraré en un armario.

- ¿Por qué no nos tomamos primero otra jarra de grog? - le sugirió Bancroft.

- ¡Nunca debí acceder a poner en práctica ese ridículo plan tuyo, Bancroft! ¡Tú y tus malditas buenas obras!

Richard Bancroft sonrió sin alterarse lo más mínimo por el acalorado estado de su amigo. Era evidente que ya había visto a Gordon de aquella guisa en múltiples ocasiones. Esbozando una sonrisa y con ojos divertidos, cruzó majestuosamente la estancia para servirse otra jarra de vino caliente con especias. Olía deliciosamente bien. El fuego crepitaba en la chimenea de ladrillo gris, que se encontraba llena de polvo. La habitación era muy grande y estaba increíblemente desordenada. Había ropa esparcida por todas partes. Libros y papeles atestaban cualquier superficie disponible y también podían verse derramados por el suelo. Había una claraboya con los cristales rajados a través de la cual se distinguía el cielo estrellado. Bajo la misma, en una gran mesa de madera, se apiñaban papeles, plumas, un enorme tintero y más libros. Había telarañas por doquier, bolas de pelusa y montones de platos sucios. ¡No era de extrañar que las criadas le durasen poco!

- Toma, Cam - dijo Bancroft al tiempo que le cogía a Gordon la jarra vacía y se la substituía por otra que acababa de llenar-. Cálmate. Al fin y al cabo la chica ha vuelto. Creo que deberías concederle otra oportunidad.

- ¡Voy a estrangularía!

Bancroft echó una ojeada por la habitación como el que no quiere la cosa.

-Yo esperaría un día o dos -le aconsejó-. Haz que primero te limpie la casa.

Gordon gruñó y se dejó caer en un sillón verde muy usado por uno de cuyos brazos asomaba el relleno. Se bebió el vino caliente con especias sin dejar de fruncir el ceño ni un instante de tan enojado como estaba; luego dejó a un lado la jarra y me miró con ojos feroces. Me acerqué hasta ponerme delante del fuego para calentarme la parte de atrás del cuerpo. Bancroft se apoyó ociosamente en el brazo de un horrible sofá azul al que se le habían saltado los botones, y nos miró a ambos con expresión divertida.

- ¡Te vas a dejar el culo trabajando! -me dijo Gordon.

-Sí, señor -contesté mansamente.

-Vas a obedecer todas mis órdenes.

-Si, señor -dije con dulzura.

- ¿Ha quedado todo claro?

- Clarísimo.

- Quítate ahora mismo esos harapos asquerosos. Echa-los al fuego.

- ¡Y un huevo, maldito libertino! ¡No creáis que vais a verme las tetas y el culo! ¡Ni pensarlo! ¡Ningún hombre les ha puesto nunca la vista encima, y desde luego vos no vais a ser el primero en hacerlo!

Se levantó del sillón. Cruzó en dos zancadas la habitación, abrió de par en par la puerta de un armario enorme y sacó de él una bata arrugada de satén marrón. Se acercó a mí, me puso la bata en las manos y me advirtió que me concedía exactamente sesenta segundos para quitarme de encima aquellos asquerosos harapos.

- Volveos - le dije bruscamente.

Puso mala cara. Luego se dio la vuelta.

-Vos también -le indiqué a Bancroft.

Pareció decepcionado, pero también se puso de espaldas. Me arranqué el harapiento vestido azul violeta y las mugrientas enaguas que llevaba debajo y arrojé las dos cosas a las llamas. Desnuda como vine al mundo, me deslicé dentro de la bata. Me iba muy grande, claro está, y olía a polvo y a alcanfor, pero el satén producía una deliciosa sensación en la piel. Me anudé la cinta alrededor de la cintura, me remangué hasta los codos y les dije a aquellos hombres que ya podían mirar.

Cam Gordon me cogió por la muñeca y me arrastró con rudeza hasta la habitación contigua, que en cierto modo era una cocina. Había una enorme y fea chimenea con ganchos para colgar sobre el fuego grandes ollas negras. También un inmenso armario cuyas puertas colgaban holgadamente de los goznes. Una mesa de madera sobre la que se apilaban gran cantidad de platos sucios, cortezas de queso, botellas vacías y un pedazo de salchicha seca y dura como el cuero. Las oscuras y ahumadas paredes estaban adornadas con dibujos producidos por el moho. Un gran barreño de hojalata se hallaba dispuesto contra una pared. Gordon me lo señaló al tiempo que lanzaba por los ojos un fuego de color azul.

- ¡Ahí tienes el barreño! Hay una bomba de agua en el patio. Llévate allí esas ollas y llénalas de agua. Luego las traes. Calienta el agua en el fuego. Llena el barreño. Frótate hasta que haya desaparecido la última capa de mugre.

-No puedo bajar al patio vestida de esta manera -le indiqué, siempre tan razonable.

Aquellas llamas azules relampaguearon. Se le tensó la boca. Daba la impresión de que estuviese deseando ponerme las manos en la garganta. Sonreí dulcemente, mansa y sumisa. Cam Gordon no llegó a estallar. Bajó él mismo las ollas al patio mientras Bancroft me ayudaba a arrastrar el barreño hasta la otra habitación y a colocarlo ante la chimenea. Hacia demasiado frío para bañarse en la cocina, le explicamos al airado escocés cuando regresó. El agua se calentó y llenamos la bañera. Gordon me dio una toalla y un pedazo de jabón y luego me llevó la ropa que e] criado de Bancroft había comprado previamente.

- ¡Báñate! -me ordenó.

-Vos y el otro caballero tendrán que salir de esta habitación.

- ¡Jesús! ¡No puedo resistirlo más! ¡Voy a matarla!

- Mira, Cam, ¿por qué no nos acercamos a “The Red Doe” y nos tomamos algo que sea una pizca más fuerte que este vino? Te vendrían bien unas cuantas copas, amigo mío. Dejaremos que la chica lleve a cabo sus abluciones en privado. Puedes cerrar la puerta con llave cuando salgamos.

Gordon accedió de mala gana. Habría preferido quedar-se y estrangularme. Se marcharon. Oí girar la llave en la cerradura. Me quité la bata, cogí el pedazo de jabón y me metí en el barreño. El agua estaba a una temperatura deliciosa. Me froté una y otra vez en medio del lujoso y dulce olor a jabón y a espuma. Las capas de suciedad iban desapareciendo. La piel empezó a adquirir un precioso esplendor. Las llamas crepitaban en la chimenea. Un viejo reloj de bronce que había en la repisa dejaba oír su perezoso tic-tac. Seguí frotando y perdí la noción del tiempo. Me lavé el pelo y lo aclaré; luego volví a lavármelo, y cuando por fin me decidí a salir del barreño había transcurrido más de una hora.

Desnuda, muy contenta, me sequé y luego examiné detenidamente las ropas que Gordon había dejado tiradas sobre un sillón. Unos escarpines maravillosos de color azul claro, hechos de piel de cabrito y con unos tacones de cinco centímetros. Medias de seda blanca tan delgadas que eran casi transparentes. Una combinación blanca de seda gruesa, rica y cremosa, que formaba ondas como pétalos. Un vestido de muselina color verde lima estampado con diminutas hojas de un verde más oscuro y florecitas azules. ¡Caramba! ¡Aquello debía de haber costado una fortuna! Y todo nuevo por estrenar. Acaricié las prendas, me froté contra las mejillas la espléndida seda, toqué el suave cuero y vacilé largo rato antes de atreverme a ponérmelas.

La combinación se me adhería al busto y a la cintura como una segunda piel y me acariciaba suavemente; la falda de la misma tenía un vuelo maravilloso. El corpiño del vestido era escotado, de manga corta, y un poco ajustado en la cintura. La falda de muselina caía acampanada sobre la combinación, y ambas crujían mientras yo daba vueltas como una bailarina. ¡Si las chicas pudieran verme con aquellos trapos! ¡ Seda auténtica! ¡ Muselina estampada! Estuve bailando durante unos minutos sin dejar de dar vueltas por la habitación, y luego me acomodé en una silla para ponerme las medias. Ay, eran demasiado grandes, y el criado de Bancroft no había comprado ligas. Los zapatos me iban pequeños, me apretaban los pies de una forma horrible. De todos modos, ¿quién necesitaba zapatos y medias? Los puse a un lado y me senté feliz al calor del fuego a fin de que se me secara el pelo. Poco a poco, a medida que el calor hacía su trabajo, me fue quedando tan suave como una pluma.

Imagínense, yo allí sentada delante de una chimenea encendida, abrigada como la que más, vestida de seda y muselina. Era para no creérselo. Los leños se habían consumido entre resplandores de color rojo anaranjado, y cayeron deshechos en cenizas; las brasas resplandecían como rubíes, el calor me calentaba por todas partes. Me pasé la mano por el pelo. Ahora que ya estaba seco del todo tenía el mismo tacto suave que la mismísima seda. ¿Tendría aquel hombre un cepillo? Me levanté y me aventuré hasta una tercera habitación, mayor que la cocina pero bastante más pequeña que la que yo acababa de abandonar. Una gigantesca cama con columnas y cabezal tallados, otro armario y un tocador, ambos tallados igual que la cama. Madera vieja, ennegrecida con los años, pero de todos modos preciosa. Más libros. Más polvo. Más desorden.

Encontré un cepillo sobre el tocador, y en la pared, por encima del mismo, un enorme espejo. ¡Caray! ¿Quién seria aquella desconocida? ¿Quién seria aquella muchacha con la piel lozana y radiante, de resplandecientes ojos azules y cuyo pelo brillaba como el fuego? No podía ser Randy. Imposible. Contemplé el reflejo en el espejo, asombrada de lo que veía. Era una maldita aristócrata de pómulos altos con nariz recta y labios sensuales de color rosa. Ladeé la barbilla con arrogancia, bajé los párpados e hice una exagerada reverencia. Mejor que cualquier otra cosa que yo hubiera visto hasta entonces, de veras, y la golfilla callejera le sacó la lengua a la presumida señorita que había en el espejo.

Me cepillé los cabellos hasta hacer que cayeran en lustrosas ondas y que brillaran ante los tenues rayos de luz. Dejé el cepillo, le eché una última ojeada a aquella extraña que veía en el espejo y volví a la habitación delantera; calenté el vino condimentado con especias y, cogiendo la jarra que

Gordon había dejado en el otro extremo de la estancia, la llené de aquel grog caliente endulzado con canela. Era pura gloria, me hizo sentirme a gusto por dentro y me produjo una especie de somnolencia y un sopor muy agradables. Me senté en el horrible sofá azul. Los muelles protestaron. Se levantó mucho el polvo cuando me recosté en los abultados cojines azules. El perezoso reloj que había en la repisa de la chimenea continuaba con su tic-tac. Eran más de las diez. Bancroft y el escocés debían de estar divirtiéndose a lo grande en "The Red Doe"; lo más probable era que estuvieran alborotando con las muchachas, exactamente igual que hacían el resto de los hombres.

Bostecé; allí, acurrucada contra los cojines en aquel ambiente tan cálido, tenía todo el sueño que se puede tener. Sentía un delicioso resplandor interior a causa del vino y me apetecía tomarme otra jarra, pero me encontraba demasiado cómoda como para levantarme e ir a buscarla. Apoyé la cabeza hacia atrás y contemplé a través de la claraboya el cielo, de un negro aterciopelado, que estaba lleno de estrellas parpadeantes y borrosas. "Eres una muchacha con suerte, Randy - me dije-. No te va a ir tan mal aquí. Tendrás ropa que ponerte, comida para saciarte y una casa caliente y agradable; y si no resulta, siempre estarás a tiempo de volver a tu antiguo negocio. Al escocés se le va la fuerza en amenazas y bravatas, pero en realidad no es tan fiero."

Los párpados se me cerraban más a cada minuto que pasaba. Me quedé dormida, y una hora más tarde me desperté sobresaltada al oír el sonido de unas pisadas que resonaban en la escalera. Me incorporé y me froté los ojos al tiempo que la llave giraba en la cerradura. Bancroft entró primero, muy colorado y contento y no del todo sobrio. Llevaba arrugada la magnífica levita de terciopelo y la corbata floja. Tenía revueltos los rubios cabellos, y se puso a cantar a grandes voces y con enorme entusiasmo una balada extremadamente obscena. Cam Gordon entró detrás de él, cerró la puerta de golpe, puso mala cara y le tapó la boca a Bancroft con la mano derecha.

- ¡Jesús, Bancroft! ¡Vas a conseguir que me echen de aquí! Un hombre en modo alguno debería tocar el oporto si no sabe controlarse.

Bancroft se apartó aquella mano de la boca, le dirigió una hosca mirada a Gordon y le dijo que era un mal educado hijo de puta y que no apreciaba en absoluto la buena música. Gordon frunció el ceño, mucho menos enojado de lo que aparentaba estar. Le dio a su amigo un rudo empujón que era más de cariño que otra cosa y, cuando Bancroft empezaba a perder el equilibrio, lo sujetó por un brazo a fin de mantenerlo derecho.

- Este hombre es un puñetero genio de las finanzas y sin embargo no es capaz de tomarse unas cuantas copas sin perder la cabeza - gruñó Gordon.

- ¡No he perdido la cabeza! Lo que pasa es que me siento bien. ¡No te vendría mal a ti soltarte un poco; maldito escocés! Siempre con mala cara, siempre mascullando amenazas y haciendo ruidos feroces. ¡Bah! No engañas a nadie.

- Estás borracho, Dick.

- Tantas reuniones secretas con todos esos escoceses para tramar planes peligrosos... aun conseguirás que te cuelguen, Cam Gordon.

- Cierra la boca.

- No hay un escocés vivo al que no le encantase ver a Cumberland hecho pedazos, pero la mayoría de ellos tienen el suficiente sentido común como para contentarse con...

- ¡Cállate, Dick!

La voz sonó como un trueno. Bancroft se mostró inmediatamente contrito. Gordon movió la cabeza de un lado a otro, exasperado; luego ayudó a su amigo a instalarse en un sillón y entró dando grandes zancadas en la cocina, donde empezó a armar ruido con las cacerolas. Bancroft se frotó los ojos, parpadeó, y al cabo de un momento levantó la vista y me vio sentada en el sofá. Abrió mucho los ojos. Volvió a frotárselos, incapaz de creer lo que veía; luego volvió a posar la mirada en mi.

-¡Cam! -gritó.

El escocés regresó a la habitación como una tromba, evidentemente alarmado.

-¿Qué pasa?

- Míralo tú mismo y dime lo que ves - exclamó apuntándome con el dedo.

Cameron Gordon me miró. Aquella cara aguda y angulosa no cambió en absoluto de expresión. Igual habría podido estar mirando un mueble. Bancroft sacudió la cabeza para ver de aclarársela y se puso en pie con grandes dificultades; los ojos marrones expresaban admiración.

-Venus en persona ha bajado del Olimpo para honrar tu humilde morada, hombre. ¿Has visto en tu vida una visión como ésta?

-Necesitas un café, Bancroft. Iré a preparar un poco para los dos.

- Mira ese cabello, es como fuego de color cobre oscuro. Mira esa cara, hombre, es la perfección personificada. ¡Y el cuerpo! Ya sé que hice que te asignaran a ti el contrato de aprendizaje de esta chica, Cam, pero creo que ahora he cambiado de idea. La quiero para mi.

-Tú ya tienes criada, Bancroft.

-¿Quién está hablando de criadas? ¡La quiero para la cama, hombre!

- ¡NO vais a conseguirme nunca, borrachín!

Bancroft hizo una mueca que parecía de dolor.

- ¡Oh! ¡Qué voz más horrible! ¿Crees que podríamos cortarle la lengua, Cam?

- ¡A mi voz no le pasa nada!

- Suena como el maullido de un gato - continuó Bancroft-. No podemos permitir que unos ruidos semejantes salgan de esa garganta tan preciosa. Hagámoslo, Cam. Cortémosle la lengua, así podré llevarla a los mejores lugares y hacerla pasar por una duquesa.

Gordon le dirigió una mirada exasperada y regresó a la cocina. Richard Bancroft me sonrió. Yo me puse en pie, me alisé un poco la falda y me atildé para él. No me gustaba lo que acababa de decir sobre mi voz, había herido mis sentimientos de veras, es cierto, pero resultaba imposible enfadarse con él. Era un gran cachorro amistoso lleno de tonterías, apuesto como el que más y también muy alegre. Pensé que a una chica podía irle peor.

- Los zapatos y las medias no me van bien - le dije-. Los zapatos son demasiado pequeños, las medias me van grandes y además no hay ligas.

- El vestido te sienta divinamente - me aseguró -. Eres de una belleza arrebatadora, muchacha. Quién lo hubiera pensado bajo toda aquella mugre.

- El vestido resulta de lo más inapropiado - dijo Gordon que regresaba con un puchero de agua y una lata de café-. No sé lo que se habrá imaginado tu criado. Lo que ella va a hacer es fregar suelos, lavar cacharros y tirar desperdicios; no va a estar en un salón como decoración.

- Pues sería una decoración deliciosa - le aseguró Bancroft-. A mi salón le iría muy bien un poco de acicalamiento de este estilo.

Gordon colocó el puchero de agua sobre las brasas ardientes y dejó la lata de café al borde de la mesa; luego se dio la vuelta, me miró y se puso a escrutarme atenta y ceñudamente, con las cejas apretadas, unos ojos feroces y la espesa onda negra cayéndole sobre la frente como una "V" invertida. La transformación que yo había experimentado no le complacía en absoluto, eso yo lo veía claro. Por alguna razón le desconcertaba, le hacía sentirse incómodo. Muy peculiar el tipo aquel, lleno de contradicciones y de unos arranques de mal humor imposibles de descifrar.

- No has vaciado el barreño - me indicó cortante.

-Será lo primero que haga por la mañana.

-Vas a tener que trabajar muy duro, muchacha.

-Ya... ya lo sé, señor. Además estoy dispuesta a hacerlo. Esperad y veréis.

- Debería devolverte y dejar que te ahorcaran.

-Siento haberos mordido la mano -le dije.

-Ahora eres de mi propiedad, eres responsabilidad mía. Vuelve a intentar una cosa así y te azotaré con el cinturón. Lo digo en serio.

Y tanto que hablaba en serio. Lo dijo con voz fría, llana y amenazadora. Bajé recatadamente la vista intentando parecer arrepentida. Notaba que él tenía los ojos clavados en mí, y también sentía otra cosa, algo que yo era incapaz de definir, una sensación extraña y desconcertante que resultaba turbadora, aunque no desagradable. Levanté los ojos y los clavé en los suyos. Eran de un azul frío y duro, y me sentí extremadamente incómoda ante aquella mirada; todo el descaro y el afán de pelear me habían abandonado.

-Yo... yo haré el café -dije, nerviosa.

-Lo haré yo. Tú te vas a la cama.

- Yo... no sé dónde tengo que dormir.

Cruzó la habitación y abrió una puerta en la que yo no me había fijado antes. Un breve tramo de escaleras conducía a una habitación situada en el desván, justo debajo del tejado; tenía dos ventanas, una que daba encima de la claraboya y otra que miraba hacia el otro lado del patio. Subí los peldaños tras él. La luz de la luna penetraba por las ventanas e iluminaba la pequeña cama de latón, el desvencijado tocador con una palangana y una jarra de porcelana desportilladas, y una silla. Había una vela en el candelabro situado en la mesita que había junto a la cama. Cam Gordon abrió un cajón y sacó una cerilla; luego encendió la vela. La habitación se llenó de una suave luz dorada, y entonces me fijé en el acolchado cobertor, en la raída alfombra rosa, en los delicados dibujos azules y rosas de la palangana y la jarra.

- Es pequeña - me dijo secamente-, pero las otras criadas la encontraron lo suficientemente satisfactoria.

Era una gloria. Además estaba limpia, no hecha un desastre y desordenada como las otras habitaciones de abajo. Contemplé lo que me rodeaba con una sensación de asombro. Una habitación como aquélla toda para mi sola, con una cama de verdad y una alfombra de verdad en el suelo, aunque estuviese desgastada. No pude ocultar mi entusiasmo, y Cam Gordon, al darse cuenta de ello, volvió a fruncir el ceño.

-Acuéstate -me dijo-. Mañana por la mañana tendrás que levantarte muy temprano. Habrá que buscarte ropa apropiada: un vestido de algodón, un delantal, una cofia, y unos zapatos que te vayan bien. Por mí no hay inconveniente en que conserves esas ropas tan delicadas...

- Titubeó, y el fruncimiento de ceño se hizo aún más profundo-. De todos modos, no creo que la tienda aceptase que se la devolviésemos.

Se dio la vuelta y salió bruscamente, cerrando al hacerlo la puerta que se hallaba al pie de las escaleras. Yo todavía me sentía extraña, me encontraba cambiada en cierto modo, como si me hubiese sucedido algo que no alcanzaba a comprender. Pensé que probablemente me estuviera poniendo enferma y acabara con fiebre. No me habría sorprendido nada después de haber estado vagando por toda la ciudad con aquel frío. Me quité el vestido y lo coloqué con cuidado encima de la silla; luego apagué la vela de un soplo, me despojé de la combinación y me metí de un salto en la cama. Una cama de verdad, suave como las plumas. Seguro que seria mucho mejor que el montón de trapos de la carbonera. La luz de la luna entraba a raudales por las ventanas y bañaba de plata las paredes. Las sombras danzaban en el techo. Tan cansada como estaba, confiaba en quedarme dormida en seguida. Pero no fue así. Por lo visto aquel día no había manera de que consiguiera dormirme.

Envuelta en el edredón, me acerqué a la ventana que daba a la claraboya. Al atisbar por entre el emplomado de cristales rajados y negros de hollín, alcancé a ver una parte de la habitación de abajo: la puerta, la chimenea y el viejo sillón verde. Bancroft estaba sentado en el sillón y bebía una jarra de café mientras escuchaba, no con mucha atención que digamos, lo que le contaba Cam Gordon, que hablaba sin cesar. El escocés se paseaba arriba y abajo, intranquilo; tan pronto podía verlo como salía del campo de visión. Parecía estar declamando, pues hacía amplios gestos como un actor en escena sin dejar de mantener todo el rato una expresión completamente salvaje. Bancroft bostezaba somnoliento, como si ya hubiese oído aquella diatriba muchas veces con anterioridad.

Qué hombre tan extraño, tan poco común, pensé yo mientras volvía a meterme en la cama. Tenso. Atormentado. Enojado. En lucha con algún demonio privado. Aunque yo sospechaba que había otro Cam Gordon tras aquella fachada hostil. Bancroft le tenía mucho cariño, y seguro que existía una buena razón para que aquello fuera así.

La luna se ocultó tras una nube. La habitación se llenó de oscuridad, aunque por la claraboya subía un débil resplandor amarillento. Cerré los ojos y me sentí cómoda por primera vez desde que alcanzaba a recordar. Oía algunos ruidos procedentes del piso inferior... voces y pisadas amortiguadas por las paredes. El viento barría los tejados silbando con fuerza, y yo me encontraba muy a gusto allí, en mi propia cama, tan caliente como una tostada bajo aquellas mantas. Quién lo hubiese dicho aquella misma mañana, cuando me encontraba acurrucada en un rincón de la cárcel. Un auténtico colchón de plumas. Sábanas limpias de lino. Dos mantas. Era asombroso, eso es lo que era. Asombroso.

Amodorrada, pensé en todo lo que me había sucedido en los dos últimos días. ¿Había sido sólo el día anterior por la mañana cuando me había despertado en la carbonera mientras el gato rondaba hambriento en busca de comida? Me daba la impresión de que hubieran pasado muchas semanas desde aquello. Entonces no tenía ni un solo penique, y ahora

Librodot

disponía de un vestido completamente nuevo y de unas enaguas de seda, y además iba a tener otro vestido y zapatos de mi medida. Y además podría comer todo lo que quisiera. No necesitaría robar para comer. Tendría que trabajar mucho, desde luego, y vérmelas con aquel puñetero y temperamental escocés, pero la perspectiva no me incomodaba en absoluto. Me parecía... algo emocionante y extrañamente agradable. En lugar de sentir temor ante la proximidad de la mañana siguiente, de temer mi próximo encuentro con aquel hombre, me parecía que casi estuviese ansiosa de que llegase el momento. Curioso... curioso de verás.

Un ruido me despertó. Abrí los ojos, desorientada y confundida. El portazo había resonado con fuerza. Oí pasos abajo. La puerta de mi habitación se estaba abriendo y un diminuto resplandor empezó a agrandarse y a extenderse por todas partes mientras Cam Gordon subía los peldaños con un candelabro en la mano. Bancroft se había marchado y ahora aquel puñetero escocés intentaba salirse con la suya a mi costa. Emití un suave gemido, fingiendo estar profundamente dormida, y le observé con cautela por entre las pestañas semicerradas. Se detuvo a los pies de la cama sosteniendo en alto el candelabro y se quedó mirándome en silencio; ahora aquellos ojos no resultaban en modo alguno hostiles. Más bien al contrario, se veían amables y extremadamente pensativos:

Acariciado suavemente por la luz de la vela, aquel rostro enjuto no parecía ni mucho menos tan duro. Sin el ceño fruncido, sin aquel profundo surco que le atravesaba el puente de la nariz, sin aquella mueca tensa en los labios, parecía más joven y curiosamente vulnerable, un hombre herido por la vida que soportaba su dolor a solas. Con la guardia bajada aquellos ojos azules eran tristes y hermosos, y la espesa onda negra que le caía sobre la frente le proporcionaba un aspecto juvenil. Cam Gordon me estuvo contemplando largo rato con ojos pensativos, luego frunció el ceño y el surco y la rudeza volvieron a aparecerle en el rostro. Vaciló durante unos momentos, desgarrado, luchando consigo mismo, y luego dio media vuelta y bajó de nuevo por las escaleras cerrando la puerta al salir y poniendo buen cuidado en no hacer ruido.

Yo me sentía desconcertada. Y también molesta. Me quedé allí tumbada, a oscuras, intentando encontrarle un sentido a todo aquello, intentando comprender la temblorosa sensación que me invadía. Notaba un gran alivio, desde luego, cómo no iba a sentirme aliviada; aquel puñetero escocés era tan fuerte como un semental y tan feroz como un tigre, y habría podido hacerse con mi cereza como quien canta. Pero, ¿qué era aquel otro sentimiento que notaba bajo el alivio? ¿Por qué me sentía... casi decepcionada? Debía de ser un error. Seguro que me estaban cogiendo unas fiebres. Traté de dormirme de nuevo, pero el sueño tardó mucho en llegar, y cuando lo hizo se mostró lleno de fantasías que no se parecían a ninguna de las que había tenido hasta entonces; eran unos sueños deliciosos, turbadores, sueños que, al recordarlos a la mañana siguiente, me llenaron las mejillas de rubor.

Librodot

6

Tirar los desperdicios. Traer agua. Acarrear el carbón. Escaleras arriba, escaleras abajo, y no se te ocurra distraerte. Pronto aprendí a odiar aquellas malditas escaleras, aquellos interminables tramos de crujientes peldaños de madera. Me los conocía todos. El tercer escalón del segundo tramo chirriaba como un gato cuando alguien lo pisaba. El quinto escalón del cuarto tramo gruñía como un duende, las primeras veces que me apoyé sobre él me sobresalté de miedo. La mayoría de la gente sencillamente tiraba los desperdicios por la ventana, algo muy sensato, pero aquello no le parecía oportuno al señor Cam Gordon, ni mucho menos, su nueva esclava tenía que llevarlos abajo y vaciarlos en la alcantarilla, lo que era a todas luces un inútil derroche de energías. ¿Cuántos cubos de agua llenaba yo al cabo del día en el patio y los arrastraba después escaleras arriba? Pronto perdí la cuenta. Llegué a aborrecer la visión y el olor del carbón, grandes pedazos feos y negros que pesaban una tonelada cuando uno tenía que acarrearlos a cubos. Una persona frágil como yo no debería verse obligada a acarrear carbón, pero su alteza no iba a levantar una puñetera mano para hacer una cosa tan ordinaria.

No, estaba ocupado el muy puñetero sentado ante la mesa siempre con mala cara, mascullando y trazando unos garabatos casi incomprensibles con tinta, llenando hoja tras hoja de papel en blanco. Escribía un rato, lanzaba una maldición, arrugaba el papel, miraba furibundo hacia la pared y luego alargaba la mano para coger otra hoja y mojaba la pluma en el tintero. Se pasaba así las horas muertas, el genio cada vez más escaso, las maldiciones cada vez más fuertes, y mientras tanto esperaba que yo fregase los suelos, limpiase los cristales de las ventanas y me pelease con el polvo, por supuesto callada como un ratón mientras lo hacia, ¿Cómo podía una quitarles el polvo a los libros sin hacer ruido? Hay que sacudirlos enérgicamente unos contra otros... ¡bang, bang, bang! Y entonces el polvo sale volando. Se ponía a dar alaridos como un indio cada vez que yo hacía eso, me tiraba un candelabro, y en cierta ocasión en que yo estaba haciendo una buena limpieza en el armario de la cocina y al tropezar dejé caer una pila de platos de hojalata, entró como una tromba en la habitación, igual que un salvaje, con el pelo negro revoloteando y los ojos echando chispas. Aquella vez pensé verdaderamente que iba a matarme.

Había otras ocasiones en que, absorto en su trabajo, toda la casa habría podido venirse abajo sin que él se diese cuenta. Eran ocasiones en que la pluma se deslizaba velozmente por las páginas emborronándolas de

Librodot

tinta, gran parte de la cual le iba a parar a los dedos de la mano izquierda. El montón de páginas terminadas que colocaba a la derecha de la mesa iba creciendo admirablemente, todas ellas apiladas bajo un pisapapeles que representaba una lechuza ladeada. Cuando, después de un día así, dejaba por fin la pluma y se levantaba arqueando la espalda y estirando los brazos, siempre se encontraba de muy buen humor. Cam Gordon de buen humor significaba que se limitaba a estar hosco y callado y que no se paseaba por todas partes a grandes zancadas como un tigre enjaulado; tampoco estrellaba cosas contra la pared ni llenaba el aire de terribles amenazas contra los editores que siempre esperaban que él hiciese milagros. Podían coger todas aquellas malditas exigencias y metérselas por la nariz... excepto que Gordon raras veces pronunciaba la palabra "nariz" en estas ocasiones.

Me levantaba por la mañana, encendía la chimenea, iba a buscar agua para el café y ponía la olla al fuego para que hirviera. Me acercaba a la vuelta de la esquina para comprar panecillos recientes, los untaba de mantequilla y se los llevaba junto con el café en una bandeja. El fruncía el ceño, bostezaba y se incorporaba, completamente desnudo bajo las sábanas, mientras mascullaba unos hoscos "buenos días". Cuando Gordon terminaba de desayunar (yo lo hacía en la cocina, me tomaba todos los panecillos que quería, panecillos dulces con mantequilla, y por lo menos dos tazas de café) necesitaba que le llevase agua para lavarse y afeitarse, y tenía que estar templada, no caliente, ay de la pobre criada esclava que osara llevarle el agua demasiado caliente. Una vez vestido, siempre gruñendo y de mal humor, o bien decidía salir en dirección a la calle Fleet para arengar a su editor y pedirle más dinero, o bien se sentaba a trabajar, cosa ésta última que siempre hacía con evidentes muestras de reticencia.

Yo, ataviada con mis pulcros zapatos negros, finas medias blancas, unas sencillas enaguas de algodón y un vestido rosa también de algodón, delantal blanco atado a la cintura y una cofia de volantes en lo alto de la cabeza, me ponía entonces a mis tareas, que consistían en limpiar, fregar y ordenar. Me produjo una gran satisfacción ver que las mugrientas ventanas brillaban como diamantes una vez que hube terminado con ellas, y también descubrir que el suelo de la cocina no era marrón, ni mucho menos, sino de una rica madera de color dorado oscuro que empezó a resplandecer en cuanto la restregué con agua, jabón y zumo de limón. Qué satisfacción producía ver los armarios de la cocina bien limpios, cada cosa en su sitio, las latas alineadas, los platos relucientes. Me enorgulleció mi trabajo desde el primer momento y me sentía amargada cuando, después de haberle limpiado el dormitorio y de haberlo dejado todo elegante y respetable, Cam Gordon entraba a saco en la habitación para cambiarse y en cuestión de minutos la dejaba como si hubiese pasado por ella un ciclón.

El polvo, la basura y la suciedad eran mis enemigos, y yo de continuo libraba batalla contra ellos. Una batalla perpetua porque Londres era una ciudad sucia, llena de humo, hollín y polvo que se filtraban por las rendijas de las ventanas y se posaban en los alféizares y en las paredes, por mucho que una-se esforzase en no dejarlos entrar. Y el hecho de tener siempre encima a una persona como Cam Gordon no facilitaba mucho las cosas, además. Aquel hombre no sabía que había un sitio para cada cosa. Ni que la ropa se guardaba en los armarios, los platos en la cocina y los libros en las estanterías. Dejaba un pedazo de queso en un platito y éste en el suelo, junto al sofá. Habría dado lo mismo mandarles invitaciones impresas a los

Librodot

ratones. Tiraba las botas en el suelo, en cualquier sitio, el pañuelo encima de la mesa, la levita la arrojaba de cualquier manera en el brazo de un sillón. Yo me pasaba el día recogiendo cosas y volviéndolas a poner en su sitio, y él empezaba a gritarme porque no encontraba lo que quiera que fuese que en aquel momento se le antojara. Era frustrante, como para volverse loco, pero nunca resultaba aburrido.

Tuve que sacudir las alfombras en el patio. Forré los armarios con papel. Les saqué brillo a los muebles con cera de abeja. Barría, fregaba y frotaba, y, aunque resultaba agotador, era también extrañamente regocijante. Estaba decidida a complacerle, pero esperar alabanzas de aquel malhumorado y terco escocés era lo mismo que pretender que un nabo sangrase. Seguro que se daba cuenta de que yo trabajaba mucho, pero se suponía que ésa era mi obligación, trabajar como una maldita esclava, y nunca se dignaba expresar la menor señal de aprobación. Jamás me dirigía la palabra a no ser para quejarse de algo o para descargar la rabia en una pobre esclava indefensa que casualmente acertaba a estar por allí para soportar su ira. Después de la primera noche nunca volvió a subir a mi habitación y, de hecho, la mayor parte del tiempo apenas parecía advertir mi presencia. Yo estaba allí porque le convenía, como una especie de máquina cuyo único propósito consistía en hacerle las cosas más cómodas: limpiarle el piso, hacerle la colada, abrillantarle las botas, zurcirle las medias, llevarle la comida. ¡Maldito cabrón! Me costaba lo indecible aguantar sin cantarle las verdades varias veces al día.

A mediodía le llevaba la comida en una bandeja -queso, pan con mantequilla, salchichas, un racimo de uvas, y otra taza de café-, y la mayor parte de las veces se limitaba a soltar un gruñido cuando se la dejaba sobre la mesa en la que él estaba trabajando; nunca decía una palabra. Otras veces se sobresaltaba, mascullaba una maldición y me miraba echando chispas por aquellos ojos asesinos por interrumpirle y hacerle perder el hilo de los pensamientos. En esas ocasiones me habría gustado vaciarle la bandeja encima y decirle que no se pensase que era tan especial, pero nunca llegué a hacerlo. Yo me mostraba tan mansa, dulce y tímida como un ratón, aunque tuviera que morderme la lengua. Era una especie de juego muy divertido. Yo representaba un papel y me preguntaba cuánto tiempo la pelirroja Randy, con la lengua tan malvada que tenía, iba a ser capaz de aguantar a aquel tipo sin estallar.

Cada tarde, alrededor de las cuatro, Gordon se cambiaba de ropa y salía; rara vez regresaba hasta que ya era muy tarde. Cenaba en alguna de las casas de comidas y a mí me dejaba que me las apañara sola. Yo entonces o bien buscaba algo de comer en la cocina o bien bajaba al restaurante barato en busca de comida un poco más sabrosa. Gordon dejaba el dinero para los gastos de la casa en una jarra de jengibre blanca y anaranjada que estaba siempre sobre la repisa de la chimenea, junto al perezoso reloj de bronce, y era yo la encargada de comprar todas las provisiones necesarias. No es que el escocés confiase en mí, era sólo que se creía que me tenía completamente intimidada, se pensaba que yo no me atrevería a hacer nada que pudiera tener como consecuencia el que él me mandase de vuelta a la calle Bow. A mí ni siquiera se me pasaba por la cabeza quedarme con algo del dinero que había en aquella jarra de jengibre para fines privados, pero de vez en cuando me procuraba una jugosa chuleta o un sabroso pastel de

carne a fin de conservar las fuerzas para poder hacerle todo aquel maldito trabajo.

Cuando él se iba, yo me quedaba a mis anchas y aprovechaba para descansar un poco y rondar por la casa curioseando. Debo decir en mi defensa que la mayor parte del tiempo me lo pasaba zurciéndole las medias, cepillándole las levitas y limpiándole las botas en un intento de dejarle el raído guardarropa lo más aseado posible, pero no podía por menos que fisgonear. Naturalmente, me moría de ganas de leer el libro que él estaba escribiendo, pero, ¿quién era capaz de entender aquella letra? Le llevaba a uno horas descifrar los trazos pequeños y confusos; yo sabía que su editor gritaba y se sulfuraba a causa de aquella caligrafía ilegible, pues tenía que contratar a un empleado extra cuyo único trabajo consistía en descifrar las palabras y hacer una copia decente para la imprenta. Me di por vencida después de algunos intentos; no entendía una palabra de cada diez, y teniendo tantos libros a mano, ¿qué necesidad tenía de leer algo escrito por aquel escocés espinoso? Y además seguro que no merecía la pena leerlo.

Aquellos otros libros a los que yo con tanto esmero había quitado el polvo y ordenado pulcramente resultaron un amargo desengaño. Eran libros de guerra, libros de armas. Uno, con horripilantes grabados, trataba de torturas medievales. Había una Historia de las ejecuciones públicas. Libros militares que explicaban cómo matar al enemigo con cuchillo, pistola, garrote o con las manos desnudas. Libros que trataban de soldados, de piratas, de emperadores romanos sedientos de sangre; y toda una colección acerca de criminales famosos y sus malas acciones. Nada que a mí me gustase lo suficiente como para instalarme cómodamente a leer. Estaban todos llenos de huellas de pulgares, muy leídos, y varios de ellos tenían pequeñas tiras de papel metidas entre sus páginas para señalar pasajes concretos. Cuando él trabajaba, a menudo cogía uno de aquellos libros, lo abría por alguna de las páginas marcadas con una tira de papel y lo leía con gran concentración mientras una profunda arruga le surcaba la frente. Anotaba lo que fuera, asentía con la cabeza, dejaba el libro y continuaba con el trabajo. Si escribía libros como los que tenía a su alrededor, lo mismo me daba no entenderle la letra, pensaba mientras anhelaba tener a mano a mi amado Shakespeare para resarcirme.

Había, además, varios libros escritos por alguien llamado Roderick Cane, y parecían completamente nuevos, como si no se hubiesen leído nunca, pues las páginas aún estaban frescas y tiesas y la encuadernación olía a cola. Al contrario que el resto de los libros, éstos eran novelas, relatos tormentosos de odios de sangre y deseos de venganza. Descubrí que estaban escritos con gran entusiasmo y colorido, y repletos de acontecimientos. Los protagonistas eran siempre hombres temerarios, despiadados canallas que cargaban contra la adversidad con auténtica sed de sangre y una singular falta de consideración hacia la vida humana. A los villanos los mataban por doquier, y sus muertes se describían con todo detalle. Aquel tal Cane parecía regodearse con la violencia, cuanto más sangrienta mejor, y sus libros estaban sembrados de cadáveres. Las mujeres, si alguna vez aparecían en ellos, eran indefectiblemente seres traicioneros que engañaban, tendían trampas y engatusaban a los hombres antes de acabar llevándose su merecido.

Aunque comprendía por qué aquellos libros tenían la virtud de atraer a Cam Gordon - todo aquel derramamiento de sangre, todos aquellos

asesinatos-, Roderick Cane no resultaba en absoluto de mi gusto. ¿Quién iba a querer leer acerca de un noble convertido en un fuera de la ley que engañaba a sus parientes y los llevaba a callejones oscuros para echarles un garrote alrededor de la garganta y estrangularlos siempre con la sonrisa en los labios? ¿Quién iba a querer leer la historia de un soldado convertido en asesino que no ceja hasta dar con el paradero de los enemigos de la Buena Reina Bess y les abre la garganta con un cuchillo, torturándoles a veces previamente para conseguir información? No, no me gustaban lo más mínimo, pero eran los únicos libros que tenía a mano aparte de aquellas horripilantes historias y libros militares. Por lo menos aquel tal Cane sabía cómo conseguir atraer la atención de los lectores, por muy espantados que estuviesen por la acción descrita.

Me hallaba sentada en el destartalado sofá azul a última hora de la tarde dándoles un descanso a los pies y terminando La maldición de Hesketh. El héroe acababa de deshacerse de la taimada lady Hesketh arrojándola a una mazmorra que sólo disponía de una angosta abertura en la parte superior, haciendo oídos sordos a los gritos de ella y esperando el regreso del malvado lord Hesketh, pues había planeado arrastrarlo hasta una mazmorra y hacerle probar el potro de tortura, lugar donde, en un capítulo anterior, habían desconyuntado al hermano del héroe. Absorta a mi propia pesar en la historia aquella, no oí los pasos en el rellano ni el ruido de la puerta al abrirse.

-Vaya -comentó Bancroft-, esa chica está leyendo.

Di un salto, casi fuera de mí a causa del susto. Bancroft y Gordon se hallaban de pie a la entrada de la habitación, y la puerta todavía estaba abierta tras ellos. Bancroft iba espléndidamente ataviado con una levita y unas calzas de terciopelo verde oscuro, y el encaje blanco de seda le asomaba en cascadas por el cuello y los extremos de las mangas. Era la primera vez que lo veía desde aquella noche, tres semanas atrás, en que yo había venido por mi propia voluntad a la calle Holywell. Parecía encantado de verme. Cam Gordon se había puesto lívido.

- Ya... ya he terminado el trabajo - empecé a decir con aire de desafío-. Sólo estaba descansando un rato antes de prepararme la cena. Yo... no pensé que regresarais tan pronto.

-Ya se nota -repuso Gordon.

- No os he estropeado ese maldito libro. Mirad, no tiene el menor daño.

- La maldición de Hesketh - leyó Bancroft tras mirar el título con ojos de miope-. Mmm... Interesante.

- ¿Dónde has aprendido a leer? - me exigió Gordon.

- Siempre he sabido leer, desde que me alcanza la memoria. Tenéis las botas y las calzas salpicadas de barro -observé intentando cambiar de tema.

- Precisamente por eso he vuelto. Un coche me ha llenado de salpicaduras por todas partes. Necesito cambiarme para ir a cenar con Bancroft. De modo que sabes leer, ¿no es así? ¿Entiendes todas las palabras?

- Este tipo llamado Cane emplea palabras que cualquiera entendería. No hay absolutamente nada fantástico o poético en su prosa.

Bancroft lanzó una risita y le dirigió a su amigo una astuta mirada. Cuando yo me levanté para dejar el libro, pude ver que la diversión se reflejaba claramente en aquellos oscuros ojos marrones.

- Os he limpiado las otras botas esta mañana - le dije a Gordon-. En el armario encontraréis un par de calzas negras limpias.

-¿Te gusta el libro? -me preguntó Bancroft.

- No mucho - repliqué-. Sólo hay sangre y truenos, exactamente igual que en el resto de los libros que tiene. Los personajes no son nada reales... los protagonistas andan por ahí como centellas matando enemigos sin parar, no tienen sentimientos, y las mujeres son como palos, no hay ni una sola que resulte verosímil. Este Cane sabe muy bien cómo contar una historia, pero no entiende nada sobre la naturaleza humana.

Cam Gordon no había salido aún de la habitación. Se puso todavía más lívido, apretó la boca y los ojos le brillaron como hielo de color azul.

- Me da la impresión de que tenemos entre manos un excelente crítico literario - dijo Bancroft-; y además uno muy astuto en la materia.

Gordon ignoró el comentario.

- Da la causalidad de que Roderick Cane es uno de los escritores más populares que hay en Londres - me informó con voz gélida-. Sus lectores claman pidiendo más novelas. Los editores no consiguen que las escriba con la rapidez que sería conveniente.

- Eso no quiere decir que sea un buen escritor - dije yo dándome importancia-. Sólo significa que hay mucha gente que carece de gusto.

- ¿Y se supone que tú sí lo tienes?

- Yo conozco un buen libro cuando lo leo, Moll Flanders, por ejemplo, es un buen libro. El tipo que lo escribió sabe lo que siente una mujer, y los avatares y penas por los que pasa la protagonista son de lo más conmovedor, porque Moll es una persona viva y real. La queremos y deseamos que encuentre la felicidad. Si fuera una mujer envarada, como las que salen en las novelas de Cane, ni siquiera nos tomaríamos la molestia de terminar el libro.

- ¡ Bravo! - exclamó Bancroft -. La chica tiene cerebro, Cam. ¡Quién lo hubiera pensado!

- La próxima vez citará a Shakespeare - dijo Gordon bruscamente.

- Es mi favorito - confesé -. He leído todas sus obras de teatro docenas de veces, y también su poesía.

Cam Gordon se retorció las manos de tantas ganas como sentía de romperme el cuello. A Richard Bancroft le resultaba casi imposible contener el regocijo. Gordon le dirigió una mirada amenazadora; seguro que también deseaba retorcerle el cuello a él. Bancroft, enormemente divertido aunque yo no hubiera sabido decir por qué, se dejó caer en uno de los brazos del sillón marrón.

- ¿Qué le sugerirías tú al tal Cane para mejorar los libros que escribe? - me preguntó Gordon. La voz le sonaba cargada de malicia.

- Pues - comencé yo - puede que tenga mucho éxito, pero me apuesto el culo a que la mayoría de sus lectores son hombres. Hay montones de mujeres a las que también les gusta leer, y si él pusiera un poco más de romanticismo y algunos toques de ternura seguramente se ganaría también a las mujeres. Los protagonistas son monstruosos. Si amasen de veras a la heroína -y no a esas malvadas marranas que siempre crea - y si tuvieran algún momento de debilidad o duda, si sintieran remordimientos por haber matado, conseguirían atraer a los dos sexos. Cane podría duplicar el número de sus lectores.

-Ya lo creo -dijo Bancroft.

- ¿Conocéis vos a ese Roderick Cane? - le pregunté.

-Oh, sí, lo conozco verdaderamente bien, muchacha.

-Apuesto a que es un hijo de puta -aventuré yo-. Apuesto a que es un tipo de sangre fría donde los haya.

- Eso es indudable - comentó Bancroft.

Me volví hacia Gordon.

- ¿Vos también lo conocéis?

- Íntimamente.

- No me sorprende nada - indiqué sin poder resistir la tentación.

Salió como una tromba de la habitación. Le oía desparramar cosas por el dormitorio. Una bota retumbó contra la pared. Un florero se estrelló en el suelo. La puerta del armario dio un golpe tan fuerte que sentí un gran sobresalto. No lograba imaginarme por qué estaba tan furioso. Me había pedido mi opinión y yo se la había dado. Bancroft se reía alegremente, como si se tratase del mejor chiste que hubiera oído en su vida. Fruncí el ceño, lo miré y luego dirigí la vista hacia la mesa y el montón de páginas acabadas que tan ordenadamente reposaban allí con la lechuza encima. Noté que el color se me iba de lás mejillas. ¡Madre mía! ¡ Tendría que habérmelo figurado!

-El... él... -tartamudeé.

- Exactamente, muchacha - dijo Bancroft sin dejar de reír-. El es Roderick Cane. Ni en sueños se le ocurriría publicar esa basura bajo su verdadero nombre.

- Dios mío - susurré-. Seguro que cuando salga de ahí me asesina.

Cam Gordon no me asesinó. Abandonó la habitación como un tornado con calzas y botas limpias y me dijo en un tono atronador que cuando volviera esperaba encontrar las otras calzas secas y cepilladas, las botas relucientes y todo aquel alboroto que acababa de organizar allí dentro perfectamente ordenado. Y que si no me despellejaría viva. Hice un gesto de asentimiento, sumisa, sin atreverme a hablar. Bancroft sonreía todo el rato. Gordon lo empujó con saña hacia la puerta y pude oír la franca risa del rubio mucho después de que Gordon hubiera dado un buen portazo como despedida.

A la mañana siguiente me mostré especialmente alegre al llevarle el desayuno. Los bollos estaban untados de mantequilla con generosidad. El café tenía una cucharada más de azúcar. Además le había puesto arenques ahumados. Gordon gruñó, medio dormido, se sentó, se apartó el pelo de los ojos y cogió la bandeja sin dignarse siquiera mirarme. Parecía molesto cuando por fin se sentó ante la mesa de escribir, pero yo estaba convencida de que aquello no tenía nada que ver conmigo ni con lo que le había dicho la noche anterior. Ni siquiera se percataba de mi presencia. Se sentó allí malhumorado y miró fijamente el papel en blanco, mientras se le formaba el profundo surco por encima del puente de la nariz.

Pronto me enteré de lo que tenía en mente, pues aquella mañana, un poco más tarde, vino a visitarlo un tal señor John Beaumont, un hombre robusto y nervioso con el pelo ralo y castaño y una alegre sonrisa que no se le reflejaba en los fríos ojos grises. El señor Beaumont era socio del señor Sheppard, el editor de Gordon, y se encargaba de todos aquellos asuntos pesados del negocio que no tenían nada que ver con los libros ni con el oficio de escribir, pero que mantenían financieramente próspera la empresa “Thomas Sheppard & Co.”. Jugueteando sin cesar con la cadena de oro que

Librodot

le atravesaba la parte delantera del chaleco floreado, Beaumont le recordó a Gordon que hacía ya dos meses que la nueva novela de Roderick Cane debía de haber sido entregada al editor, pues le habían adelantado una substanciosa cantidad de dinero a cuenta, y que si no se las arreglaba para entregar el libro a finales de mes, tendría que devolverles hasta el último penique.

Gordon se mostró civilizado. Aunque a duras penas. Le recordó al señor Beaumont que "Thomas Sheppard & Co." había ganado una fortuna con las novelas de Roderick Cane, y que aún seguía cosechando muy buenas ganancias de las mismas. Le dijo al hombrecillo aquel que los escritores no eran oficinistas, que los libros dependían de un proceso creativo que no podía regirse por el reloj, y añadió que si en "Thomas Sheppard & Co." no estaban satisfechos de su trabajo, él tendría mucho gusto en llevar en el futuro las obras de Cane a cualquier otro de la docena de editores que estarían sumamente encantados de conseguirlas, fuera a tiempo o no. Sin inmutarse, el señor Beaumont le recordó gentilmente al errante autor que había pendiente un pequeño asunto de préstamos personales, de un dinero que le había sido adelantado periódicamente sobre las posibles ganancias, y que dichos préstamos aún no habían sido cubiertos del todo por los beneficios. Con una sutil alusión a que el encarcelamiento por deudas quizás no estuviese del todo fuera de lugar, el señor Beaumont se marchó.

Gordon se puso entonces a despotricar y a desvariar como yo había esperado que hiciese. Se hundió aún más en la melancolía, murmurando frases ininteligibles en voz baja, y fue incapaz de trabajar durante el resto del día. Yo me preguntaba por qué, silos libros de Roderick Cane eran tan populares y proporcionaban tanto dinero, el hombre que los escribía tenía que vivir en alojamientos de poca monta en la calle Holywell, y por qué poseía únicamente tres levitas. Todos aquellos préstamos, todos aquellos adelantos... ¿qué habría sido de ellos? El hombre que utilizaba el pseudónimo de Roderick Cane debería de estar viviendo en la opulencia, como un príncipe, y en lugar de eso vivía como el más humilde de los escribanos y tenía siempre los dedos manchados de tinta. Encontré respuesta a aquella pregunta la noche siguiente, cuando Bancroft vino a hacerle una visita a Cam Gordon. Yo estaba en la buhardilla zurciendo medias a la luz de una vela, pero había dejado la puerta entreabierta y podía escuchar perfectamente todo lo que aquellos dos hombres comentaban en la habitación de abajo.

Gordon le describió acaloradamente la visita de Beaumont, relatando con evidente enojo todo lo que durante la misma le había dicho; luego se lanzó a una fuerte y prolongada diatriba contra editores, ayudantes de editores y todo aquel maldito negocio en general, empleando para ello unas cuantas palabras muy bien escogidas que yo no había oído nunca antes, ni siquiera en St. Giles. Bancroft le escuchó con paciencia, y cuando su amigo por fin se hubo apaciguado un poco le indicó de forma desenfadada que vociferar como un loco no iba a arreglar en absoluto las cosas.

- Podías romper unas cuantas piezas del mobiliario -añadió-. He oído que eso a veces da resultado.

- ¿Qué voy a hacer, Dick? Esos buitres me están acorralando. No me extrañaría nada que Beaumont me hiciese encerrar en la cárcel a causa de las deudas. Le debo a Sheppard más de mil libras. De hecho le debo dinero a todo el mundo.

- Como banquero tuyo, amigo mío, me doy perfecta cuenta de tu embarazosa situación financiera. Yo sé muy bien dónde ha ido a parar cada penique.

-Tengo dos cuñadas viudas, Dick, dos sobrinas jóvenes y cuatros sobrinos que se quedaron en la indigencia. No me quedó más remedio que hacerme cargo de ellos.

-Y lo hiciste del modo más adecuado. Con los fideicomisos que he establecido a su nombre, ninguno de ellos pasará necesidades.

- Era lo menos que podía hacer.

-Y luego están tu tía y tu prima la solterona...

- ¡No podía dejar que se muriesen de hambre! -dijo bruscamente Gordon poniéndose a la defensiva-. Cuando mataron a mi tío, ellas...

-Ya lo sé, ya lo sé -le interrumpió Bancroft-. Les enviaste dinero para que abrieran un salón de té, y no me cabe duda de que tendrán un enorme éxito con él. No me quejo de que te hayas mostrado pródigo con el dinero y se 10 hayas dado a tus parientes, Cam; incluso te admiro enormemente por ello. Es el dinero que has entregado a esa... esa organización secreta de escoceses rebeldes.

-Eso es cosa mía, Dick.

-Te han sacado cientos de libras. Cientos de libras, Cam, y la mayor parte de esos hombres tienen la cabeza puesta a precio; la mayoría están en la lista negra de Cumberland como traidores a la Corona. Supongo que te darás cuenta, amigo mío, de que si la ayuda financiera que les has prestado llegara a descubrirse alguna vez...

- ¡Tú sabes demasiado!

- Pues nadie te obligaba a hacerme confidencias. No hacía falta que me mostraras esa confianza.

- Yo te confiaría mi vida, porque eres un buenazo hijo de puta. Mataría a cualquiera que se atreviese a insinuar que Dick Bancroft es capaz de traicionar a un amigo.

Siempre, desde que estudiábamos juntos en Oxford, has sido para mí como un hermano, mucho más intimo de lo que cualquiera de mis dos hermanos lo ha sido nunca, y...

- Cuidado, Cam - le interrumpió Bancroft perezosa mente-. Estás empezando a aficionarte de una forma muy peligrosa a expresar auténtico cariño por otro ser humano. Y ése no es tu estilo, amigo mío.

- ¡Vete al infierno!

-Ya has cumplido, Cam. Te negaste a luchar por el Príncipe Charles por principios... principios que requerían una gran cantidad de valor para un escocés cuya familia, toda entera, apoyaba al Príncipe apasionadamente. Tu propia familia te consideró un traidor y renegó de ti. Y ahora que ya ha pasado todo, decides darte la vuelta para unirte a ese hatajo de canallas que...

-Ten cuidado, Dick. Puede que seas amigo mío, pero... que confabulan y planean llevar a cabo algún salvaje acto de desquite que seguramente os conducirá a todos a la muerte. Corta tus ataduras con esa gente, Cam. Yo siento lo mismo que tú hacia Cumberland, lo sabes muy bien. Pasará a la historia como el militar más carnicero de todos los tiempos -y muy merecidamente-, pero deja que sea la historia quien lo juzgue. Abandona esta locura, amigo mío. Te está destruyendo. Ya te ha metido en calamitosas estrecheces económicas, y antes de que salgas de ellas... - Bancroft se

interrumpió en seco y soltó un suspiro de cansancio-. ¡Lo mismo da hablar con la pared que con un espinoso, testarudo y obstinado escocés! Sírveme otra jarra. La necesito desesperadamente.

Con la aguja inmóvil y las medias de aquel hombre caídas sobre el regazo, escuché el sonido de las jarras al chocar y el vino que salpicaba. Aquella noche me estaba enterando de un montón de cosas sobre mi escocés, cosas que explicaban gran parte de lo que me había tenido perpleja. La vela parpadeaba en el candelabro, la llama amarilla anaranjada bailaba alocadamente y arrojaba ágiles sombras sobre las paredes. Cam Gordon se paseaba de un lado al otro de la habitación, yo podía oír perfectamente aquellos pasos intranquilos, y Richard Bancroft volvió a suspirar y se oyó el crujido de la levita de terciopelo al cambiar él de postura en el sillón.

-Pero aún no has contestado a mi pregunta -le dijo Gordon-. ¿Qué voy a hacer, Dick?

-Tal como yo lo veo, tienes tres elecciones.

- ¿Cuáles?

- La primera es que termines ese puñetero libro que estás escribiendo; terminarlo lo antes posible y luego escribir otro con la misma rapidez. Sheppard es un avaro hijo de puta, pero con gusto soltaría una considerable cantidad de pasta si tuviera en la mano un libro de Roderick Cane y la certeza de que había otro en camino.

- ¿Y la segunda elección?

- Puedes olvidarte de todo lo relacionado con el oficio de escribir y casarte con lady Evelyn Greenwood. Esa dama estaría encantada de mantenerte rodeado de lujos durante el resto de tu vida, ya lo sabes. Siente por ti una terrible pasión... aunque no comprendo por qué... resulta que es una de las viudas más ricas de Londres.

-Evelyn Greenwood no quiere un marido. Quiere un perrito faldero escocés que la entretenga durante el día y le dé calor por las noches.

- Pero es terriblemente atractiva - comentó Bancroft perezosamente-. Un poco madura quizás, un poco trabajada, pero no conozco a ningún hombre al que no le gustase poner las botas bajo la cama de esa hermosa dama. Cuéntame, Cam, ¿es tan buena como dicen?

-Es buena -repuso Gordón. No había ningún matiz especial en la voz.

- ¡Y además es tan rica Ahí tienes la solución, hombre.

- ¿Cuál es la tercera elección?

-Siempre puedes abrirte la garganta.

- ¡Eres una gran ayuda, Bancroft!

- Lo intento, amigo mío, lo intento.

Después de que Bancroft se marchara aquella noche, Cam Gordon volvió a la mesa en la que escribía y estuvo trabajando hasta el alba. Trabajó sin parar durante los tres días siguientes, interrumpiendo la labor sólo para lavarse, afeitarse y dedicar unas pocas horas al sueño. Comía muy poco. Dejaba sin tocar la mayor parte de la comida que yo le llevaba en una bandeja, pero consumía una taza de café tras otra, como si nunca tuviera bastante. Apenas se percataba de mi presencia, yo me daba cuenta de que se hallaba en otro mundo. El piso, mis movimientos, el ruido que subía del patio, las campanas de la iglesia de St. Clement Dane... parecía que todo Londres hubiera dejado de existir para él, y que nada fuera real excepto el mundo violento que estaba creando sobre el papel.

Librodot

El cuarto día, poco después de mediodía, Gordon extendió la mano para coger otra hoja de papel en blanco, mojó la pluma en el tintero, garabateó dos párrafos y luego dejó escapar un gran suspiro de alivio. Escribió apresurada-mente una palabra más -la palabra "FIN"- debajo de dichos párrafos y luego levantó la lechuza. Colocó la hoja sobre la ahora enorme pila de las que ya estaban acaba-das. Se puso en pie. Parecía estar sumido en el estupor. Se le veía débil, tan exhausto que apenas podía sostenerse en pie, y tenía el rostro terriblemente cansado y con profundas ojeras. También estaba muy pálido... el cutis presentaba el mismo color blanco que la cera; la espesa onda de pelo le caía al bies cruzándole la amplia frente. Echó una ojeada en torno suyo por toda la habitación, como si no la hubiera visto nunca hasta entonces, y me miró como si yo fuese una extraña para él.

- Parecéis enfermo - le dije.

- Sólo... sólo estoy cansado. - Tenía la voz muy ronca, apenas se le oía.

-No habéis comido nada. Voy a traeros un poco de sopa caliente y os la vais a comer toda, y luego os marcharéis a dormir. Trabajar sin descanso durante cuatro días... eso no puede ser bueno.

- No... no quiero dormir. Tengo que llevarle el manuscrito a Sheppard.

-Vos no salís en este estado. No conseguiríais llegar ni al final de las escaleras; os caeríais y os romperíais el puñetero cuello. Yo le llevaré el manuscrito al editor y a la vuelta pasaré por el restaurante de abajo para compraros un poco de sopa.

Gordon se quedó mirándome, haciendo esfuerzos por ponerse serio.

- Yo soy quien da las órdenes aquí, muchacha.

-No, hoy no.

Cam Gordon no discutió. Estaba aturdido, no era él en absoluto. Le conduje al dormitorio. Se sentó en la cama. Le pregunté dónde estaba la empresa "Thomas Sheppard & Co.", y él me lo dijo. Le dejé en el dormitorio, subí a la buhardilla, me lavé la cara, me cepillé el pelo y me puse la combinación de seda y el vestido estampado de muselina. Envolví el manuscrito en papel marrón y lo até con un cordel; luego volví a entrar en el dormitorio. Gordon estaba tendido cuan largo era en la cama, profundamente dormido ya. Apretando el manuscrito con mucha fuerza y totalmente consciente de lo valioso que era, salí del número diez y me dirigí a la calle Fleet sintiéndome muy importante y formal.

La calle Fleet era tan emocionante como yo la recordaba de aquella vez que la vislumbrara a través de la ventanilla del carruaje. Desarrapados muchachos que vendían periódicos agitaban en el aire los pliegos de papel y pregonaban el "escándalo de Surrey" y el más reciente y "horrible crimen". Los periodistas abarrotaban las aceras, yendo a toda prisa de un lado a otro e intercambiando sin aliento algunas noticias mientras se cruzaban por la calle como flechas. Los libreros ordenaban las mercancías en el escaparate, y algunos caballeros cultos y locuaces salían de los cafés discutiendo enérgicamente. El torrente de palabras fluía con gran animación, la calle entera se hallaba cargada de un ambiente tenso y apresurado que resultaba maravillosamente estimulante. Era un negocio divertido, aquél de fabricar palabras, y yo sentía que casi formaba parte de él mientras avanzaba a toda prisa, como los demás, llevando un libro que, en cuanto estuviese impreso, sería leído por cientos y cientos de personas.

"Thomas Sheppard & Co." se hallaba en la calle Fleet, a sólo cuatro travesías de Holywell; un breve paseo. De ladrillo marrón y embutida entre

una imprenta que presentaba un color tostado y una papelería de ladrillo pardo, tenía en la fachada ventanas de vidrios laminados con el nombre de la firma cruzándolos en letras de oro. Una campanilla repiqueteó descaradamente cuando crucé el umbral. La parte delantera era como una librería, pues había estantes llenos de libros maravillosamente nuevos; se notaba también un glorioso olor a cuero, a tinta fresca y a cola que impregnaba la atmósfera. Un dependiente vestido de negro se apresuró a atenderme. Le dije que quería ver al señor Thomas Sheppard para un asunto muy importante. Dudó. Poniendo mi más altanera expresión, le dije que yo era la señorita Miranda James, la ayudante de Cameron Gordon, y que haría mejor en apresurarse a mover el culo si no quería perder su puñetero empleo. Pareció anonadado. Titubeó durante un momento, franqueó a toda prisa una puerta en forma de arco y regresó pocos instantes después para conducirme hasta uno de los despachos que había en la parte de atrás.

Era impresionante, la habitación más imponente en la que yo había estado nunca. Cortinas de terciopelo verde oscuro colgaban delante de las ventanas, y las paredes estaban cubiertas de unos resplandecientes paneles de rica madera dorada. La tapicería de los sillones era de cuero marrón y le invitaban a uno a sentarse, y grandes alfombras de elegantes dibujos se extendían sobre el suelo de parqué. El escritorio del señor Thomas Sheppard era tan grande como una casa, la superficie de caoba lisa como un lago, y el tintero de plata y ónice lanzaba brillantes destellos a causa de un rayo de sol que se reflejaba en él. Las estanterías situadas detrás del escritorio contenían bellos volúmenes encuadernados en piel marrón y dorada. Me dieron ganas de tocarlos. ¡Caramba! Figúrense, la duquesa Randy en una estancia como aquélla.

El señor Thomas Sheppard se hallaba sentado tras el escritorio; era un hombre pequeñito, seco como una pasa, y cuando se puso en pie me di cuenta de que era bastante más bajo que yo. No era de extrañar que no lo hubiese visto al entrar. Tenía el pelo ralo y salpicado de mechones grises, y la piel parecía un pergamino viejo. Los grandes ojos azules parpadeaban afablemente detrás de unos anteojos de montura de oro. Hizo una reverencia de lo más formal y, a pesar de ser muy bajito, me pareció extremadamente pulcro con aquella levita marrón de magnifico corte y una corbata de seda verde.

-¿La señorita James? -me preguntó.

Asentí, altanera e imponente, dispuesta a no dejarme intimidar. El editor dio la vuelta alrededor del escritorio para estrecharme la mano. Yo me comporté como si me hubiese pasado la vida haciendo aquello. El señor Sheppard me indicó con un gesto uno de los grandes sillones de cuero y me pidió que me sentara. Yo hice un movimiento negativo con la cabeza. Aquellos amistosos ojos me examinaron con considerable aprecio las finas ropas y el pelo, que yo llevaba muy brillante y cepillado.

-No sabía que Cam tuviera un ayudante -me dijo-. Debo decir que le envidio por tener a alguien tan joven y atractiva. ¿En qué puedo servirla, señorita James?

- Le traigo el nuevo libro.

Sheppard parpadeó. El sonido de mi voz pareció desconcertarle un poco. Yo no me explicaba por qué.

- Eh... ¿Quiere decir que me trae usted el próximo libro de Roderick Cane?

-Aquí lo tengo -le dije-, y es el mejor de todos Ha trabajado noche y día para terminarlo a fin de que vos podáis hacer que lo impriman, vender cientos de ejemplares y ganar con él una puñetera fortuna.

- Los libros de Cam tienen mucho éxito admitió Son con gran diferencia los que tienen más éxito de todos los que publicamos.

- Y él mientras tanto prácticamente se muere de hambre -le solté yo.

-¡Oh!

- No hay derecho; él se esfuerza mucho trabajando y -ese señor Beaumont le amenaza con mandarlo a la cárcel por las deudas que tiene con ustedes, Se llevó un gran disgusto, ya lo creo; y mientras tanto hay mucha gente esperando a que salga el nuevo libro de Roderick Cane. Es un milagro que haya podido llegar a terminarlo.

- Yo... pues... no sabía que Beaumont fuese tan severo -dijo Sheppard.

- Se portó como un auténtico cabrito, de veras. "Sheppard & Company" saca una puñetera fortuna con sus libros y a cambio lo trata como si fuese un criminal porque se retrasa unas cuantas semanas.

- Hablaré con Beaumont - me aseguró Sheppard. Los ojos grises parpadeaban ahora tras aquellos anteojos de montura de oro, y una ligera sonrisa asomó a los labios del editor. Yo le caía bien, eso resultaba evidente, y él también me caía bien a mí. No se parecía en absoluto a aquel cursi de Beaumont.

- Aquí tenéis el libro - le dije entregándole el paquete-. Ya ha empezado el próximo - mentí -. Lo empezó anoche y quiere un anticipo de doscientas cincuenta libras.

Sheppard volvió a quedarse desconcertado y abrió los ojos de par en par.

- ¡ Doscientas cincuenta libras! Nunca adelantamos una cantidad así.

- Tiene que comprar papel - dije con aires de suficiencia-. También tiene que comprar tinta, pagar el alquiler, comprar comida; y además necesita ropa nueva. No puede trabajar bien si está preocupado por ese tipo de cosas.

Sheppard no replicó. Parecía preocupado, y no por el bienestar de su más famoso escritor.

- Ese libro que tiene usted en las manos le va a dar un buen montón de dinero, ¿no es así? -le pregunté con viveza.

- Pues... supongo que dará lo suficiente como para saldar la deuda que Cam tiene con nosotros. Si se vende como el último, seguro que será así.

-Y el siguiente también se venderá del mismo modo, ¿no? Su parte de los beneficios será mucho más de doscientas cincuenta libras.

-Sin duda. Bastante más.

-¿Entonces? dije yo.

Sheppard vaciló, me miró con ojos dubitativos y luego, al cabo de un momento, se puso a sonreír de nuevo. Yo mantuve una actitud testaruda, decidida a seguir discutiendo en el caso de que fuera necesario. No hizo falta. El editor movió la cabeza a ambos lados, soltó una risita, depositó el paquete sobre el escritorio y luego me cogió una mano entre las suyas y me la apretó cariñosamente.

- No tengo ni idea de dónde la habrá encontrado a usted Cam -dijo-, pero espero que sea consciente de que ha encontrado un tesoro. Le daré esas doscientas cincuenta libras. Las tendrá antes de que acabe la semana. Sabe usted regatear extremadamente bien, señorita James.

-Alguien tiene que velar por él -dije yo.

El propio Thomas Sheppard me acompañó por el pasillo hasta la puerta de la calle. Seguía sonriendo, encantado con nuestro encuentro, y, por alguna razón, extrañamente divertido. Me dije que aquellos tipos de las editoriales no eran tan duros de pelar. Sólo hacía falta saber manejarlos. La campanilla repiqueteó cuando el propietario de "Thomas Sheppard & Co." me abrió la puerta para dejarme pasar. Me estrechó la mano y me dijo que esperaba de veras volver a verme. Todo lo fría y digna que fui capaz de aparentar, le dije que me encantaría. Cualquiera habría pensado que yo pertenecía a la maldita burguesía.

-Y no os olvidéis de su dinero -le advertí.

-No me olvidaré de esta... eh... notabilísima entrevista ni un solo instante, señorita James.

-Bien. Entonces adiós.

Sheppard todavía seguía sonriendo cuando yo traspasé la puerta.

Casi me pongo a bailar en la calle Fleet. El puñetero escocés iba a llevarse una buena sorpresa cuando recibiera aquellas doscientas cincuenta libras. Y se pondría contento. Hasta puede que me diera las gracias, que empezara a advertir mi presencia y a tratarme como un ser humano. Era un poco tonto, ya lo sé, pero realmente estaba empezando a... a gustarme trabajar para él. Cada mañana esperaba con ilusión el momento de verle, siempre estaba deseosa de servirle y de hacer que estuviera cómodo, y cuando me miraba con aquellos duros ojos azules me invadía por dentro una extraña sensación, una sensación que yo no llegaba a comprender del todo. En cierto modo me asustaba, en cierto modo me resultaba emocionante y en cierto modo agradable. Mucho mejor que cualquier cosa de la que yo hubiese oído hablar. Mejor que todo.

7

Al día siguiente, bien pasado el mediodía, cuando por fin Cam Gordon se despertó, no le quedaba el menor recuerdo de lo que había sucedido entre nosotros después de que él, el día anterior, garabateara aquella última palabra en el papel. Una vez se hubo lavado, afeitado, vestido, y tras dar buena cuenta de la abundante comida que le llevé, entró lentamente y con paso majestuoso en la habitación delantera para examinar el manuscrito antes de llevárselo al editor. Al encontrarse con que había desaparecido, se puso muy pálido. Yo le expliqué alegremente lo que había pasado. Horrorizado, se negó en redondo a creer que él hubiese podido hacer algo tan descabellado y, convencido de que yo me habría metido en algún enredo diabólico, me agarró por los hombros, me sacudió con saña y me interrogó con voz salvaje y temblorosa.

Protesté y me declaré inocente. Le aseguré que le había entregado el libro a Thomas Sheppard en persona y que él, Cam Gordon, me había dado la dirección del editor. Me apartó de sí de un empujón tan fuerte que me tambaleé y me desplomé en el sofá. Salió del piso como alma que lleva el diablo y bajó las escaleras produciendo un ruido espantoso. Yo tenía la parte superior de los brazos, allí donde él me había apretado, muy dolorida. Aún notaba poco firmes la cabeza y el cuello. Me había hecho un arañazo en la parte posterior de la pierna al caer contra el borde del sofá. ¡Maldito salvaje! Una intentaba ser buena, ser útil, y ¿qué es lo que conseguía? Gritos, zarandeos y los brazos doloridos. Confiaba en que a aquel maldito cabrón le atropellase un carruaje; o, aún mejor, uno de aquellos pesados carros que transportaban cerveza. Eso arreglaría al muy bruto.

Cuando regresó dos horas más tarde el humor le había cambiado por completo. Sereno y seguro de sí mismo, entró con paso tranquilo en la cocina, donde yo estaba fregando los malditos platos, y me informó con voz indiferente de que me debía una disculpa. Con la cara tiznada de carbón, pues acababa de subir un cubo, el pelo húmedo y caído sobre la frente y los brazos metidos hasta el codo en el agua caliente y jabonosa, lo ignoré resueltamente y actué como si él no estuviese allí. Fregué un plato, lo sumergí en un segundo barreño de agua caliente para aclararlo, lo dejé a un lado para que se secara y luego me puse a hacer lo mismo con una taza, concentrando toda mi atención en el trabajo.

- No hace falta que te pongas de tan mal humor, muchacha -me dijo.

- ¡Da la casualidad de que soy un ser humano! -le espeté al instante-. Tengo un nombre. Me llamo Miranda. ¡No... no me llamo “muchacha”!

Gordon alzó una ceja.

- ¡Oh! Te ruego que me perdones.

- ¡ Sacudirme de aquella manera! ¡ Gritarme como lo hicisteis! La cabeza todavía no se me ha puesto en su sitio. ¡Me van a salir cardenales en los dos brazos de los apretones tan fuertes que me disteis!

- En el trasero es donde te van a salir cardenales si continúas hablándome en ese tono.

- ¡Adelante! ¡Amenazadme! Yo soy más pequeña que vos y también más débil. ¡ Podéis permitiros hacer el matón conmigo, so bestia!

- Bancroft está en lo cierto. Vaya una lengua que tienes.

- ¡No os tengo miedo, Cam Gordon!

Una remota y débil insinuación de sonrisa le asomó a los labios.

- ¿Ah, no? -me dijo-. ¿En qué me habré equivocado?

Le volví la espalda, metí de nuevo los brazos en el agua jabonosa, cogí una cacerola grasienta y me puse a frotarla con brío. Notaba la presencia de Cam Gordon detrás de mi, bajo el marco de la puerta, notaba que me miraba con ojos pensativos. ¿Por qué no se marcharía de una vez? ¡Escoceses! ¡Todos eran unos fanfarrones, un hatajo de fanfarrones! Aclaré la olla y comencé a frotar una sartén; luego cuando acabé de fregar todos los platos, me limpié las manos, cogí un trapo limpio y me puse a secar la vajilla.

- A Sheppard lo dejaste verdaderamente impresionado -me comentó Gordon.

Yo no le oía. El no estaba allí.

- Dijo que eras extremadamente persuasiva y, debo decirlo, me quedé muy sorprendido al enterarme de que iba a ser doscientas cincuenta libras más rico. Nunca me habían dado un adelanto tan generoso. Si no dejas ese

maldito trapo y me escuchas - continuó -, te digo en serio que te cogeré por la garganta y apretaré hasta ahogarte.

El tono de voz no le había cambiado en absoluto. Era tranquilo y razonable, sonaba casi amable. Tiré el trapo y, dándome la vuelta en redondo, lo miré con ojos que echaban chispas.

- ¿Y quién os va a hacer entonces todos estos malditos trabajos?

- En eso tienes razón - admitió-. Quizás no deba apretar hasta ahogarte. Puede que sea preferible hacerlo sólo hasta que pierdas el sentido. El cuello te estaría doliendo una temporada y se te pondría la voz ronca, pero aun así podrías cumplir con todas tus obligaciones.

La voz seca, la actitud distante; me miraba con aquellos tranquilos e indiferentes ojos azules, y de nuevo una insinuación de sonrisa le afloró a los labios. Me estaba tomando el pelo. ¡El muy cabrón me estaba tomando el pelo! Apenas podía creerlo. Adopté una expresión irritada, me aparté unos rizos húmedos de la frente y seguí secando platos.

- Me felicitó por tener una ayudante tan notable - continuó diciéndome Gordon.

-¿Ah, si?

- Naturalmente, me quedé muy sorprendido. Te debo una disculpa, Miranda.

-Y tanto que sí.

- No hace falta que te pongas tan cortante por eso. Estoy intentando comportarme correctamente.

-Y no os resulta fácil, ¿verdad?

- Escucha, maldita sea...

- Adelante, gritad me otra vez.

- ¡Mujeres!

Dio media vuelta y salió como un trueno; sonreí para mis adentros, curiosamente encantada de aquel intercambio de impresiones. Se marchó poco después y no regresó hasta muy tarde, hasta mucho después de que yo me hubiese retirado a la buhardilla.

Los días que siguieron estuvo de un humor extremadamente hosco, muy melancólico, y no hacia más que mirar al vacío o leer alguno de aquellos espeluznantes libros siempre con el ceño fruncido y garabateando notas. Yo llevaba a cabo mis tareas procurando hacer el menor ruido posible, y él parecía no darse cuenta de mi presencia. Igual que si yo fuera invisible. Al quinto día, después de mirar melancólico durante largo rato a la pared, cerró de repente el libro que tenía en el regazo, se acercó resueltamente a la mesa donde escribía y empezó a garabatear con furia y a llenar hoja tras hoja de aquellos indescifrables trazos.

La nueva novela de Roderick Cane parecía cobrar vida con notable facilidad, advertí cuatro días después. Aquella tarde Gordon se había ido temprano, era la primera vez que salía desde que comenzara el libro, y yo me acababa de hacer una taza de té. Mientras sorbía el líquido cogí el montón de hojas 'acabadas y me puse a examinarlas. El héroe al parecer era alguien llamado Burke, James Burke - conseguí averiguarlo mirando atentamente lo escrito con los ojos entrecerrados-, un hombre que se había visto despojado de su herencia por un malvado tío suyo, lo que le empujó a emprender una vida de crímenes y a convertir-se en un notorio personaje de los bajos fondos; alguien muy parecido a Black Jack Stewart, sólo que Burke era alto y apuesto y las mujeres siempre intentaban seducirlo. Burke no les hacia

caso, las trataba con una rudeza que resultaba chocante, no le interesaba nada más que hacer fortuna y conseguir vengarse de su tío y de sus cuatro primos.

El té se me había quedado frío. Dejé la taza sin soltar la última página y, asombrada, me di cuenta de que había sido capaz de entender aquella letra. Al principio me había costado mucho trabajo, había tenido que esforzar mucho la vista y fruncir el ceño, pero luego, sin que apenas me diera cuenta, aquellos locos trazos negros habían comenzado a tener sentido, y poco a poco habían ido cobrando forma hasta convertirse en letras y palabras reconocibles. Absorta en el relato, había seguido leyendo olvidándome por completo del papel, de los garabatos y del té. Era un puñetero milagro, eso es lo que era. Aquellos rasgos diminutos y apretados tenían ahora significado, y leerlos era tan fácil como coser y cantar. Cogí la taza de té, muy satisfecha de mí misma. Era emocionante leer un libro que aún estaba en proceso de creación, antes de que nadie más tuviera ocasión de leerlo, y tuve que admitir que aquel nuevo Roderick Cane era verdaderamente emocionante, aunque hubiese algún detalle acerca de los peristas que era erróneo. Me estaba preguntando si debía decírselo... y entonces sucedió.

Me volví para llevar la taza a la cocina. Pisé el borde de la alfombra. Resbalé, me tambaleé hacia atrás contra la mesa y la taza se me escapó de la mano; grandes chorros de té frío de color caoba corrieron por el montón de hojas, seguidos por unas cuantas hojas de té empapadas. Durante un momento me quedé paralizada a causa del horror; +luego me recogí la falda y empecé a secar las páginas antes de que la tinta se corriera demasiado. Diez minutos después tenía todas las hojas separadas y esparcidas por la mesa, fláccidas, manchadas, apenas legibles.

Me pregunté cómo reaccionaría él. ¿Me tiraría por la ventana para que me matase al estrellarme contra el suelo? ¿Me estrangularía? ¿Me asfixiaría con una almohada? Lo más probable era que agarrara el atizador y me matara a golpes. “Corre, Randy. Sal huyendo para salvar el pellejo. Escápate ahora que puedes hacerlo. No te conviene volver a St. Giles mientras Black Jack Stewart esté acechando por ahí, pero Londres es una ciudad muy grande y puedes perderte en ella y volver a tu antigua profesión.”

El pánico fue cediendo poco a poco. Las hojas empezaron a secarse, arrugándose por completo, llenas de grises manchas borrosas en los lugares donde se había corrido la tinta y de otras anaranjadas producidas por el té. Las acerqué al fuego de dos en dos y las sostuve hasta que estuvieron secas por completo, y cuando acabé con todas las apilé de nuevo por orden en un montón que resultaba arrugado y desigual. Limpié la mesa y lo ordené todo; luego me senté en la silla del escocés y cogí el tintero, una pluma y una hoja de papel en blanco. Coloqué la primera página del manuscrito junto a la hoja limpia, y temblorosa, con los nervios hechos pedazos, mojé la pluma en el tintero.

Una espesa neblina pareció llenarme la mente arrojando fuera de ella cualquier otra cosa. Una curiosa luz dorada penetraba gradualmente en aquella neblina, y vi a una niñita, ataviada con vestido rosa y un mandil de muselina blanco, cuyos largos tirabuzones de color castaño se estremecían cuando ella se volvía para mirar a una mujer encantadora que se parecía mucho a como yo era ahora, aunque tenía los ojos grises en vez de azules y el pelo más castaño que yo. Era mi mamá; y estábamos en una habitación

Librodot

con papel azul en las paredes; el sol entraba a raudales por la ventana. Yo estaba impaciente por coger unas cortezas de pan y echárselas a los patos, o por irme con mis amigas, pero primero debía hacer los ejercicios de caligrafía, tenía que copiar dos páginas enteras del libro que yacía abierto sobre el escritorio. Mi mamá lo supervisaba:

"No, no, cariño, así no. Vuelve a empezar. Cada letra tiene que ser clara y elegante. La caligrafía de una dama es una cuestión de belleza..." Yo suspiraba con exasperación y volvía a empezar. Luego la neblina se formó de nuevo mientras la escena se difuminaba con ella.

Empecé a copiar la primera página. Me temblaba la mano. La tinta salpicaba el papel y formaba borrones negros por toda su superficie. Empecé de nuevo y tracé cada letra poniendo gran cuidado en ello y uniéndola suavemente con la siguiente; poco a poco fui cogiéndole el truco. ¿Cuánto tiempo hacía que yo no escribía? No me acordaba. Debían de haber pasado muchos años, pero escribir es algo que nunca se olvida.

Cuando terminé la primera hoja la examiné atentamente. Una letra clara, muy clara, y además elegante, casi hermosa, sólo que un poco temblorosa porque yo había pasado muchos nervios. Volví a copiar aquella página y esta vez resultó una cosa bonita de verdad. Maravillosamente complacida conmigo misma, cogí otra hoja en blanco y la segunda del manuscrito. El sol de la tarde se fue ocultando mientras yo trabajaba. Me levanté para echarle al fuego una palada de carbón y otro leño. Encendí las velas. La espalda me dolía un poco y tenía la mano izquierda rígida, acalambrada. Flexioné los dedos, volví a sentarme y continué trabajando, y antes de que me diera cuenta las velas se habían consumido y tuve que ir a procurarme otras nuevas. El viejo reloj de bronce que había en la repisa de la chimenea hacía tic-tac perezosamente. Eran más de las diez. El fuego se había consumido, las brasas rojizas brillaban, la leña se desmoronaba en pavesas, y por la claraboya se veía una extensión negra, muy negra, ligeramente salpicada de estrellas. Tenía la espalda como si alguien me hubiera estado clavando cuchillos en ella, y parecía que la mano se me fuera a desprender de la muñeca de un momento a otro. Pero ya me quedaban pocas páginas por copiar. Me moría de ganas de comer algo o al menos de beber una taza de té, pero no me atrevía a malgastar el tiempo necesario para ir a buscarlo a la cocina.

Me faltaban dos hojas por copiar cuando se abrió la puerta y entró Cam Gordon. Yo me volví, sin levantarme, y lo miré con expresión de culpabilidad. La pluma todavía reposaba sobre la hoja. Gordon llevaba calzas negras, levita y una preciosa corbata azul sólo un tono más oscura que los ojos. Tenía la cara ojerosa, pálida, el mechón negro caído sobre el lado derecho de la frente. Cerró la puerta, me miró a su vez, y yo me puse a temblar hasta que al fin los nervios me estallaron y las lágrimas me desbordaron.

- ¿Puedo preguntarte que estás haciendo? - inquirió.

-Yo... yo...

Entonces empecé a sollozar y a derramar lágrimas; de algún modo, sin dejar de llorar en todo el tiempo, conseguí explicarle lo que había sucedido. Las lágrimas me cegaban, me corrían por las mejillas, y él seguía allí plantado como una estatua, frío como el hielo, inmóvil, con el rostro inexpresivo. Le dije que podía matarme si quería, que no me importaba, que aquello había sido un accidente y que él era un ser horrible, frío y cruel; le indiqué que yo hacia todo lo que podía por agradarle, pero que para él yo

sólo era una puñetera máquina, no un ser humano con sentimientos. Cruzó la habitación con paso enérgico, me levantó del sillón y me abrazó, haciéndome apoyar el rostro en su hombro y estrechándome entre los brazos.

- Tranquilízate - me dijo-. Tranquilízate.

- ¡No puedo! Fue sin querer... fue sin...

- Calla - me ordenó.

Continué sollozando y temblando, y luego, cuando parecía que ya no podría llorar más sin romperme en pedazos, me recorrió un estremecimiento y me quedé inmóvil entre sus brazos; me hice dolorosamente consciente de aquel cuerpo alto y duro, de aquellos brazos que me estrechaban con tanta fuerza, de aquel maravilloso olor acre, mezcla de sudor, seda, cuero y tabaco. Experimentaba una sensación completamente nueva. Me sentí débil y supe que me derrumbaría en el suelo si él no me sujetaba. Contuve la respiración. Yo tenía la mejilla apoyada en su pecho, justo por debajo del hombro, notaba el paño áspero contra mi piel; eché la cabeza hacia atrás y lo miré.

-Tienes los ojos hinchados -me dijo él.

- Lo siento.

-Y la cara sucia.

Me limpié la mejilla con los dedos. Gordon seguía abrazándome con fuerza. Yo apenas podía respirar. Tampoco deseaba hacerlo. Quería seguir experimentando aquella mágica sensación que llenaba por completo todo mi ser, un dolor extraño y maravilloso que era como una música silenciosa que me latía en las venas. No llegaba a comprenderlo bien, pero no quería que se terminase. Tenía algo que ver con aquel cuerpo, con aquellos brazos, con el olor y la cara, atractiva y dura, que estaba sólo a unos pocos centímetros de la mía. Fruncí el ceño, turbada. Luego Cam Gordon me soltó y dio un paso atrás frunciendo también el ceño a su vez.

-No soy un monstruo, Miranda.

-Sí, lo sois. Sois horrible, horrible.

- ¿Pensaste en serio que te mataría sólo porque derramaste el té en el manuscrito?

- Estaba convencida de que lo intentaríais.

- ¿Cómo ocurrió?

-Yo... estaba leyéndolo y me quedé embebida en la historia, y entonces... entonces sencillamente sucedió. Me... me asusté. Sabía que tenía que hacer algo... intenté copiarlo todo entero. Todavía me faltan dos páginas...

Cam Gordon cogió una de las hojas recién copiadas y la examinó atentamente sin que en el rostro se le reflejara emoción alguna. Lo mismo habría podido ser una máscara, una máscara aguda, enjuta y curiosamente hermosa.

- ¿Tú has hecho esto? - inquirió sin apartar los ojos de la página.

-Yo... intenté que quedara lo más limpio posible. No soy perfecta, ya lo sé, pero al menos se puede leer.

-Tienes muy buena mano.

- La letra tampoco está mal.

- Supongo que ya sabes que Sheppard tiene en nómina a un empleado cuyo único trabajo consiste en descifrar mi letra y hacer una copia legible

para la imprenta. El sueldo de ese hombre se deduce de mis beneficios. Y desde hoy se ha quedado sin empleo.

-¿Qué queréis decir?

- Quiero decir que acabas de convertirte en mi copista.

-¿Esperáis que copie todo lo que escribís? -exclamé-. ¿Esperáis que haga esto y todo lo demás? ¡Es un trabajo puñeteramente duro, vaya silo es! La mano está a punto de caérseme. Tengo la espalda destrozada, y me bailan puntitos delante de los ojos a causa del esfuerzo que he tenido que hacer para leer esos malditos trazos. ¡No lo haré! Yo soy la que tiene que subir los cubos de agua por todos esos puñeteros escalones, vaciar los desperdicios, subir el carbón, encender los fuegos, y haceros la comida. Limpio el piso, friego los suelos, lavo las ventanas, os zurzo las medias y os limpio las condenadas botas, pero si creéis...

-Lo harás -me indicó.

- ¡Y un cuerno, lo haré!

La tarde siguiente empecé a copiar con esmero todo lo que él había escrito durante el día, y cuando regresó aquella noche le mostré mi obra con orgullo. Tenía una ortografía espantosa, le dije, hollín se escribe con “h”, las palabras más corrientes le juegan a uno malas pasadas de continuo; Gordon se puso de mal humor y me preguntó dónde había aprendido yo ortografía, y le dije que era algo que poseía de forma natural, quizás porque leía mucho. A unas personas se les da bien la ortografía y a otras las sumas, las restas, y todas esas cosas. A milos números me abruman, pero para la ortografía estaba realmente muy bien dotada.

- ¡ El paso siguiente será que me escribas tú esos malditos libros! -predijo.

- De momento, no -repliqué yo-. Todavía no tengo la maña necesaria, pero seguramente la adquiriré si estudio lo suficiente. Ya estoy empezando a comprender cómo lo hacéis vos. Planteáis primero los personajes, ponéis en marcha la historia y luego...

- ¡Jesús!

-No parece tan difícil -dije con suficiencia.

-Nunca he asesinado a una mujer. He tenido ganas, vive Dios, incluso he estado tentado de hacerlo en más de una ocasión, pero... pero... -Se detuvo en seco y me miró con ojos fulgurantes-. ¡El mero hecho de que aún respires es uno de los mayores milagros de nuestro tiempo!

-Sois terriblemente quisquilloso -le dije-. Aunque supongo que es algo característico en los escritores. Por cierto, cometisteis un error acerca de los peristas. James Burke no les exigiría un tanto a los propietarios de las casas de objetos robados, sería él mismo el propietario y tendría empleados para que las dirigiesen. Esa es la forma como lo hace Black Jack Stewart.

-¡Oh! -Tenía la voz guarnecida de sarcasmo-. Supongo que conocerás personalmente al notorio Stewart.

Moví la cabeza a ambos lados.

- De hecho no lo conozco, pero él sí me conoce a mi, al menos sabe quién soy. Esa es la única razón por la que ahora mismo estoy aquí.

-¿Qué se supone que quieres decir con eso?

Titubeé al darme cuenta de que había hablado demasiado. Cam Gordon esperó; aquellos ojos exigían una respuesta a la pregunta. De mala gana le conté el aterrador encuentro que tuvo lugar la mañana de la ejecución. Le describí el modo en que Black Jack Stewart se me había quedado mirando y

le conté todo lo que Sally me había dicho aquella noche entre las sombras de la iglesia de St. George. Con cautela le confesé que si Stewart no me hubiese estado buscando, yo nunca habría regresado a la calle Holywell. Gordon no demostró reacción ante aquella confesión, puede que ni siquiera la oyera.

- ¿Pensaba raptarte?

-Aún lo haría si pudiera. Probablemente todavía tiene a sus hombres por ahí buscándome. Al fin y al cabo no ha pasado tanto tiempo.

Gordon no dijo nada, pero pareció enojado; aquel familiar fruncimiento de ceño le producía un profundo surco por encima de la nariz.

La tarde siguiente yo ya me había olvidado por completo de aquella conversación. Regresaba caminando despacio a la calle Holywell con los brazos cargados de paquetes. Al advertir que tenía una carrera en la media y que el único vestido de trabajo del que disponía se estaba poniendo un poco sucio, Gordon había fruncido el ceño y había sacado dos billetes de una libra del tarro de jengibre diciéndome que fuera a comprarme ropa nueva. Muy contenta, salí con alas en los pies y pasé dos horas de ensueño gastándome el dinero. No me compré un vestido, sino dos, uno precioso de algodón azul estampado con florecitas de color púrpura y otro también de algodón con el escote redondo y las mangas de vuelo. Me compré igualmente un chal violeta con el borde de seda brillante, una capa de lana de color azul oscuro forrada de seda gris, cuatro pares de medias y unos zapatos preciosos de piel de cabrito con unos tacones de cinco centímetros. Me iban perfectamente.

Había que saber comprar, pensé mientras caminaba sin prisas por la calle con la sonrisa en los labios. Según quien hubiera cogido las dos libras y se habría ido a una tienda a comprarlo todo nuevo, quizás un vestido y puede que una capa pequeña, pero hacer eso era una tontería cuando se pueden conseguir cosas de segunda mano, y buenas además. Regateé furiosamente con la vieja alcahueta que llevaba la tienda de ropa de segunda mano. Quería más dinero por el chal, y más aún por los zapatos. Yo le dije que podía meterse todos sus malditos trapos por donde quisiera y que yo me iba con las dos libras para gastármelas en otra parte. Rápidamente se echó atrás, aunque mientras me envolvía las cosas me aseguró que aquello era un robo.

En cuanto llegara a casa lavaría con mucho esmero todas aquellas prendas, las colgaría en el patio para que se secasen y luego las plancharía con la misma plancha que utilizaba para la ropa de “Su Alteza”. Quedarían igual de bien que si fueran nuevas.

Me había dado una larga caminata hasta la tienda de ropa de segunda mano, y aún me separaba un buen trecho de la calle Holywell, cuando noté aquella extraña sensación en la nuca, una sensación difícil de describir, pero tan fuerte que casi resultaba física. Alguien me estaba mirando. Un agudo instinto desarrollado a base de pasar años en las calles me decía que estaba en lo cierto. Aminoré el paso y entonces noté la sensación en las paletillas. Seguí caminando todavía más despacio y acabé por detenerme delante de un escaparate para admirar una polvorienta colección de jarrones de porcelana y ollas de bronce decoradas. La acera se hallaba atestada de gente, gente que pasaba por detrás mío, y los carruajes circulaban por la calzada con gran estrépito.

Como quien no quiere la cosa, siempre como quien no quiere la cosa, me di la vuelta y miré hacia atrás en la misma dirección en que había venido, tratando de divisar a quienquiera que fuese que había estado

Librodot

midiéndome con la vista. No habían sido aquellas comadres bulliciosas con los cestos llenos de verdura. Ni aquel caballero de cara colorada con el sombrero ladeado, sonrisa de borrachín y mejillas sonrojadas. Ni el organillero italiano que tenía un mono flaco ataviado de modo escandaloso. Debía de haber medio centenar de personas que iban y venían de un lado para otro, caminando con resolución, o salían de las tiendas. No había nadie a la vista que tuviera aspecto sospechoso. A lo mejor me lo había imaginado. No, no. Randy la de St. Giles tenía instintos felinos. No era una remilgada ni una asustadiza con los nervios de punta. Alguien me había estado observando, eso era seguro, y probablemente me hubiese estado siguiendo; incluso podía ser que llevase mucho rato haciéndolo. Continué escrutando la calle con mirada aguda.

¡Allí! Aquel tipo grande con el justillo de cuero oscuro que holgazaneaba con una indolencia un poco exagerada delante de la carnicería; estaba apoyado en la pared con el hombro derecho, y tenía los brazos cruzados y la cara vuelta en dirección opuesta a mí. No podía verle la cara, sólo la parte posterior de la cabeza. Tenía el cabello espeso y lanudo, del color de la miel oscura, y medía por lo menos un metro noventa, con espaldas anchas y piernas poderosas enfundadas en unas calzas marrones muy ajustadas. Mientras yo lo miraba, un robusto caballero con una levita de satén azul claro y peluca empolvada pasó por delante de la carnicería. Aquel bestia rubio se puso derecho, se tropezó con el caballero y estuvo a punto de hacerle caer. El caballero masculló una maldición, se colocó bien la peluca y siguió avanzando en mi dirección. El rubio se metió un reluciente reloj de oro con una gruesa cadena en el bolsillo del justillo y se alejó a grandes zancadas siempre de espaldas a mí. No llegué a verle bien el rostro, pero ya no importaba. Lo más probable era que aquel tipo me hubiese visto cargada con todos los paquetes y hubiera pensado que yo podía ser una víctima fácil; me habría estado siguiendo un rato y luego habría decidido que seguramente el caballero vestido de azul claro tendría mejores cosas que robar.

Me quité el incidente de la cabeza y regresé a toda prisa a la calle Holywell. Me encontré a Cam Gordon trabajando aún afanosamente. No me dio tiempo a lavarme la ropa nueva. Tuve que hacerle una taza de café, buscarle determinado libro, atizar el fuego y traer más carbón, acercarme a la tienda que vendía queso y mantequilla para comprar un buen pedazo de cheddar, elegir una gruesa ristra de salchichas jugosas de piel crujiente y llevarle una bandeja con la cena, pues aquel día Gordon no tenía intención de salir. Dejó de trabajar alrededor de las siete, se tomó otra taza de café y, mientras yo copiaba lo que él había escrito, se puso, muy malhumorado, a investigar métodos de tortura de la Italia del Renacimiento que le sirvieran para que Burke los utilizara en el libro.

Lavé la ropa por la mañana temprano, mientras Gordon aún dormía; luego la colgué a secar en una cuerda del bullicioso y transitado patio. Unos niños jugaban ruidosamente a la pelota. Los perros lanzaban agudos ladridos. Las mujeres cotilleaban alegremente junto a la bomba de agua. Era un día soleado, frío y despejado, y hacia mediodía las prendas ya estaban secas. Calenté la plancha sobre el fuego y, lenta y cuidadosamente, planché todas y cada una de aquellas prendas. Imagínense, yo dueña de cuatro vestidos, dos pares de zapatos, una capa forrada de seda y además un chal, también de seda. Era la gloria, eso es lo que era. Que quedaba casi oculta

Librodot

por el hecho de tener que tratar con un escocés temperamental y poco amistoso que se pasaba todo el tiempo con el ceño fruncido y garabateando sangrientos relatos sobre venganzas. Cuando estaba guardando la ropa en mi pulcra buhardilla, se me ocurrió de repente que por primera vez desde que mi memoria alcanzaba a recordar, me sentía feliz, realmente feliz.

A las cuatro Gordon seguía trabajando con furia, y yo me puse a hacer un estofado. Pedazos de carne de buey y algunas cebollas hervían en el burbujeante caldo de un puchero que estaba en el fuego de la cocina mientras me afanaba pelando patatas y zanahorias. No sabía nada de cocina, siempre que podía salía a comprar los alimentos ya hechos, pero por lo visto cualquiera era capaz de hacer un estofado. Eché las mondas de patata y de zanahoria en una cacerola redonda llena de agua, añadí las verduras troceadas en el burbujeante caldo y fruncí el ceño al oler aquel líquido. Quizás no debería haber puesto dos dientes de ajo, pensé entonces. Aunque podía ser que añadiendo más sal y pimienta el sabor del ajo se amortiguara. Empecé a echar condimentos alegremente sintiéndome cada vez más creativa. “Su Alteza” iba a tener aquel día una sabrosa comida preparada con mis propias manos.

Me asomé a la habitación delantera. El escocés seguía escribiendo aplicadamente, y apretaba los dientes al hacerlo. Me dije que lo más probable era que estuviera matando a alguno de los primos. Llamaron a la puerta. Gordon no hizo caso. Los golpes continuaron. El escocés no los oía. Tras secarme las manos apresuradamente en un paño, crucé corriendo la habitación y abrí la puerta; me quedé mirando, presa de un silencioso asombro, a la alta y encantadora criatura que tenía de pie ante mi. Era varios centímetros más alta que yo, con una figura redondeada y madura que resultaba un poco entrada en carnes, pero innegablemente voluptuosa. Tenía el cabello espeso y lustroso de color dorado, y lo llevaba elaboradamente peinado formando ondas en lo alto y con largos tirabuzones que le colgaban por detrás. El cutis me recordó a los pétalos algo marchitos de una rosa; los ojos de color esmeralda brillaban vivamente.

-¿Y quién podrías ser tú? -me preguntó.

- Pues podría ser Eleanor de Aquitania - repliqué-, sólo que no lo soy. Resulta que soy la ayudante del señor Gordon.

La mujer arqueó una ceja oscura perfectamente dibujada. Tenía la boca grande, de color rojo ciruela y de aspecto ávido, y llevaba un lunar postizo en forma de corazón justo debajo de la comisura derecha. Provocativa. Decididamente provocativa. Olía a violetas, un perfume embriagador y llevaba un vestido de satén a rayas verdes y cremas. El corpiño se le ajustaba como una segunda piel dejándole al descubierto los hombros y la mayor parte del busto, y la falda acampanada formaba volantes festoneados que se abrían poniendo al descubierto unas enaguas de encaje rizado de color crema. Vestía unos largos guantes de terciopelo, un grueso brazalete de esmeraldas y diamantes en una muñeca, y también llevaba relucientes diamantes en los lóbulos de las orejas. Por lo menos tendría treinta y cinco años, puede que incluso estuviera cerca de los cuarenta, pues hacía mucho tiempo que había perdido la lozanía de la juventud aunque desprendiera un poderoso atractivo. Aquellos ojos mundanos y experimentados habían visto muchos techos. Aquel cuerpo lascivo y abundante había corrido mucho mundo.

-¿Quién es? -preguntó Gordon, irritado.

-No lo sé bien -repuse yo.

Sin embargo silo sabía. Aquélla no podía ser otra que la muy comentada lady Evelyn Greenwood, quien, según Bancroft, era tan rica como Creso y sentía un insaciable deseo por mi escocés. La dama me apartó para pasar y se acercó con andares reposados a Gordon, produciendo un crujido de encaje y satén e impregnando el aire de perfume mientras las joyas resplandecían con temblorosas llamaradas verdes y plateadas. Cerré la puerta de un golpe. Qué capricho llevar joyas a media tarde. No era de buen gusto. Manifiestamente ostentoso, en mi opinión. Gordon alzó la vista hacia ella y frunció el entrecejo, muy lejos de estar encantado de verla.

-¿Qué quieres, Evelyn? -le preguntó.

-Cam, cariño, de sobras sabes lo que quiero. Hace ya mucho tiempo que no nos vemos.

-He estado muy ocupado -le dijo él de una forma un poco brusca.

La mujer le pasó los dedos por entre los cabellos y esbozó una lánguida sonrisa, encantada con aquel malhumor y el desafío que el mismo suponía. Yo estaba desean do quedarme a contemplar la escena, pero Gordon me lanzó una mirada amenazadora y me fui corriendo a la cocina. Sin embargo dejé la puerta entreabierta. Puede que no tuviera oportunidad de mirar, pero desde luego tenía intención de oírlo todo. Gordon masculló algo que no conseguí entender y lady Evelyn se echó a reír roncamente mientras las faldas le crujían de nuevo. Yo podía oler el perfume incluso desde la cocina, por encima del tufo del ajo.

- Realmente me gustaría que abandonases esta vivienda, Cam -se quejó ella-. Ya sé que eres un escritor algo chiflado y excéntrico - precisamente por eso te adoro, cariño-, pero vivir aquí es absurdo. Ese espantoso patio... los perros me han ladrado, un niño me ha sacado la lengua, y he tenido que abrirme paso esquivando cuerdas llenas de ropa tendida para llegar hasta la puerta. ¡Y esas escaleras!

-Nadie te ha pedido nunca que te tomes tantas molestias, Evelyn.

-No seas malo conmigo, Cam, cariño -dijo ella con voz mimosa-. ¿Por qué tienes que hacerte siempre el difícil? Te he repetido mil veces que yo estaría encantada de ponerte un maravilloso piso de soltero.

-Y yo te he dicho mil veces que no soy ninguna puta masculina.

- ¡Qué irrazonable eres! No quieres que te haga regalos, no quieres que te proporcione un lugar decente para vivir... Mira que ir a enamorarme de un hombre de principios. ¡Qué aburrimiento! Te he echado muchísimo de menos - añadió con voz baja y provocativa.

- Pues de verdad que no tengo tiempo para eso, Evelyn -le dijo él con cansancio-. Acabo de empezar otro libro. Es imperioso que lo termine en el plazo de dos meses.

- ¡ Bah! Trabajas demasiado, cariño. Necesitas un poco de distracción.

Gordon guardó silencio. Me acerqué de puntillas a la puerta y me asomé con cautela por la rendija que había dejado abierta. El escocés seguía sentado ante la mesa y miraba a la dama con unos ojos que lanzaban destellos azules oscuros y amenazadores. Estaba hirviendo por dentro, más enfadado a cada minuto que pasaba, pero lady Evelyn parecía absolutamente encantada y lo acosaba deliberadamente. Sonrió, alargó una mano para pasarle el dedo índice por la enjuta mejilla y luego le acarició la malhumorada curva de la boca. Gordon frunció el ceño, tenso, como una pantera a punto de saltar.

-Te deseo, cariño -ronroneó ella.

-Lo has dejado sobradamente claro.

-Tú también me deseas. Lo sabes muy bien.

Se puso en pie tan bruscamente que la silla se estrelló contra el suelo. Los ojos le refulgían ahora con violencia. Cogió a lady Evelyn por la muñeca. Ella palideció, emocionada hasta el tuétano. Gordon se dirigió como una tromba al dormitorio arrastrando a la mujer con él. Los altos tacones de lady Evelyn resonaban en el suelo. El escocés abrió la puerta de un puntapié y metió a la mujer en la alcoba de un salvaje tirón del brazo. Ella soltó un gritito mitad de temor mitad de éxtasis.

- ¡De acuerdo! -le dijo él con voz de trueno- ¡Te daré lo que has venido a buscar y luego te largarás de aquí!

- ¡ Eres tan dominante, Cam!

La puerta del dormitorio se cerró de un portazo tan fuerte que un cuadro enmarcado que había en la pared se cayó y el cristal se hizo añicos. ¡Vaya unas relaciones amorosas! ¡Aquello era un escándalo! Abrí la puerta un poco más para poder oír mejor. ¡Y qué cosas oí! ¡Qué golpes, qué estrépito, qué forma de hacer crujir los muelles! Era bastante para que una se ruborizase. La cama se movía literalmente de un lado a otro de la habitación, y las patas retumbaban sobre la dura madera. Lady Evelyn, sin el menor recato, hacía unos ruidos semejantes a los que haría un gato ahogándose, y luego se oyó un grito y un estruendo cuando las tablillas de la cama cedieron y el somier y el colchón cayeron de golpe al suelo. El escocés era ciertamente un hombre vigoroso, reflexioné.

Silencio. Luego un gemido tan fuerte que lo sentí desde la cocina. Crujidos de ropa. Volví a cerrar la puerta dejando la rendija para poder curiosear. Unos cinco minutos después se abrió la puerta del dormitorio y lady Evelyn salió de allí con una gloriosa sonrisa de satisfacción. Tenía el pelo revuelto, el corpiño torcido, las faldas de encaje y satén arrugadas. Se volvió para echar una ojeada al dormitorio, le mandó un beso con la mano a su enérgico amante y luego cerró la puerta. Se acercó al espejo, se ajustó el corpiño, se sujeto un mechón de pelo hacia atrás con una horquilla y se alisó los volantes de encaje sin dejar de sonreír en todo el rato.

Luego se marchó entre brillos de gemas y crujir de faldas, dejando un halo de perfume tras de sí. Oh, ella era toda una dama, elegante como la que más con aquel vestido tan lujoso, guantes de terciopelo y voz altanera, pero ninguna de las chicas de la Gran Moll se le podría comparar en el descaro. Tenía la misma moral que un gato callejero. Necesitaba que le bajasen los humos. Miré rápidamente la gran cacerola de agua que había sobre el escurridor con las mondas de zanahoria y patata flotando en la superficie. “No está bien que hagas eso, Randy -me dije-; ni siquiera deberías pensarlo.”

Acarreé el perol lleno de agua hasta el rellano y luego hasta el extremo del estrecho pasillo. Aguantándolo sobre el estómago, lo deposité con cuidado sobre el alféizar y abrí la ventana. Daba justo encima de la puerta que llevaba del patio a la escalera, y cualquiera que entrase o saliese de aquella parte del edificio tenía que pasar a la fuerza por allí. Sujeté la cacerola, la levanté un poco, me asomé a la ventana y me puse a esperar. La marrana aquella se lo estaba tomando con calma. Probablemente tendría las rodillas flojas después de todo aquel ejercicio.

Pasó un minuto completo antes de que ella saliese con paso majestuoso al suelo empedrado de guijarros. Yo incliné la cacerola y vacié todo su

contenido pensando que ojalá hubiesen sido desperdicios en lugar de un poco de agua sucia y unas cuantas mondas. Lady Evelyn lanzó un chillido que debió de oírse en Hampstead y quedó completamente empapada. Gesticuló con los brazos en alto y siguió gritando mientras yo me escondía y me llevaba el perol vacío pasillo adelante. “Eso ha sido una maldad por tu parte, Randy -me regañé a mí misma-. Deberías estar avergonzada.”

No lo estaba. Estaba de lo más sonriente.

Pasó al menos una hora antes de que Cam volviese a sentarse ante la mesa de escribir. Lo ni andar de un lado para otro haciendo ruido, arreglando la cama y maldiciendo airadamente. Poco después ni correr el agua mientras él se lavaba. Cuando por fin salió con la camisa blanca metida por dentro del cinturón y el pelo negro cepillado con precipitación pero aún revuelto, tenía en el rostro una expresión salvaje; los ojos azules me desafiaban a hacer cualquier comentario, uno sólo. Yo asumí un aire de total inocencia y le pregunté con dulzura si estaba preparado para tomarse la cena. Examinó minuciosamente mis palabras para ver si podían contener algún descarado doble sentido. Al no encontrarlo, me hizo un breve gesto de asentimiento con la cabeza y se sentó.

-Supongo que tendréis mucho apetito -observé; luego me fui corriendo a la cocina.

El estofado fue un auténtico fracaso. Cam Gordon lo probó y lanzó un rugido que hizo temblar las paredes. Yo tomé una cucharada y tuve que admitir cándidamente que quizás estuviese un poco salado. Hizo varios comentarios groseros en voz muy alta, lo que hirió enormemente mi orgullo, y luego me ordenó que me apresurara a mover el trasero y bajara a toda prisa al restaurante a buscar un poco de comida decente. Cogí dinero del tarro de jengibre y salí, demorándome deliberadamente al bajar las escaleras. Me sentía en extremo satisfecha de mí misma, con comentarios hirientes o sin ellos.

El sol se estaba poniendo cuando salí al exterior; el patio se hallaba sombrío, veteado por desvaídos rayos de sol de color naranja oscuro. Los niños ya se habían recogido. La bomba de agua estaba desierta y unas gotas rebosaban lentamente por encima del borde de un cubo de madera que alguien había dejado debajo. Un gran perro blanco y negro que roía un hueso levantó la vista y me miró mientras yo pasaba. Crucé el patio y salí bajo el arco que conducía al exterior del edificio. Un gran carruaje se halla-ha detenido en la calle Holywell, directamente delante del arco. Los caballos pateaban con impaciencia. El cochero llevaba una gruesa capa con el cuello subido que le tapaba la cara, y sujetaba con fuerza las riendas, dispuesto a ponerse en marcha en cualquier momento. Pensé que lo más probable era que estuviese esperando a alguien. Un hombre holgazaneaba entre las sombras delante de la entrada recostado sobre la pared; sólo se le veían las botas y las robustas piernas enfundadas en medías marrones, el resto quedaba oculto por las sombras.

Pensaba comprar una buena y sabrosa empanada de carne y un cuartillo de cerveza para “Su Alteza”, y un cucurucho de patatas fritas para mi. También tenía intención de comprar otro pan, queso y un cubo de leche, por si acaso Gordon decidía quedarse trabajando hasta tarde y necesitaba comer algo a última hora. Salí del arco y pasé tan cerca del carruaje que hubiese podido tocarlo con la mano. Oí unos pasos detrás de mi. Me di la

Librodot

vuelta. El hombre que estaba holgazaneando entre las sombras había empezado a acercárseme. Era grande y rubio, y llevaba un justillo de cuero.

Pareció que el corazón me dejara de latir. Me quedé paralizada.

-Vos... vos me estuvisteis siguiendo ayer -le dije casi en un susurro.

Sonrió y asintió con la cabeza.

Estaba seguro de que me habías descubierto. Le vacié el bolsillo a aquel tipo para disimular. Y salió de maravilla. Después pude seguirte hasta casa sin el menor problema.

-Sois... sois...

-Black Jack te está esperando, Randy -me dijo-Lleva esperándote mucho tiempo.

Antes de que yo pudiera echar a correr, antes de que me diera tiempo de gritar, la puerta del carruaje se abrió de golpe y un trapo oscuro y maloliente me sofocó; me levantaron y me arrojaron al interior del carruaje. Mc echaron por encima un saco de tela. Yo pataleé y me debatí todo lo que pude. Unos brazos muy fuertes me sujetaron. Oí una profunda risa masculina. Los muelles del carruaje chirriaron con fuerza cuando el segundo hombre saltó dentro. La puerta se cerró de golpe. Restalló el látigo. El carruaje comenzó a avanzar con rapidez calle abajo.

8

Librodot

Debí de perder el conocimiento. Intentaba incorporarme sumida en nubes de oscuridad, esforzándome desesperadamente por respirar. Algo horrible y maloliente me ahogaba, me rodeaba; el hedor, cada vez más espeso, me llenaba la nariz y la boca, dificultándome la respiración. Me debatí, y la oscuridad me reclamó de nuevo. Me percataba vagamente de cierto movimiento que me mecía y me obligaba a dar botes, y noté la presión de unos brazos que me sujetaban con fuerza. ¿Dónde estaba? ¿Qué había pasado? Las preguntas me cruzaban por la mente a ráfagas, luego se disipaban, y sentí que el cuerpo se me aflojaba al tiempo que me sumergía en la oscuridad.

-Será mejor que le quites el saco, Matlock -dijo una cruda voz. Parecía venir de muy lejos, pues apenas era audible-. No queremos que se asfixie. A él no le gustaría que le entregásemos un cadáver.

Me levantaron de un empujón. Aturdida, apenas consciente, noté el roce del trapo en la mejilla cuando tiraron de él hacia arriba. Un saco. Un saco. Me habían echado encima un saco. Dos hombres. Un carruaje. Me estaban secuestrando. Tosí, me tambaleé a causa del mareo, y cuando por fin me quitaron el saco boqueé para poder respirar a gusto. Durante unos instantes estuve parpadeando completamente desorientada, y luego me invadió el pánico e intenté saltar del coche en marcha y ponerme a gritar. Una mano brutal me tapó la boca y me tiró bruscamente de la cabeza hacia atrás, sujetándomela contra un hombro. Me debatí con desesperación. El hombre que me tenía sujeta soltó una risita y curvó con fuerza el brazo que le quedaba libre en torno de mi cintura, mientras con la otra mano me magullaba los labios y me apretaba la barbilla

- Esta chica es tina verdadera gata salvaje, ¿no te parece? -dijo.

-Sí, una Viera. Me han contado muchas cosas sobre ella.

-A mí me gustan así, un poco salvajes. Lo hace más interesante. Cuando son débiles y bien dispuestas no resulta nada divertido.

Pataleé. Les di puntapiés en las espinillas. Lancé un brazo hacia atrás, pero sólo encontré aire. Tiré con todas mis fuerzas. Una afilada barbilla se me clavó en el hombro y una áspera mejilla se apretó contra la mía. El brazo me oprimía cada vez más alrededor de la cintura, estaba a punto de partirme en dos, y la áspera mejilla me obligaba a tener la cabeza tan echada hacia atrás que di por seguro que iba a quebrarme el cuello. Tuve el suficiente sentido común para quedarme quieta. Hay veces en que conviene pelear, claro está pero también hay veces en que lo conveniente es usar la cabeza. Aquel bestia era capaz de hacerme pedazos sin el menor esfuerzo por su parte, y era evidente que estaba dispuesto a hacerlo, desde luego. Me quedé floja, relajada contra él.

-Eso está mejor -me dijo.

Me quitó la mano de la boca con precaución, dispuesto a volver a apretármela contra los labios si me ponía a gritar. Ahora tenía los dos brazos alrededor de mi cintura y me sujetaba con fuerza contra él. Olía a sudor y a piel humana, a tela húmeda y a cuero viejo. El carruaje se balanceaba y daba botes, las ruedas pasaban sobre los guijarros y los cascos de los caballos resonaban. El bruto rubio estaba sentado en el asiento de enfrente con las manos sobre las rodillas, las cejas bajas y en la boca una brutal y amplia pincelada rosa oscuro. El hombre que me sujetaba era casi tan fuerte

como el rubio. Echando la cabeza hacia atrás, alcancé a ver que tenía el pelo rojo oscuro, los ojos mezquinos y una nariz que se había roto por los menos dos veces.

- ¿Crees que podrás manejarla tú solo, Matlock? - bromeó el rubio.

-Sí, Grimmet, claro que puedo. Ella y yo nos entendemos bien. Vamos a ser muy buenos amigos.

El rubio lanzó un bufido y cruzó los brazos sobre el pecho. El pelirrojo soltó una risita y me obligó a darme la vuelta hasta que quedé de frente a él. Aquellos ojos oscuros brillaban oscuramente a causa de la Injuria en la penumbra del carruaje. Movió un brazo hacia arriba y me rodeó con él los hombros. Abrió Tos labios. El corazón me latía desesperadamente y me puse tensa, dispuesta a sacarle los ojos. Puede que me matase, si. pero tenía intención de causarle bastante daño antes de que lo hiciera. Volvió a emitir aquella risita aguda y empezó a acercar Tos labios a los míos.

-Yo que tú no lo haría, Matlock -le advirtió el rubio.

- Te la dejaré cuando acabe, Grimmet. Tenemos tiempo de sobra.

- ¡Suéltala! -le ordenó Grimmet.

El pelirrojo miró a su compinche echando chispas por los ojos. Estaba claro que aquellos dos hombres se detestaban, que trabajaban juntos sólo porque se lo habían ordenado. Yo me debatí en los brazos de Matlock intentando liberarme, pero él ni siquiera se daba cuenta de mis esfuerzos. La ira le iba en aumento.

-¿Es que acaso vas a decirme lo que tengo que hacer, Grimmet?

-Eso mismo estoy haciendo, compañero. Si le pasa algo a la chica, me juego el pellejo tanto como tú.

-El no va a...

- Dicen que esta golfa conserva la cereza intacta. Black Jack la quiere para él. Si descubre que tú te has adelantado te rajará la garganta, y también a mí por haberlo permitido.

- ¡Yo no le tengo miedo!

-¿No?

La pregunta fue llana, sin inflexión. Matlock titubeó durante un momento, luego frunció el ceño y me dejó caer contra los almohadones del asiento. Yo contuve la respiración; el corazón seguía latiéndome con fuerza. Cerré los ojos y me alejé de él todo lo que pude. Seguía invadida por el pánico, que gritaba en silencio dentro de mi a punto de desbordarse y convertirme en una loca balbuceante como aquellas pobres y patéticas criaturas que tenían encadenadas en Bedlam. No podía permitir que me ocurriese una cosa así. No podía. Tenía que aguzar el ingenio, utilizarlo. No iban a violarme, aún no. De momento me hallaba completamente a salvo a no ser que intentara alguna locura tal como tratar de saltar fuera del carruaje en marcha.

“Tranquilízate, Randy. Calma. Deja de temblar por dentro. Eso no va a servirte de nada. Lo que tienes que hacer es usar la cabeza. Ya te has visto antes en serios apuros. Vas a salir de ésta.”

El pánico no desapareció, pero de algún modo me las arreglé para contenerlo. Respiré profundamente varias veces, me alisé la falda y me quedé sentada muy derecha en un rincón del carruaje. Matlock, una enorme mole enojada, iba sentado a mi lado, y Grimmet me observaba con ojos entornados y recelosos, sin fiarse de mí ni un instante y dispuesto a saltar si yo hacia el menor movimiento.

-¿Cómo… como me habéis encontrado? -pregunté. Me temblaba la voz.

-No había el menor rastro de ti en St. Giles -me dijo él-. No podíamos encontrar ni un pelo tuyo, pero Black Jack no estaba dispuesto a darse por vencido. Siente auténtico deseo de ti, ya lo creo, lo tiene desde que te vio aquella mañana. Nos ha hecho buscarte durante todas estas semanas, hasta que por fin se le ocurrió que quizás te hubieran echado el guante. Tiene contactos en la calle Bow, de modo que hizo averiguaciones, se enteró de que te habían asignado a ese tipo llamado Gordon y el resto fue muy fácil, sólo cuestión de encontrar la oportunidad adecuada para agarrarte.

-¿Me… me vais a llevar ante él?

Grimmet asintió.

-Tiene un escondite especial en St. Giles donde se ocupa de domar a las chicas para la casa nueva. Espera grandes cosas de ti, Randy. Ha pensado que tú seas su puta número uno.

Al diablo, dije para mis adentros. No pensaba serlo. La ira empezaba a agitarse en mí eclipsando el pánico que sentía. Yo no era ninguna doncella débil y llorona a la que hubieran raptado a la fuerza de alguna lujosa escuela para señoritas. Yo era la duquesa Randy, educada en las calles, más que una igual para aquellos dos brutos patanes. Puede que yo no tuviera sus músculos, pero tenía cerebro, y ellos, entre los dos, no poseían la inteligencia de un pavo real. Observé al rubio y me esforcé para que la cólera no volviese a mi; hice acopio de una temblorosa calma que poco a poco se fue haciendo cada vez más firme. Black Jack Stewart iba a tener que buscarse otra prostituta.

No podía salir del carruaje, no, pero cuando llegásemos a la casa encontraría oportunidad de escaparme. Lo conseguiría. No estaba asustada. Ya no. Al menos no mucho. Ahora me sentía tranquila, tranquila y astuta. Tenía cerebro y decisión, y también estímulo… Cam estaría inquieto ahora, se estaría poniendo de mal humor y se preguntaría dónde me habría metido yo, pues ya era hora de cenar. Maldito escocés. Maravilloso y maldito escocés. Me había acostumbrado a él. Le había cogido cariño, por loco que pareciese, puede que algo más que cariño. Los sentimientos que yo nunca me había atrevido a examinar con un poco de detenimiento se agitaban ahora en mi interior, ahora, cuando corría el peligro de perderlo, y mi decisión se hacía más sólida, dura y fría, suplantando todo lo demás. Nada iba a mantenerme alejada de él. Nada. Si era necesario me enfrentaría a Black Jack Stewart y a todo su puñetero ejército, y además los vencería.

Ya sin miedo, permanecí sentada en el carruaje con mis dos secuestradores, esperando el momento propicio. A través de las ventanillas del coche Londres parecía gris oscuro y marrón, llenándose de sombras a medida que caía la noche. Unas pocas luces formaban manchas borrosas de color anaranjado contra toda aquella monótona extensión. Percibía el olor del río, una mezcla de barro, musgo, agua, sal y hedor de desperdicios. La campana de una iglesia tañía solemnemente. Matlock y Grimmet permanecían callados. Matlock, enojado, aún pensaba en lo sucedido; Grimmet no dejaba de mirarme con los ojos entornados. Otro olor me llenó los orificios nasales, un olor inconfundible que yo conocía muy bien y que, ahora que llevaba ausente una temporada, parecía más fuerte. Como el cubil de algún animal repugnante, St. Giles rezumaba el olor de la bestia.

Pasamos por la iglesia de St. George; el mármol y la mampostería emitían, entre sombras, un brillo apagado de un color blanco grisáceo.

Recorrimos el laberinto de estrechas y congestionadas calles y yo tomé nota de cada lugar conocido, componiendo un mapa mental que me guiara para regresar al lado de mi escocés. Los burdeles, las casas de objetos robados, los fumaderos de opio y los bares, así como los sórdidos edificios de pisos, seguían exactamente igual que siempre, pero ahora me parecían ajenos, me parecían aún más asquerosos y miserables ahora que yo había llegado a conocer otro mundo diferente. Yo había formado parte de St. Giles, era un producto de aquellas calles y callejuelas, ellas me habían dado forma, pero ahora aquello había cambiado. Todo había cambiado y yo era una extraña allí. El carruaje bajó por Half Moon Alley, donde patéticas putas, rufianes contoneantes y alcahuetas empapadas de ginebra abarrotaban las aceras; niños sucios y harapientos correteaban alborotadamente. Una escuálida niña con harapos de color rosa y las manos en las caderas, el pelo enmarañado y la cara tiznada de porquería, le hacia burla a un pescadero. Como éste la maldijo, la niña cogió un escamoso merlango del carro y salió disparada perdiéndose entre el gentío. Parecía que yo estuviera presenciando una escena de mi propio pasado. Aquella niña hubiera podido ser yo unos cuantos años antes.

- Ya estamos llegando - dijo Grimmet bruscamente-. El ya lo tiene todo dispuesto, incluso una habitación para la chica. No te desanimes, Matlock. A lo mejor te deja echar un polvo cuando él la haya domesticado.

- ¡Al infierno con él!

- Esa actitud tuya va a traerte un montón de problemas, amigo.

- ¡Ocúpate de tus malditos asuntos, Grimmet!

Grimmet esbozó una sonrisa burlona. Matlock le lanzó una mirada furibunda. Eran como dos toros en un prado pateando el suelo y dispuestos a arremeter el uno contra el otro. Grimmet era obviamente el esbirro jefe; Matlock un simple subordinado, y estaba claro que aquella situación le mortificaba. El pelirrojo se volvió para mirarme con una mezcla de odio y viciosa lujuria, como si yo fuera responsable de su falta de altura dentro de la organización de Black Jack. Reprimí un escalofrío, pues sabía a ciencia cierta que si no fuera por la presencia de Grimmet aquel tipo ya me habría violado como un salvaje. Los dos eran animales embrutecidos, pero comparados con su jefe, con el hombre que tenía intención de "domesticarme", resultaban cachorros juguetones.

Me negué a pensar en ello, me negué a permitir que el pánico y el miedo hicieran presa en mí otra vez. Nos adentramos más en aquel laberinto de calles, torcimos una esquina, luego otra, y avanzamos a través de la parte más oscura y peligrosa de St. Giles, un vecindario que todo el mundo evitaba excepto los más endurecidos y corruptos habitantes de los barrios bajos. Reconocí Wormwood Alley, una pasaje estrecho y sombrío apenas lo bastante ancho para que pasase el carruaje, y unos momentos más tarde nos detuvimos ante dos columnas de ladrillo semiderruidas entre las que se veía una pesada cancela de hierro. Un tipo corpulento le dio un grito al cochero. Este contestó dándole una especie de santo y seña e inmediatamente se abrió la cancela, que chirrió con gran potencia mientras se movía hacia atrás.

El coche penetró en un reducido patio cerrado y se detuvo dando una sacudida. Matlock abrió la puerta de un empujón y bajó precipitadamente. Grimmet lo siguió, pero luego se dio la vuelta para cogerme del brazo y hacerme bajar de un tirón al suelo de guijarros. El coche giró y se alejó

Librodot

callejón abajo. El fornido gigante cerró la puerta de hierro de un golpe y colocó el candado en su lugar. La noche había caído ya por completo, y el patio era un nido de oscuridad; densas brumas negras cubrían la decrépita casa gris de tres pisos rodeada de maleza y altos árboles. La luz de la luna llegaba por entre las ramas de los árboles, y gracias a ella pude ver que el patio se hallaba cercado enteramente por un enorme muro de piedra que medía por lo menos tres metros de alto, siendo la cancela de barrotes el único acceso al mismo. Aquel lugar era una puñetera fortaleza, pensé frunciendo el ceño. Trepar por aquel muro no iba a resultar cosa fácil, pero si hacia falta estaba dispuesta a trepar por uno el doble de alto.

Grimmet me agarró firmemente por un brazo, me hizo subir los tres peldaños rotos de mármol y pasar a un vestíbulo enorme y vacío con el suelo desnudo de madera gris y un papel azul desvaído que se caía a tiras de las paredes. Algunas velas ardían en candelabros colocados sobre una desvencijada mesa de madera. Arcadas abiertas conducían al interior de otras grandes habitaciones, igualmente desnudas, y una en otro tiempo majestuosa escalera se curvaba hacia arriba penetrando en la oscuridad con una ajada alfombra violeta que le cubría los peldaños. Matlock nos siguió al interior y cerró violentamente las puertas tras sí, y un rufián con el pelo negro como el azabache que iba ataviado con unas calzas negras, camisa gris azulada y un delgado justillo de cuero negro, subió por un tramo de escaleras que por lo visto llevaban al sótano. Traía en las manos una bandeja, y me miró como si yo fuese una pieza de carne.

-Veo que la habéis traído -comentó fríamente-. ¿Algún problema?

-Tan fácil como coser y cantar -replicó Grimmet-. Nunca he secuestrado a nadie con tanta facilidad. El que si me ha dado algún problema ha sido Matlock, aquí presente. Quería tirársela antes de que Black Jack se ocupe de ella.

El hombre moreno miró a Matlock y luego depositó la bandeja sobre la mesa; hizo un gesto hacia atrás con la cabeza señalando las escaleras que conducían al sótano.

- La rubia gorda que está ahí abajo aún no se ha decidido a cooperar. Se niega a comer. Calculo que tendremos que dejar que se muera de hambre durante un par de días. Luego estará dispuesta a trabajar.

-¿Y qué hay de la de arriba?

-Oh, está ronroneando como una gatita. Yo mismo me la he tirado hace un rato. Esa aprende rápido. Bien lavada y con un vestido lujoso los atraerá como moscas. Esa ya está a punto para salir de aquí.

Siguieron hablando sin que Grimmet aflojara ni un instante el apretón de mi brazo. Matlock estaba malhumorado, y yo me enteré de que había cinco muchachas retenidas en diferentes partes de la casa a las que Black Jack y sus hombres estaban “entrenando” para el nuevo oficio. Grimmet, Matlock y Hogan eran los únicos que estaban de guardia aquella noche, aunque Black Jack y los otros dos iban a llegar más tarde. Aquello hacia un total de seis, siete contando al gorila que vigilaba la cancela. No iba a resultar nada sencillo escapar de siete hombres como aquellos.

-¿Cuándo llega él? -preguntó Matlock con mala cara.

-Yo que sé -le contestó Hogan-. A mí no me cuenta sus planes, sólo me dijo que vendría esta noche.

- ¿Queda ginebra?

Librodot

- Montones, pero te sugiero que te mantengas alejado de ella. A él no le gusta que le peguemos a la bebida mientras estamos vigilando a estas muchachas.

- ¡Vete a tomar por el culo, Hogan!

Matlock se marchó arrastrando los pies por el vestíbulo y desapareció en el interior de una de las habitaciones de la parte trasera. Hogan y Grimmet intercambiaron una mirada.

-Este animal pronto se va a encontrar sin empleo. Es un error confiarle cualquier clase de responsabilidad. Ve a comer algo, Grimmet. Yo me encargaré de acompañar a esta fiera hasta su habitación.

Grimmet me soltó el brazo. Yo me froté el lugar donde me había apretado con los dedos. Hogan volvió a examinarme sin pronunciar palabra; estaba claro que me encontraba de su gusto. Tuve la sensación de que él era aún más importante que Grimmet, quizás fuera el lugarteniente de Black Jack. Tenía el rostro como una máscara impasible, los ojos de un pétreo color gris azulado y los labios delgados y crueles. El tipo aquel no se lo pensaría dos veces para clavarme un puñal en el corazón, ni siquiera parpadearía al hacerlo. Hizo un movimiento brusco con la cabeza en dirección a la escalera para indicarme que le precediera, y yo encontré aquel horrible mutismo mucho más intimidador que el rudo trato de los otros. Hogan no necesitaba recurrir a la brutalidad para hacerse entender. El mero hecho de mirarlo la dejaba a una helada hasta la médula.

Subí las escaleras hasta el segundo piso; el rellano estaba tan despejado como el vestíbulo de abajo. Hogan me hizo un gesto para que continuase subiendo hasta el tercer piso. Obedecí en silencio y, aunque externamente conservaba la calma, empecé a sentirme otra vez temblorosa por dentro. La enormidad de aquella situación, de lo que planeaban hacer conmigo, me sobrecogió repentinamente e hizo que me detuviera un momento y me sujetara con fuerza a la barandilla para no caerme. No, no iba a pensar en ello. Eso no me iba a suceder. A mí, no. Seguí escaleras arriba sabiendo que sí me permitía tener algún momento de debilidad estaría completamente perdida y presa de todos mis temores. Era probable que otras muchachas se pusieran histéricas, se desmayaran, lloraran, se encogieran y suplicaran, pero yo no lo haría.

Cuando llegamos al tercer piso Hogan se puso delante de mí y abrió una puerta que había en el pasillo, algo más adelante. Se detuvo allí y esperó a que yo entrase. Pasé junto a él en silencio. No habíamos intercambiado una sola palabra. La habitación era amplia y estaba sorprendentemente bien amueblada: una alfombra de dibujo floral en tonos vino y gris cubría el suelo; en las ventanas había cortinas de color vino, y un sillón tapizado de azul se hallaba delante de la chimenea de mármol gris. En ella ardía un fuego bajo, y llamas azules y anaranjadas danzaban y se reflejaban en el pulido cabezal de la gran cama de bronce que presidía la habitación y que estaba cubierta con un elegante edredón azul. Había una botella de vino puesta a enfriar en un cubo de plata que descansaba sobre una mesita baja, y a su lado se veían dos copas de fino cristal.

Hogan hizo un gesto con la cabeza hacia una puerta abierta y por primera vez me dirigió la palabra, con una voz tan fría e inexpresiva como su rostro.

-Ahí dentro encontrarás un baño. Hace un rato he ordenado a una de las chicas que calentara agua y la subiera. Báñate. Y hazlo bien, ¿entiendes?

Librodot

Encontrarás un cepillo, peine, pintura para la cara... todo lo necesario para que te pongas bien atractiva. También hay un vestido. Póntelo. Subiré dentro de una hora para ver cómo estás. Procura encontrarte ya preparada. Puede que Black Jack tarde algo en aparecer, pero tú estate preparada.

No había una amenaza manifiesta, pero la amenaza se notaba de todos modos, pues cada una de aquellas palabras era fría como el hielo. Yo no quería admitir que le tenía miedo a aquel hombre, pero se lo tenía. Me asustaba como el demonio. Para qué negarlo. Se me quedó mirando fijamente durante un momento con aquellos pétreos ojos grises; luego se dio la vuelta y salió de la habitación. Cerró la puerta con llave. Cuando el sonido de sus pasos se hubo alejado, me acerqué a la puerta y la examiné. Era de roble macizo. Y con cerradura de acero. Me agaché para mirar a través del ojo de la cerradura. Se había llevado la llave consigo. En la habitación contigua encontré una horquilla y me pasé por lo menos veinte minutos intentando forzar la cerradura, hasta que al fin comprendí que todos mis esfuerzos serian totalmente inútiles. Haría falta un buen paquete de explosivos para abrirla.

Las ventanas estaban todas enrejadas. Claro, cómo no iban a estarlo. Eran pesados barrotes de hierro, imposibles de aflojar por medio de la fuerza. Estaba tan prisionera allí como lo había estado en las entrañas de la cárcel. Me quedé de pie inmóvil en medio de la habitación tratando de ponerme a la altura de la situación. “Muy bien, Randy, puedes empezar a dejarte llevar otra vez por el pánico, echarte a temblar y compadecerte de ti misma, o bien puedes usar la cabeza. Usa la cabeza. Sígueles el juego. Hazles creer que te has resignado y espera una oportunidad. Antes o después se presentará. Vas a salir de aquí. Procura conservar la calma.”

Debía de haber pasado media hora desde que se marchara Hogan y pronto regresaría. Seria mejor que hiciese lo que me había dicho. Me bañaría y “estaría preparada”. Entré en la habitación contigua, me quité la ropa y me bañé rápidamente. El jabón tenía un sutil y provocativo perfume, una débil sugerencia de violetas silvestres. Era suave y cremoso, elegante. Debía de ser francés, pensé mientras me aclaraba. Salté fuera de la bañera y me sequé con una toalla grande y suave. Sólo lo mejor para Black Jack. Me deslicé dentro de aquella combinación de delicados encajes negros cuya falda caía formando capas de ondeantes remolinos. El vestido era de rico brocado de seda roja con unas diminutas flores bordadas tan negras como el azabache; la tela crujió deliciosamente cuando me la puse.

Ninguna de las chicas de la Gran Moll había tenido nunca una prenda como aquélla, pensé mientras me contemplaba ante el espejo de cuerpo entero. Las mangas acampanadas que llegaban por el codo eran muy amplias y caían desde el hombro, y el ajustado corpiño que moldeaba la figura me dejaba la mitad del busto al descubierto. La suntuosa falda de brocado formaba un vuelo extremadamente acampanado sobre las enaguas de encaje. Me sentaba sorprendentemente bien, aunque me apretaba un poco en el talle, y los zapatos, de satén rojo y de tacón alto, parecían hechos a mi medida. “Bueno, Randy - me dije-. Ciertamente das bien el papel. Pareces exactamente una puta cara.” Me cepillé el pelo hasta hacerlo caer en lustrosas y espesas ondas y luego examiné las pinturas para la cara, desdeñándolas todas. Yo no necesitaba carmín para los labios, ni polvos ni todo lo demás. Puede que una vieja bruja como lady Evelyn tuviera que

pintarse y ponerse lunares para que los hombres se fijasen en ella, pero yo aún no iba camino de los cuarenta.

Tras volver a la otra habitación, me quedé holgazaneando por allí, inquieta, poniéndome cada vez más nerviosa muy a mi pesar. Pasaron diez minutos, veinte. Hogan ya tendría que haber regresado. ¿Qué iba a hacer yo? Si al menos tuviese un arma de alguna clase, algo con lo que le pudiera romper la cabeza. Eché una ojeada por la habitación. No había jarrones, ni libros pesados, ni atizador para la chimenea. No había nada que me sirviera, a no ser... Me precipité hacia la mesa y saqué la botella del cubo. El hielo tintineó ruidosamente. Vino francés, a juzgar por la etiqueta; probablemente costara una fortuna, aunque seguro que Black Jack no la habría pagado. Sosteniéndola con firmeza por el cuello, levanté la botella como si fuera una porra. Era lo suficientemente pesada, tan pesada que un golpe podría abrirle la cabeza a un hombre.

Sonreí para mis adentros sintiéndome mejor ahora. No eran tan listos como se pensaban. Dejaría a Hogan sin sentido y, de una manera u otra, me escabulliría escaleras abajo y saldría de la casa sin que los otros se dieran cuenta. A lo mejor había una escalera de servicio en la parte de atrás. La mayoría de las casas grandes como aquélla la tenían. Me deslizaría hasta el exterior y treparía por aquel puñetero muro -no resultaría fácil, pero lo haría-, y mucho antes de que pudieran advertirlo ya me habría ido. Me puse a esperar, muy tensa, y me pareció que pasaba una eternidad antes deque por fin oyera pasos en el pasillo. “No te pongas nerviosa ahora, Randy. Tranquila. Tienes la sorpresa de tu parte. Él no se espera una cosa así. Se cree que eres una hembra indefensa.”

Sujetando fuertemente la botella por el cuello y ocultándola entre los generosos pliegues de la falda de brocado rojo, di un profundo suspiro al tiempo que la llave giraba torpemente en la cerradura. Vaya si le estaba costando abrir, pensé mientras la llave continuaba haciendo ruido en la cerradura. Se produjo un fuerte chasquido. La puerta se abrió poco a poco. No era Hogan. Se trataba de Matlock. Le había estado dando a la ginebra a pesar de todo, y allí, de pie ante la puerta, se tambaleaba ahora mientras los ojos marrones le ardían con malévola lujuria. Me quedé mirándole fría y tranquilamente.

-Vamos a divertirnos un poco tú y yo, marrana.

-¿Tú crees?

Sonrió. Avanzó hacia mi dando tumbos. Levanté la botella lo más alto que pude y se la estrellé en la cabeza. Matlock se me quedó mirando fijamente un instante, asombrado, atónito, y luego cayó al suelo produciendo un golpe muy fuerte, con los brazos y las piernas en jarras La botella ni siquiera se había roto. Sorprendente, pensé mientras aún la sujetaba con fuerza. Salté por encima del cuerpo de Matlock, crucé la puerta con rapidez y salí al pasillo formando remolinos con el brocado rojo que se balanceaba y producía un crujido semejante al que hacen las hojas secas.

Estuve a punto de chocar con Hogan. Apareció en el rellano justo cuando yo pasaba como una flecha junto a las escaleras. Me di la vuelta, sobresaltada. El me miró con ojos inexpresivos. Balanceé la botella en el aire. Me sujetó la muñeca y me la retorció brutalmente. Dejé caer la botella, que salió rodando escaleras abajo y rebotó en cada peldaño, pero sin llegar a romperse. Levanté el puño para darle a Hogan en la mandíbula. El vio venir el golpe y giró la cabeza con rapidez, de modo que sólo logré rozarle con los

nudillos. Le propiné una patada en la espinilla y traté de alcanzarle la ingle con la rodilla. Me soltó la muñeca, me agarró por los hombros y me lanzó contra la pared. Me golpeé la cabeza con la madera y me pareció ver luces que estallaban, luces naranjas, amarillas y rojas. Un instante después me envolvieron unas nubes negras que me cubrieron el cerebro. Me percaté débilmente de que la seda crujía mientras me deslizaba hasta caer al suelo, y luego no encontré nada más que oscuridad.

Lancé un gemido. Los sonidos me llegaban desde muy lejos y parecían resonar dentro de mi cabeza distorsionados, apagándose poco a poco. Las nubes negras formaban espirales como el humo, espesas, densas, pero se iban adelgazando a cada instante que transcurría, el negro daba paso al gris, y yo nadaba a través de ellas, me movía hacia arriba tratando de alcanzar la luz que oscilaba en la superficie. Ahora podía verla con claridad; era una luz preciosa, suavemente difusa, que se hacía cada vez más brillante a medida que las nubes grises se evaporaban. El brillo de la luz, de un blanco dorado, me acarició los párpados, y yo abrí los ojos y me quedé mirando al techo durante unos momentos, completamente desorientada, incluso atontada.

Me hallaba en el dormitorio. Estaba sobre aquella cama con colcha azul, y tenía la cabeza apoyada sobre una almohada satinada. Me incorporé apoyándome en los codos. Me dolía espantosamente la nuca, pero no tenía nada grave. Parpadeé unas cuantas veces seguidas y las cosas empezaron a enfocarse paulatinamente. Se habían llevado el cuerpo de Matlock. Me pregunté silo habría matado. Confiaba en que fuera así. Maldito hijo de puta. La puerta estaba cerrada con llave. El fuego se había consumido por completo, sólo una cenizas de color gris rosado resplandecían débilmente. Las velas de los candelabros que había en la pared también se habían consumido casi del todo. Les quedaban únicamente algunos cortos pedazos de cera en los que las llamas danzaban alocadamente. Debía de haber permanecido inconsciente por lo menos dos horas, puede que más. Ya debía de ser bien pasada la medianoche, pensé mientras me ponía en pie, temblorosa. Las piernas se me doblaron un poco cuando me acerqué a la ventana.

Retiré los cortinajes, escudriñé por entre los barrotes y vi un cielo tan negro como el ébano surcado débilmente por contornos borrosos de color gris plateado que producía la luz de la luna. Esta era un blanco disco delgado, casi transparente. Dejé caer las cortinas, que volvieron a su lugar. Me sentía débil, desanimada, toda mi valentía se había evaporado. Quería acurrucarme en un rincón, encogerme de miedo y llorar, pero tenía demasiado amor propio para permitirme hacer una cosa así. La duquesa Randy no derramaba lágrimas. Las lágrimas son cosa de cobardes. Sin embargo notaba que se me inundaban los ojos, y luché por reprimirme, regañándome a mi misma por semejante debilidad. “Estás deprimida, Randy, y baja de moral, pero no vas a darte por vencida.”

El tiempo parecía arrastrarse lentamente, cada minuto se alargaba de un modo interminable y la tensión iba en aumento. ¿Por qué no vendría él? Yo no podía hacer nada hasta que él no llegara. Encerrada allí de aquel modo, indefensa, no tenía otra cosa que hacer más que pensar, acumular terror en la mente, ponerme cada vez más nerviosa y asustada. Yo estaba hecha para la acción. Cara a cara con el pelirrojo me había mostrado rápida de ingenio, ágil de reflejos y capaz de arreglármelas bien, pero aquella espera... Crucé los brazos en torno a la cintura y me paseé por la habitación.

Una de las velas se apagó produciendo un chisporroteo, luego otra. ¡Maravilloso! Media hora más y me quedaría totalmente a oscuras, y eso si que sería estupendo. Me ayudaría mucho, seguro. Lo más probable era que me pusiese a gritar como una desquiciada.

Oí ruidos que procedían de abajo, ruidos fuertes, que retumbaban como si estuvieran destrozando muebles a golpes, sólo que allí no había muebles. Fruncí el ceño; luego, al oír unos pasos que subían las escaleras, me puse tensa. Aquel tipo tenía prisa. Después de tanto tiempo el muy hijo de puta tenía ahora tanta prisa que subía las escaleras a la carrera. No podía aguantarse. Sin pensármelo dos veces agarré el cubo de plata, vacié en el suelo el hielo que contenía y lo levanté en alto dispuesta a tirárselo a la cabeza. Aquel hijo de perra a lo mejor conseguía poseerme, pero iba a tener que pelear un poco. Tendría que matarme, y yo estaba absolutamente decidida a hacer cuanto estuviera en mi mano para matarlo a él primero. Sentía una furiosa rabia que había alejado de mi las dudas y el miedo; me había convertido en un gato salvaje arrinconado, furioso y tan peligroso como Black Jack jamás habría imaginado que pudiera llegar a ser.

Dio unos golpes fuertes en la puerta. ¿Qué se pensaría que iba a hacer yo, ir a abrirle? El puñetero cabrón ni siquiera se había tomado la molestia de detenerse para coger la llave. Ahora arremetía con el hombro contra la madera, y acabaría por romperse algún hueso. Agarré con todas mis fuerzas el cubo de plata y lo sostuve por encima de la cabeza dispuesta a tirárselo. Yo estaba que echaba chispas por los ojos. La sangre se me agolpaba en la cabeza. Empezó a dar patadas a la puerta; la bota producía un ruido más apagado. La puerta dio una sacudida y cedió. Siguió dándole patadas. La puerta se abrió del golpe y chocó contra la pared. Le arrojé el cubo. Cam Gordon lo esquivó, con el pelo flotándole negro como el azabache y el faldón de la levita negra formando remolinos. El cubo se estrelló contra el marco de la puerta y desportilló la madera.

- ¡Jesús! -exclamo.

-¡Cam!

Volé hacia él, me arrojé en sus brazos, y me abrazó y me estrujó contra su pecho. Enterré la cara en la curva del hombro y empecé a llorar de una forma descontrolada. Me abrazó más fuerte, hasta dejarme casi sin respiración, y le eché los brazos alrededor de la espalda y me apreté contra él. Un millar de preguntas se me agolpaban en la mente, pero en aquel momento ya no tenían importancia. El había venido. De algún modo se las había arreglado para encontrarme y allí estaba, abrazándome. Y eso era lo único que me importaba. Llegaron más ruidos procedentes del piso inferior, y también algunos gritos. Cam Gordon me sujetó por los hombros y me apartó de sí con el ceño fruncido.

- Parece que Bancroft tiene algún problema. Pensé que los habíamos cogido a todos. Deben de haber acudido mas.

-¿Ban-Bancroft también está aquí?

-Luego -dijo él hoscamente.

Me atrajo hacia si, me echó un brazo por los hombros y me condujo fuera de la habitación; me llevó por el pasillo hasta la escalera. Empezamos a bajar por ella, y dejé escapar un grito al ver que Black Jack subía hacia nosotros. Llevaba las mismas calzas de color verde botella y la misma levita de satén negro con los galones dorados muy sucios; los raídos encajes blancos le asomaban por el cuello y por las mangas. Tenía la cara cenicienta,

lo que hacia que el brillante parche negro pareciese aún más oscuro; los delgados labios estaban curvados en una sonrisa letal y el único ojo bueno lanzaba destellos sombríos. Tenía un cuchillo, cuyo mango sujetaba con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos. La hoja relucía bajo la luz. Cam me empujó hasta situarme tras él. Me tambaleé y me caí de culo entre los crujidos de la falda de brocado rojo. Gordon se había quedado inmóvil, pero estaba completamente sereno. Tenía una mano apoyada en la barandilla. La otra le colgaba flojamente a lo largo de un costado.

-¡Es... es él! -exclamé-. ¡Es Black Jack!

- ¡Silencio, Miranda!

- ¡Cam! ¡Cam! Tened cuidado... ¡Es un asesino!

Black Jack subía lentamente hacia nosotros por las escaleras; seguía con aquella horrible sonrisa en los labios, y la hoja relucía en su mano. Se hallaba doce escalones por debajo nuestro. Diez. Nueve. Se detuvo e hizo oscilar el cuchillo hacia adelante y hacia atrás.

-No sé quién sois -dijo con voz seca y ronca-, pero vais a morir. La mujer es mía.

- Muy al contrario, da la casualidad de que es de mi propiedad.

A Gordon la voz le sonaba totalmente serena, casi agradable. Igual hubiera podido estar hablando del tiempo. Black Jack subió un escalón más haciendo silbar el cuchillo y cortando con él el aire mientras el ojo sano le brillaba con un deleite malvado. Se detuvo de nuevo. Contuve la respiración al ver que aquel cuerpo alto y nervudo se ponía tenso dispuesto a atacar. Gordon no movió ni un músculo.

Seguía allí de pie, un escalón más abajo que yo, con las piernas separadas y completamente quieto. Se oyeron más golpes abajo, ruidos que retumbaban, otro grito. Yo tenía la garganta seca. El corazón parecía que iba a estallarme de un momento a otro. Black Jack lanzó un grito y se precipitó como un loco hacia adelante subiendo a la carga los escalones que nos separaban.

Gordon se echó hacia atrás como un látigo el faldón de la levita, sacó la pistola del cinturón, apuntó e hizo fuego. Se oyó una explosión ensordecedora y se vio una humareda. Un capullo rojo estalló en la frente de Black Jack, justo entre los ojos y se fue extendiendo poco a poco. El dio una sacudida, giró, se estrelló contra la balaustrada, se tambaleó y cayó por encima de la misma dando patadas al aire antes de perderse de vista. El cuerpo retumbó espantosamente al golpear el suelo al pie del hueco de las escaleras. Atónita, impresionada hasta lo más profundo de mi ser, me quedé mirando fijamente al vacío, al lugar donde sólo unos segundos antes se hallaba Stewart. Cam Gordon sopló el cañón de la pistola, volvió a colocársela al cinto y se dio la vuelta para mirarme con aquellos tranquilos y fríos ojos azules.

-¿Estás bien? -me preguntó.

Asentí. Me ayudó a ponerme en pie y me ordenó que me situara detrás de él; luego continuamos bajando las escaleras. Los ruidos del piso inferior se hicieron más fuertes, más violentos. Un objeto pesado se estrelló contra la pared. Algo cayó al suelo produciendo un gran estrépito. En el rellano del segundo piso había un cuerpo completamente desmadejado. Era Hogan. La cabeza le caía hacia un lado en un ángulo imposible. Se había roto el cuello. Tenía la boca abierta y un fino hilillo de sangre le corría por una de las

comisuras. Los ojos parecían salírsele de las órbitas, y miraban fijamente y con horror hacia el techo.

-¿Vos... vos habéis hecho eso? -tartamudeé.

-Y con gran placer -repuso él.

Me estremecí y le seguí hasta el vestíbulo. Richard Bancroft luchaba vigorosamente con dos de los secuaces de Stewart que yo no había visto nunca antes. El pelo dorado oscuro le caía sobre la frente, tenía los ojos marrones encendidos a causa de la excitación y se lanzaba al combate con considerable entusiasmo. Esbozó una alegre sonrisa cuando derribó a uno de los hombres y le plantó una bota en la garganta. Golpeó poderosamente con el puño en el estómago al segundo hombre y, cuando éste se dobló hacia adelante, le hizo una llave y le apresó la cabeza con el brazo. El hombre que yacía en el suelo daba manotazos al aire, agitaba los brazos y pateaba con las piernas, e hizo unos espantosos gorgojeos cuando Bancroft se le apoyó con todo su peso sobre la garganta. Se oyó un chasquido. El hombre se quedó inmóvil. Sin soltar al otro, Bancroft cruzó con él la habitación a toda carrera y le golpeó la cabeza contra la pared. Cuando lo dejó el hombre se derrumbó en el suelo como una lánguida muñeca de trapo.

-¿Has acabado? -le preguntó Gordon.

-Gracias por la ayuda, muchacho.

- Me pareció que te las estabas arreglando perfectamente tú solo.

Bancroft se retiró de la frente los mechones dorados y nos miró con aquellos risueños ojos marrones; con las mejillas sonrosadas y la alegre sonrisa asomándole aún a los labios, me recordó a un cachorro contento que acaba de disfrutar de un vigoroso retozo.

-¿No hay más? -le preguntó Gordon.

- Había un tipo con un parche en un ojo que vino con estos dos un par de minutos después de que tú subieras.

-Ese ya no nos molestará más -dijo Gordon.

Bancroft se enderezó la corbata de seda verde esmeralda y se cepilló una mota de polvo del faldón de la rica levita de terciopelo marrón.

-No sé cuánto tiempo hace que no pasaba un rato tan emocionante -comentó -. Tendríamos que hacerlo más a menudo, Gordon.

-Había... había dos más - dije yo con voz temblorosa.

-Uno de ellos está en la habitación de al lado -me informó Bancroft -, un tipo grande y pelirrojo con un lado de la cabeza aplastado. Se ve que alguien le golpeó a conciencia. Pero aún respira. El otro está en el patio, con ese tipo que vigilaba la cancela. Están... eh... descansando cómodamente.

-¿Muertos? -le pregunté.

- El que vigilaba la cancela, no. Sólo lo dejé sin sentido. El tipo grande a quien el amigo Gordon, aquí presente, estuvo interrogando, no sabría decirte. Tiene un brazo roto, de eso sí estoy seguro, y la voz le sonaba de un modo muy gracioso cuando finalmente le dijo a Cam en qué habitación te hallabas. ¿Lo mataste, Cam?

-Eso me temo.

-Lástima -dijo Bancroft.

Me pasé una mano por la frente y sentí que me debilitaba otra vez.

-Hay... otras cinco chicas prisioneras -les dije-. Tenemos... tenemos que liberarlas.

- Imagino que esto servirá - dijo Bancroft sacando un manojo de llaves del bolsillo-. Se lo he quitado al que vigilaba la cancela.

- Podías haberlo dicho antes - comentó secamente Gordon-. Casi me disloco el hombro intentando echar abajo aquella maldita puerta.

-No me diste tiempo, muchacho. Entraste como un loco furioso en la casa en cuanto soltaste al rubio. El carruaje que traía a los otros tres se detuvo ahí delante un minuto después, más o menos. ¿Tienes alguna idea de dónde se encuentran esas muchachas? -me preguntó.

-Una de ellas está en el sótano. Yo... no se nada de las otras.

Bancroft se dirigió alegremente hacia las escaleras que conducían al sótano, y Gordon me cogió por el codo y me hizo salir al exterior. El aire de la noche era fresco. Las hojas crujían débilmente mecidas por la brisa. El cielo ahora se había puesto de un suave color negro y empezaba a aclararse dando paso a un gris profundo. Comencé a tiritar. Cam Gordon se quitó la levita y me la puso sobre los hombros; luego me abrazó por la cintura y me sostuvo así delante de él. Apoyé la nunca en su hombro y cerré los ojos; las lágrimas me corrían por las mejillas.

-Ya ha pasado todo, Miranda -me dijo.

-Vos... vos habéis venido -murmure.

-Claro. Cuando alguien me roba lo que me pertenece, yo lo recupero.

-¿Cómo supisteis...?

- Un niño que vive al otro lado del patio vio todo lo que ocurrió, y acabó por decírselo a su madre un par de horas después. Ella vino corriendo a informarme. Yo sabia que tenían que haber sido los hombres de Black Jack los que te habían capturado. Entonces se presentó Bancroft con la esperanza de convencerme para ir a correrno una juerga al centro. Desde luego nos la hemos corrido buena.

-¿Cómo... como supisteis dónde teníais que venir?

-Vinimos directamente a St. Giles e hicimos algunas averiguaciones. Para conseguir la información que queríamos tuvimos que utilizar algunos métodos de persuasión que quizá resulten un poco violentos.

Las sombras se agitaban a nuestro alrededor. Manchas de luz de luna danzaban a nuestros píes. Cam Gordon me apretó los brazos en torno a la cintura y me atrajo hacia él. Aquel cuerpo fuerte y sólido era como una columna detrás mío, y me apoyé en él sintiéndome a salvo, segura, notando su calor, percibiendo su olor, envuelta completamente por él. Había arriesgado la vida por rescatarme, y había matado a dos hombres. Yo debía... debía de significar algo para él. El puñetero cabrón nunca lo admitiría, pero yo debía de ser para él algo más que... que una criada. Me deleité con su proximidad, y pasaron algunos largos instantes antes de que él me hablase de nuevo.

- Por lo menos esto resuelve un problema - dijo.

-¿Qué es?

- El final de mi libro. No sabía bien qué hacer. Ahora ya lo he decidido. El jefe de una banda rival secuestrará a Angélica, la llevará a una casa como ésta y Burke entrará en ella a la carga para rescatarla.

Su libro. Todo aquel tiempo había estado allí de pie, abrazándome a la luz de la luna, ¡y había estado pensando en el puñetero libro! Por lo menos no había malgastado la noche del todo. Traté de apartarme de él, pero no me lo permitió. Me pareció oír una risita.

- Después de todo esto vas a tener que trabajar el doble, ¿sabes? -me informo.

-¡Oh!

- Espero ver una clara mejora.
-Sois un mal bicho, Cam Gordon -susurré.

9

El alba rompía cuando el carruaje dobló la esquina de la calle Holywell. El cielo gris pálido estaba surcado de franjas de colores rosa brumoso y naranja, y bajo él la ciudad aún se hallaba envuelta en las sombras de la noche. Yo tenía tanto sueño y me encontraba tan cansada que a duras penas conseguía mantener los ojos abiertos, y sólo recuerdo vagamente que me apeé del coche y atravesé el arco del patio. Cam Gordon me acompañó hasta la puerta y la abrió, y cuando miré hacia arriba y vi todas aquellas escaleras me di cuenta de que nunca conseguiría subirlas. Di un suave gemido y sacudí la cabeza negativamente. Gordon lanzó un suspiro de fastidio, me cogió en brazos y empezó a subir los peldaños. Yo me encontraba demasiado cansada para hacer ningún tipo de comentario. Le eché los brazos alrededor de los hombros, oculté la cabeza en la curva de su cuello y cerré los ojos, quedándome dormida antes de llegar al primer rellano.

Cuando los volví a abrir el cielo tenía un color rosa más oscuro, teñido de albaricoque y oro profundo. Me hallaba en la cama, en mi buhardilla, y aún llevaba puesto el vestido rojo de brocado y las enaguas de encaje negro, y ambas prendas estaban lastimosamente arrugadas. Tenía un hambre atroz. Me incorporé y me froté los ojos. No era el alba lo que surcaba el cielo. Era el ocaso; me había pasado todo el puñetero día durmiendo. No era de extrañar que tuviese hambre. Mientras por las ventanas se colaban agonizantes rayos de sol, me levanté, me lavé la cara y me cepillé el pelo. Gordon me había llevado allí arriba y me había descargado sobre la cama sin molestarse en cubrirme con algo, razón por la que yo sentía frío. Tirité, me alisé la falda y me coloqué bien las mangas acampanadas mientras el estómago me hacía unos ruidos amenazadores. No había probado bocado en más de veinticuatro horas, desde el día anterior al mediodía, y en las última semana había adquirido la costumbre de comer regularmente.

Cuando bajé, el escocés estaba sentado ante la mesa de trabajo; la pluma volaba sobre una página ya medio llena de enrevesados trazos negros. Absorto en el trabajo, no me oyó llegar a pesar de que me tropecé con una

pila de libros que había dejado en el suelo. El lugar estaba increíblemente desordenado... libros, papeles por todas partes, la levita tirada sobre una silla, una fuente de comida en el suelo, delante del sofá. Distinguí en ella pan, queso y medio pollo asado - maná celestial en aquellos momentos-; me dejé caer en el sofá y arremetí contra ellos con gran deleite, arrancando un muslo y devorándolo en un tiempo récord. El muy cabrón debía de haber ido él mismo a buscar la comida. Curioso. Seguro que le habrían cobrado el doble, que se la habrían pegado bien. Puede que él supiera escribir libros, pero no tenía ni idea de comprar comida; era igual de inútil que la mayoría de los hombres cuando se trataba de cosas tan prosaicas.

Lanzó una maldición en voz alta, rompió la hoja en la que había estado trabajando, cogió otra nueva y metió con saña la pluma en el tintero. Suspiré, me terminé la comida y luego fui a la cocina a hacer café. La cocina estaba toda en desorden. Resultaba difícil de creer que aquel hombre pudiera crear semejante caos en tan poco tiempo. Había algo derramado en el suelo. Parecía sopa. El bote del café estaba volcado, y los granos esparcidos por todas partes. Advertí que él había ido a buscar agua al ver un cubo medio lleno en el escurridor. Bien. Yo entonces no tenía ganas de enfrentarme a aquellas escaleras. Puse agua a hervir y molí el café. Unos minutos después vertí el maravilloso y aromático brebaje en una taza azul y le añadí una generosa cucharada de azúcar.

- ¡Yo también tomaré una taza! bramó.

Le serví una taza y se la llevé; me coloqué delante de la chimenea y empecé a beberme el mío a pequeños sorbos mientras las chisporroteantes llamas me calentaban la parte de atrás del cuerpo. Gordon siguió trabajando, terminó una página y empezó otra; de vez en cuando se interrumpía para consultar un libro que tenía abierto sobre la mesa, junto a él. Llevaba unos zapatos de cuero negro muy desgastados, viejas calzas negras y una delgada camisa blanca; encima se había puesto una bata que en tiempos había sido de un espléndido color azul marino; el delgado satén de que estaba hecha se hallaba desgastado en algunos sitios, y uno de los puños se encontraba ligeramente raído. Verdaderamente aquel hombre necesitaba un guardarropa nuevo. Todas sus prendas se estaban cayendo a trozos. Pero era más importante que su familia tuviese ropa decente, pensé al recordar la conversación que había escuchado entre él y Bancroft. Los libros de Roderick Cane le reportaban una fortuna, pero con los parientes necesitados que tenía en Escocia y las contribuciones en apoyo de las bandas de rebeldes, al autor apenas le quedaba lo suficiente para vivir.

- ¿Cómo se escribe herencia? - me preguntó malhumorado.

- H-e-r-e-n-c-i-a. Y gato se escribe g-a-t-o.

- ¡No te pongas insolente!

Terminé el café, me tomé otra taza y luego empecé a poner en orden la habitación. Gordon no me prestaba la menor atención. Se levantó una vez para ir a buscar un libro y al hacerlo la falda de la bata produjo un suave ruido sibilante. El tenía la mirada ausente, y se le notaba que seguía viviendo la historia mientras hacía aquella consulta para el libro. La espesa onda de pelo negro le caía sesgada sobre la frente. El rostro se le veía bastante pálido. Me pregunté cuánto habría dormido. De pie en medio de la habitación y completamente ajeno a mi presencia estuvo leyendo más o menos una página, arrojó luego el libro sobre el sofá y regresó a la mesa para sentarse ante ella. Puse cara de fastidio, recogí el libro y lo coloqué en

su sitio. Cuando la habitación estuvo suficientemente ordenada, retiré la comida y fregué los platos y también aquella sustancia pegajosa que había en el suelo de la cocina.

- ¡Maldición! -exclamó.

Entré corriendo en la habitación delantera.

-¿Qué sucede?

-Acabo de romper la puñetera pluma. Era la última que me quedaba. Corre a comprarme un paquete.

- Son más de las ocho. Hace horas que las tiendas están cerradas.

-¿Por qué demonios no compraste unas cuantas la última vez que estuviste en la papelería? ¡Yo no puedo ocuparme de esas cosas! ¡Tengo mucho trabajo que hacer, trabajo importante!

-¡No soy vuestra niñera, Cam Gordon! Ni siquiera me pagáis un sueldo. Y no me gritéis solamente porque vos seáis poco previsor.

- Estoy justo a mitad de un pasaje muy importante. Quería terminarlo esta noche. Me he pasado la mayor parte del día trabajando. ¡Maldita sea! ¡Maldición, maldición!

-No hay necesidad de organizar un escándalo por eso -le dije.

-Maldita sea, escúchame. Tú no entiendes lo más elemental acerca de la creatividad...

-Tengo una pluma de repuesto en mi habitación -le informé con paciencia.

-¿Y por qué demonios no me lo has dicho?

-No me habéis dado ocasión. Y además creo que ni siquiera debería habéroslo dicho; tendría que haber dejado que os consumierais en vuestro propio jugo.

Me miró echando chispas azules por los ojos, con las cejas amenazadoramente juntas.

-Un día de éstos, Miranda, un día de estos... vive Dios que voy a perder el control y a estrangularte.

- Ya, y yo os sacaré los ojos con las uñas antes de que os deis cuenta.

- ¡Sube a buscar esa pluma! ¡Ahora mismo!

Le hice una mueca. Con aspecto asesino, apretó los puños; pasé por su lado con grandes aires y subí, sintiéndome curiosamente regocijada. Aquel bestia era en realidad un ser tan indefenso como un niño de pecho. No tenía ni idea de cómo había podido pasarse alguna vez sin mi. Era un fanfarrón, siempre estaba gritando, siempre lanzando malvadas amenazas, pero en muchas cosas era como una criatura. Cogí la pluma y se la llevé abajo. Me la quitó de las manos muy enfurruñado mientras me dirigía un mirada hosca. Sonreí para mis adentros deseando pasarle la mano por aquel mechón de cabellos y apartárselo de la frente. Metió la pluma en el tintero y poco después se hallaba de nuevo inmerso en el trabajo.

Puse otro leño en el fuego y me dirigí despacio a su habitación para ponerla en orden. El olor del perfume de lady Evelyn todavía flotaba en el ambiente como una nube empalagosa e invisible. Abrí las ventanas y sacudí un trapo en el aire intentando librarme de aquel nocivo aroma. Advertí que él se las había arreglado para volver a componer la cama. Las tablillas estaban todas en su sitio y había empujado la cama hasta la posición correcta. Al recordar los ruidos y la mirada que la dama llevaba en el rostro al salir de la habitación, tiré airadamente de las sábanas e hice una bola con ellas para arrojarlas al cesto de la ropa sucia. Fui a buscar sábanas limpias y las

coloqué en la cama poniendo cuidado en alisar bien el fino y viejo lino que ya había sido remendado una docena de veces; la tela estaba adelgazada por el uso. Saqué el edredón de repuesto, de brocado marrón y acolchado, que estaba igual de viejo que las sábanas, pero maravillosamente limpio. Lo extendí sobre la cama, mullí las almohadas y las metí en las fundas de brocado que hacían juego con la colcha. La habitación estaba mejor ahora que el aire fresco se había llevado el perfume y no quedaba rastro de la invitada. Dejé las ventanas entreabiertas, suspiré y volví a la habitación delantera.

Gordon continuaba trabajando; garabateaba laboriosamente mientras el viejo reloj que había en la repisa de la chimenea marcaba el paso del tiempo con su monótono tic-tac. Cogí un libro, me acomodé en el sofá y leí unas cuantas páginas sin gran entusiasmo. No me interesaban las tácticas militares alemanas. En mi opinión eran un maldito aburrimiento. No me iba a quedar más remedio que sisar algo de dinero del tarro de jengibre e irme a uno de aquellos viejos y polvorientos puestos donde se vendían libros de segunda mano para conseguir así algo digno de ser leído. Puede que hasta llegase a encontrar un volumen de Shakespeare que reemplazase a aquél que me había visto obligada a abandonar en la carbonera.

Dejé el libro a un lado y eché una perezosa mirada en torno a la habitación, tan caliente y acogedora con aquel fuego que ardía y los muebles gastados y cómodos. La vieja madera estaba reluciente. Los colores pastel, muy desvaídos, suavizaban la vista. El escocés continuaba trabajando enfundado en la vieja bata de satén azul marino; la pluma rascaba y hacía un ruido parecido al que producen los ratones en el friso de la pared. Contemplé a aquel hombre, estudié aquel perfil serio y concentrado, la nariz afilada, los labios apretados, la espesa onda de pelo que caía hacia adelante. Se detuvo, dio un suspiro. flexionó los brazos y estiró las anchas espaldas bajo el satén oscuro. Leyó unas cuantas líneas, frunció el ceño, tachó una o dos palabras y se puso a trabajar otra vez, perdido en aquel mundo que estaba creando sobre el papel. Qué maravilloso debía de ser tener la habilidad suficiente para hacer aquello, pensé. Qué maravilloso dejar atrás el mundo real con todas sus preocupaciones y penetrar en otro mucho más vívido, más vital, y repleto de personajes fascinantes cuyas vidas sólo el autor controla.

No me habría importado escribir un libro algún día. Ciertamente estaba aprendiendo mucho acerca de aquel oficio a base de observar al escocés y de copiar en limpio su obra. Decididamente para ello hacía falta cierta maña, sin ella no había nada que hacer, pero a mí me parecía que lo principal consistía en la capacidad de trabajo, en trabajar, trabajar y seguir trabajando aunque se hiciera muy difícil y las palabras se negasen a acudir o los personajes a hablar y a moverse. En esas ocasiones Cam Gordon se ponía rabioso y malhumorado, hacía rechinar los dientes, lanzaba un montón de maldiciones y arrugaba y tiraba grandes cantidades de papel, pero seguía trabajando hasta que por fin algo se abría y las palabras empezaban a fluir de nuevo.

Era bien pasada la medianoche cuando por fin dejó la pluma, se puso en pie y se estiró. Miró con asombro la habitación, como si estuviese sorprendido de encontrarse en Londres, en el piso de la calle Holywell. Pareció sorprendido también de verme sentada en el sofá. Se estiró otra vez y se acercó para situarse de pie ante la chimenea; ahora estaba relajado y de

un inusitado buen humor. El trabajo le debía de haber ido verdaderamente bien.

-¿Habéis terminado el pasaje? -le pregunté.

Hizo un gesto de asentimiento.

- He terminado todo el capítulo.

-¿Habéis... habéis estado trabajando todo el día? ¿Habéis dormido algo?

-He dormido unas cuantas horas esta mañana. Me despertó bruscamente una visita inesperada. Una dama que se sentía muy desgraciada.

-¿Una dama?

- La encantadora lady Evelyn. Al parecer cuando ayer se marchó de aquí alguien tuvo la ocurrencia de tirarle a propósito un cubo de agua. Le echó a perder el peinado y el vestido, que cuesta una pequeña fortuna. Asegura que no podrá volver a ponérselo nunca mas.

- Qué vergüenza - dije fingiéndome muy preocupada-. ¿Quién habrá podido hacer una cosa así?

-Sí, ¿quién habrá sido? Dice que el agua estaba llena de unas asquerosas mondas de patata y zanahoria. Si no me equivoco, en aquel abominable estofado con el que intentaste envenenarme había zanahorias y patatas.

-Me parece que si.

-Me pregunto qué se hizo de las mondas.

-Yo también me lo pregunto -dije yo.

Le afloró a los labios una leve insinuación de sonrisa. No estaba molesto en absoluto.

-¿Y que... qué le dijisteis vos a la encantadora lady Evelyn?

-Le dije que si se empeñaba en visitar unos barrios de tan mala reputación, era normal que tuviera que sufrir las consecuencias. Eso no le gustó nada, y me dedicó unas cuantas palabras muy bien escogidas.

- Me lo imagino.

-No tenía la menor idea de que conociera ese tipo de vocabulario.

-A mí no me sorprende nada.

- Estaba extremadamente iracunda. Me acusó a mí de ser el autor del remojón; me dijo que era un villano, un bruto sin corazón, un monstruo despiadado y, por añadidura, un testarudo hijo de perra. Me mostré de acuerdo con ella, claro está, y luego la eché de aquí.

-¡Bien hecho!

-¿Por qué lo hiciste, Miranda?

-Yo... es que sentí un impulso irrefrenable. No pude resistir la tentación. Venir aquí con esos aires, actuar como si vos fuerais propiedad suya y comportarse como una... como una perra en celo. Una mujer así. .. es capaz de arruinar a cualquier hombre.

-Me temo que ya ha arruinado a unos cuantos.

-¿No... no estáis furioso conmigo?

-Al contrario, te estoy muy agradecido. Lady Evelyn se me estaba convirtiendo en un problema.

-Y si os resultaba tan puñeteramente molesta, ¿por qué le disteis pie desde el principio?

- La carne es débil - me contestó-, y un hombre tiene ciertas necesidades. Lady Evelyn se mostraba siempre muy gustosa de satisfacerlas.

-Ya veo. ¿Qué vais a hacer ahora sin ella?

Librodot

-Supongo que lo único que puedo hacer es buscarme alguien en otra parte - replicó.

Me dirigió una larga mirada que encontré en extremo desconcertante, pues aquellos ojos azules estaban oscurecidos por algo que no había visto nunca antes en ellos; Juego se acercó lentamente al pequeño aparador y abrió una de las puertas lacadas. Sacó una botella de vino que yo ni siquiera sabía que tuviera, se sirvió una copa y empezó a beberla pensativo, mirándome por encima del borde. Sentí que algo se removía dentro de mi, y me puse súbitamente asustadiza e incómoda. Jugueteé con una de las mangas acampanadas del vestido tratando de evitar aquellos ojos, pero cuando levanté Ja vista Cam seguía contemplándome con aquella mirada tan intensa.

-De-debéis de estar muerto de hambre -tartamudeé poniéndome en pie-. Os traeré algo de comer.

-No tengo hambre, Miranda.

-Entonces café. ¿No os apetece una agradable taza de...?

- No quiero café. Estoy bebiendo vino. Y me parece que a ti también te vendría bien una copa.

-No...no; se me subiría a la cabeza en seguida.

Llenó otra copa a pesar de todo y me la acercó. Titubeé durante un instante antes de cogerla, y cuando lo hice rocé con los dedos los suyos y me sentí invadida por un sobresalto. La mano me temblaba y el vino formaba remolinos en la copa. Cam Gordon puso una mano sobre la mía para afirmaría y yo tuve la certeza de que me iba a desmayar, yo, que siempre me había mofado de esa clase de ñoñerías tontas. Estaba temblando por dentro absolutamente aterrorizada, pero con una clase de terror que nunca antes había experimentado.

-¿Qué te ocurre? -me preguntó en voz baja.

- Nada... sólo... sólo permitidme que me tome el vino.

De nuevo un amago de sonrisa cruzó aquellos finos labios sonrosados. Me soltó la mano; me llevé la copa a los labios y tomé con avidez un gran trago de vino y luego otro. Era como terciopelo líquido, un poco amargo, suave y picante, y me llenó de calor. Bebí otro sorbo deseando desesperadamente que él no estuviese tan cerca mirándome con aquellos ojos azules, ahora oscuros y ardientes y medio ocultos por las espesas y largas pestañas. ¿No tenía nada más que hacer? ¿Sólo quedarse allí parado observándome con los labios entreabiertos? Yo sabía bienio que a él le estaba pasando por la cabeza, lo sabía puñeteramente bien, y aquello me asustaba de un modo terrible. Me bebí de un trago el resto del vino tratando de actuar con desenfado.

-¿Quieres más? -me preguntó.

-Ni pensarlo. Ya... ya empiezo a sentirme mareada.

-Hay que tomarlo más despacio.

- Pues podíais haberos molestado en advertírmelo. Yo... yo no soy una de esas malditas damiselas vuestras que toman vino y faisán a diario. Si queréis saber la verdad, nunca lo había bebido antes.

-Tranquilízate, Miranda.

- ¿Cómo diantres voy a tranquilizarme con vos ahí, tan cerca, respirándome en la garganta?

-¿Te molesta?

-Me molesta horrores.

-¿Por qué?

- Sabéis de sobra por qué. No soy como vuestra preciosa lady Evelyn.

-Y tanto que no.

- Resulta... que da la casualidad de que soy una buena chica, lo creáis o no. De modo que ya podéis... ya podéis quitarme los ojos de encima y sacaros esas extrañas ideas de la cabeza, Cam Gordon.

- Hace bastante tiempo que esas ideas me rondan por la cabeza - confesó-. Hace ya semanas que vengo luchando contra ellas.

- Pues seguid luchando - repliqué.

Me miró profundamente a los ojos durante un momento; luego me cogió de las manos la copa vacía, la llevó al aparador y la dejó allí. Di un suspiro de alivio. No había podido respirar como es debido con él tan cerca. Me resultaba imposible pensar con claridad. Y aún no podía hacerlo. Tenía la cabeza confusa, el corazón me latía y me había sonrojado. Hacía un puñetero calor allí dentro, aunque el fuego se había consumido casi por completo. Varias de las velas se habían apagado tras lanzar un chisporroteo y la habitación era un cubil acogedor y en penumbra. La pálida luz dorada se alternaba con suaves sombras y creaba un ambiente húmedo que no facilitaba en nada las cosas. La campana de St. Clement tañía en medio de la noche, profunda y serena. A través de los cristales de la claraboya se veía el cielo de un brumoso color negro azulado y salpicado por el resplandor trémulo de la luna.

Dio media vuelta, cruzó los brazos sobre el pecho, apoyó las nalgas en el aparador y me observó con los ojos entornados. Al pálido resplandor de la luz de las velas, la bata azul marino tenía un profundo lustre sedoso, y las sombras le barrían la cara haciéndola parecer aún más delgada, más adorable. Yo sabía manejar al malhumorado e iracundo escocés que me gritaba, amenazaba y demás - de hecho lo encontraba muy estimulante-, pero aquel seductor Cam de ojos somnolientos era algo absolutamente distinto.

- Yo... creo que será mejor que me ponga a copiarlo que habéis escrito - le dije con nerviosismo-. No tengo sueño. Lo más seguro es que pueda terminarlo todo esta noche. Vos... vos haced vuestra vida. Volveré a encender las velas y...

-No te muevas -me dijo.

-Tengo que copiar todo eso. Si no me retrasaré y vos empezaréis a gritarme y...

-Deja de parlotear de una vez -me ordenó.

Obedecí. Lo miré. Lo deseaba, lo deseaba desesperadamente, y él también me deseaba a mí; nunca me había sentido tan asustada, tan temblorosa e indefensa. Me parecía que estaba de pie en un umbral invisible. Anhelaba de todo corazón cruzarlo y entrar en aquel mundo mágico que yo sabía me estaba esperando, pero al mismo tiempo deseaba también fervientemente que todo siguiera como hasta entonces. ¿Cuántas veces había alimentado yo secretas fantasías en ciertos momentos ensoñadores y llenos de sopor a altas horas de la noche, antes de dejarme vencer por el sueño? Algunas de ellas me habían hecho subir los colores a las mejillas, aunque durante el día yo me negaba a reconocerlo fingiendo que nunca habían tenido lugar.

-Veo que aún llevas puesto ese vestido -me comentó.

-No... no me acordé de cambiarme. Tenía hambre, bajé, luego me puse a hacer cosas y...

-Quítatelo -dijo.

-¿Ahora... mismo?

-Ahora mismo.

- ¡Ni hablar! ¡No me desnudaré delante de vos! Yo...

-¡Haz lo que te digo!

Tenía la voz seria y temible. Con manos temblorosas traté de desabrocharme los diminutos corchetes que el vestido tenía en la espalda. No conseguí hacerlo. Cam

Gordon cruzó la habitación, se situó detrás de mí y me puso las manos en los hombros desnudos. Arqueé la espalda, tiritando ahora muerta de frío, y me pareció que fuera a la deriva por el espacio cuando empezó a acariciarme suavemente un lado del cuello con los dedos. Ya no me daba la impresión de estar de pie en una habitación surcada de sombras. Ahora estaba flotando, flotando llena de increíbles sensaciones, de apretados capullos de sensación que estallaban suavemente hasta convertirse en flores que luego se abrían y expandían. Me acarició la garganta y los hombros, y luego empezó a desabrocharme los corchetes con mucho cuidado, expertamente, como si tuviera mucha práctica en ello.

Noté que el corpiño se aflojaba, pues el rico brocado negro ya no me oprimía el pecho. Cuando desabrochó el último corchete el corpiño cayó hacia adelante y quedó sujeto sólo por las mangas. Me pasó la punta de un dedo a lo largo de la espina dorsal. Cerré los ojos y sentí que las rodillas se me ponían tan débiles que creí realmente que se me iban a doblar. Las sensaciones continuaron floreciendo, estallando y llenándome la sangre de un hormigueante dolor que era una deliciosa tortura. Enganchó los pulgares en las cintas de las mangas y tiró de ellas hacia abajo. La seda se deslizó libremente. Gordon dio la vuelta hasta quedar situado frente a mí, me puso las manos en las caderas y, arrodillándose, acabó de bajarme el vestido hasta el suelo; la prenda formó un brillante círculo de seda a mis pies. Di un paso para salir del vestido, lo empujé hacia un lado con el pie y me quité también los zapatos. Cam Gordon se incorporó y retrocedió un par de pasos, contemplándome con oscuros ojos azules.

-Por favor -le susurre-. No... no hagáis esto. Dejadlo correr.

-Te deseo, Miranda. Te he deseado desde el principio.

-No... no está bien.

-Me parece que todos estos remilgos están fuera de lugar -me dijo.

-No... no son remilgos. Yo nunca...

-Tú lo deseas tanto como yo.

-Puede que sea cierto, pero eso... eso no cambia las cosas. Hemos... nos llevamos bien y no hay...

-Eres preciosa -me dijo con voz ronca-. Dios mío, eres preciosa.

-Cam...

-No hay una mujer en todo Londres que se pueda comparar contigo.

Yo ahora únicamente llevaba puestas las delicadas enaguas de encaje negro, cuyas faldas ondeaban como capas de la más fina gasa negra. Le miré a los ojos, temblando. Una fuerza que no me sentía capaz de controlar me impulsaba a dar ese último paso que me haría traspasar el invisible umbral, pero logré contenerme, temerosa, a pesar de que aquel glorioso dolor crecía a cada instante dentro de mí y exigía ser liberado, exigía ser satisfecho. Yo ya

no era independiente, una entidad separada y libre. Formaba parte de un todo y sólo aquel hombre podía completarme.

- Quemaremos el vestido - me dijo entonces-. Y también las enaguas.

- Sí. Yo... nunca podría volver a ponérmelo. Debería... debería haberlo quemado ya.

-Te compraré un vestido nuevo, Miranda. Uno mucho más bonito que éste. Te compraré una docena.

-No -le dije en un susurro-. No es... no es eso lo que quiero de vos.

Me cogió por los hombros y enganchó con los pulgares los finos tirantes de la enaguas; tiró de ellos hacia abajo y los pechos se me tensaron bajo la tela, tirantes y formando blancos montículos coronados por firmes pezones rosáceos apenas velados por el encaje negro. Cogió la tela, la rompió en pedazos y en cuestión de segundos las enaguas yacían a mis pies hechas jirones y yo me hallaba ante él completamente desnuda. Me envolvió con los brazos y me atrajo hacia sí; sentía contra mi piel el tacto fresco y sedoso de la bata de satén. Una extraña languidez se fue apoderando de mí dejándome indefensa, al tiempo que nuevas y cada vez más fuertes sensaciones estallaban silenciosamente en mi interior.

-He tratado de luchar contra esto -me confesó-. Durante semanas he estado luchando contra esto y diciéndome que de ninguna manera podía sentirme atraído por una... una golfilla callejera medio salvaje con cara de ángel y una lengua capaz de hacer ruborizar a un estibador. Has conseguido embrujarme, muchacha.

- Mal-maldito seáis, Cam Gordon. Si es eso todo lo que sentís...

- Has entrado en mi vida como un gato callejero muerto de hambre. Bufando, arañando y causando estragos a la menor oportunidad. Y yo deseaba estrangularte, deseaba vaciarte encima de la papelera y deshacerme de ti junto con el resto de la basura; y luego, maldita sea, luego te me hiciste indispensable, hiciste que me preguntara cómo alguna vez había podido arreglármelas sin ti.

-Vos... vos no sois precisamente la gloria. Hay montones de veces en que os comportáis de un modo horrible y...

- Y si me quedara algún resto de sentido común aún lo haría; te echaría a la papelera antes de que la cosa llegase a mayores, pero me temo que ya he perdido el juicio por completo.

-Soltadme. Sois un... un canalla.

Apretó el abrazo y me miró a los ojos. Los suyos tenían ahora un color azul muy oscuro y centelleaban de deseo, medio ocultos por las pestañas entornadas. La boca de aquel hombre estaba sólo a unos centímetros de la mía. Aquella dulce tortura no podía durar mucho más, era imposible, si no me desmayaría. Me abarcaba con el brazo derecho curvado alrededor de la cintura mientras la mano izquierda me bajaba por la espalda. Deslizó la palma por la curva de mi trasero, apretándome la carne con aquellos dedos tan fuertes. Separó los labios. Sentí que un violento temblor me hacia estremecer.

- No he conocido nunca a nadie como tú - me dijo.

- Pues... pues yo creo que no soy tan rara. Es sólo que... yo...

- Eres única, maravillosamente única... y toda mía. Anoche, cuando creí que quizás te perdiera, estuve a punto de volverme loco. Me di cuenta entonces de que me sería completamente imposible vivir sin ti.

- ¿Tenemos... tenemos que hablar tanto?

Librodot

Entonces sonrió; le coloqué una mano en la nuca y levanté la otra para echarle hacia atrás aquella espesa onda negra que le caía sobre la frente. Me oprimió la boca con la suya y me estuvo besando durante mucho, mucho tiempo; los músculos del cuello se le tensaban más a medida que él se abría camino con la lengua, con cuya punta me acariciaba las paredes de la garganta. Me estrujaba muy fuerte contra él, y noté que la tensión se había apoderado de aquel largo y magro cuerpo que a duras penas podía contenerse y luchaba contra aquella urgencia que amenazaba con vencerle. Me liberó los labios y levantó la cabeza con las facciones del rostro tirantes, casi duras. Me cogió en brazos, me condujo al dormitorio y tiró hacia atrás la ropa de la cama. Después me dejó caer encima.

La habitación estaba fresca porque el aire penetraba por las ventanas parcialmente abiertas, pero ninguno de los dos se fijó en ello. Todo el cuerpo parecía derretírseme a causa de un calor que me quemaba bajo la piel como una dulce fiebre. Me estiré sobre las frescas sábanas de lino y me retorcí, esperando; Cam se quedó de pie al lado de la cama y me miró con rostro inescrutable. Las cortinas se movieron suavemente mecidas por la brisa y produjeron un débil susurro. La habitación se había transformado en un emparrado de sombras aterciopeladas de un color gris azulado oscuro... muy oscuro, que barría las paredes, y algunos pálidos rayos de luna penetraban en diagonal por la ventana. Yo me encontraba bañada en plata, y casi notaba la luz de la luna acariciándome el cuerpo.

Cam se desató el cordón de la bata, se la quitó y la tiró a los pies de la cama. Se sentó a mi lado en el borde de la misma y el colchón se inclinó ligeramente; levanté una mano para acariciarle la espalda mientras él se quitaba primero una zapatilla y luego la otra. Qué lujo, qué bendición poder tocarlo libremente, sentir el calor de aquella carne bajo el delgado tejido blanco de la camisa. Volvió a ponerse en pie y se despojó de ella, dejándola caer al suelo. Me hallaba en un sueño. Aquello no era más que otra fantasía, y con toda seguridad me despertaría en mi cama de la buhardilla y el sueño se desvanecería y se convertiría en lejanos recuerdos de una dicha quimérica. Pero sentía debajo de mi cuerpo el lino, y la luz de la luna realmente me acariciaba la piel mientras mi escocés cruzaba descalzo la habitación para cerrar una de las ventanas, ahora él también totalmente desnudo, como una alta y magra estatua griega que hubiese cobrado vida, pero hecha de cálida carne en vez de mármol.

Volvió a la cama; levanté los brazos y los curvé en torno a su espalda al mismo tiempo que él se inclinaba pasa besarme la garganta. Tenía unos labios cálidos y húmedos con los que me rozó ligeramente la piel. Cerré los ojos y me sumergí en un torbellino de sensaciones que me sumía hacia el olvido cuando comenzó a besarme los pechos y los pezones, tensos, tirantes, amenazando con estallar mientras él los acariciaba con la lengua. Jadeé y apreté la espalda; los muelles produjeron un quejido y el colchón se inclinó de nuevo cuando él se me puso encima apoyándose en las palmas de las manos. La luz de la luna ahora nos bañaba a ambos, pero entonces una nube ocultó la luna y nos vimos sumidos en una oscuridad negra y azul. Descendió hasta quedar sobre mi y me inmovilizó bajo el peso de su cuerpo, siendo el mío un cálido cojín para él.

Un momento de pánico puramente instintivo me trajo de vuelta a la realidad; me debatí, tratando de apartar de mí aquel cuerpo, pero él se mostró duro y severo, me sujetó con firmeza y me separó las piernas. Grité al

sentir la cálida, dura, suave y aterciopelada punta de su hombría buscando la entrada, y luego al notar que aquel rígido mástil golpeaba y se hundía en la vaina que era mi carne. Encontró un obstáculo, y se puso a empujar contra él repetidas veces, cada una más fuerte que la anterior, más profunda, mientras el pánico se apoderaba por completo de mí y sentía un dolor desgarrador y punzante que me obligaba a gritar. Luego el dolor se convirtió milagrosamente en una dichosa molestia, y empezaron a brotar unas fuentes profundas que me inundaron de un placer extático que aumentaba por momentos, hinchándose en mi interior, estallando una vez, dos veces, y de nuevo otra más al profundizar él hasta hacerme creer que me iba a romper en pedazos. Todo el cuerpo se le puso en tensión, estirado de placer como el de un potro, y se hundió en mí de nuevo empujando poderosamente con todas sus fuerzas. Se estremeció presa de convulsiones, igual que yo, y hubo una explosión final en la que las sensaciones se transformaron en chispas que ardían lentamente dentro de mí y me dejaban en sus dulces orillas aturdida, sobresaltada, rota.

Luego se durmió, y lo mismo hice yo. Me desperté más tarde, al notar que la luz de la luna me acariciaba los párpados. La habitación seguía estando bañada en plata, y era consciente del peso de la cabeza de mi escocés, que me apretaba hacia sí con un brazo, en el hombro; Gordon tenía una pierna suya puesta encima de las mías. Gruñó irritado en sueños cuando le pasé los dedos por el pelo y le acaricié con la palma de la mano las curvas del hombro. Gruñó de nuevo, luego abrió los ojos y me apretó más contra él. Empezamos a retozar de nuevo; me tomó lentamente, y esta vez no hubo dolor ni pánico; el placer fue increíblemente intenso. Cuando estuvimos saciados, cuando él era un peso muerto puesto sobre mí, pero todavía dentro aunque apagado, sonreí, lo abracé y me di cuenta de que tenía las pestañas húmedas de lágrimas de felicidad que yo no era consciente de haber derramado.

A las once de la mañana siguiente yo me hallaba en la cocina. El café hervía y llenaba la estancia de un maravilloso aroma; la brillante luz del sol salpicaba a través de las ventanas y se filtraba por la claraboya. Volví a sonreír mientras disponía los bollos en una fuente. Cam seguía durmiendo, pero yo ya hacía muchas horas que estaba despierta. Había tenido tiempo de bañarme, me había cepillado el pelo y me había puesto el vestido de algodón azul estampado con florecitas púrpura que había comprado en la tienda de ropa usada. Tras envolverme los hombros con el chal violeta ribeteado, había ido a la panadería y había comprado unos bollos deliciosos para su desayuno, y todo el tiempo había sentido dentro de mí un resplandor cálido y acogedor. Me sentía maravillada. Me sentía magnífica. La sangre me cantaba y yo. quería echarme a reír en voz alta de tanta alegría como sentía.

Todavía me escocía un poco allí abajo, cierto, y sentía todo el cuerpo magullado, pues parecía pulverizado, como si hubiera recibido una paliza, pero de todo modos era una sensación gloriosa. Y por ello saboreaba cada molestia. Se oyó el tañido de las campanas de la iglesia mientras yo quitaba el café del fuego y llenaba dos tazas que ponía a continuación sobre la bandeja junto con el plato de bollos, una cuchara, un pequeño azucarero blanco adornado con ramilletes de flores pintados en su superficie, y una jarrita de leche que hacía juego. Le oí andar de un lado a otro de la habitación y organizar un gran alboroto; luego oí salpicar el agua y golpear

las botas. Luego él apareció en la habitación delantera; yo le recibí con la bandeja y le sonreí.

- Buenas - dije.

-¡Buenos días! -me espetó.

-Vaya, estamos de mal humor esta mañana, ¿no?

- ¡Siempre estoy de mal humor por la mañana!

- Ya lo sé. No se puede vivir con vos hasta que os habéis tomado por lo menos dos tazas de café. Aquí lo tengo preparado, muy bueno y caliente, y además os he traído tres bollos de canela, que son vuestros favoritos, y uno de albaricoque para mí. Sentaos.

Se sentó. Había puesto muy mala cara. Yo sonreía. Se bebió el café y me miró echando chispas; cogí el puchero y le serví otra taza de café, le añadí azúcar y un poco de crema y le di vueltas, sirviéndoselo luego como si él fuese un indolente pachá y yo su feliz doncella. Llevaba botas, unas dazas negras muy ajustadas y una camisa muy fina de linón blanco que estaba viejísima y necesitaba algún que otro remiendo. Lo estuvo observando con orgullo, posesivamente, hasta que por fin se terminó el café y los bollos y yo pude llevarme las cosas. Cuando regresé lo encontré de pie en medio de la habitación con los brazos cruzados; la luz del sol que entraba por la claraboya lo inundaba por completo. Tenía el rostro impasible, y cuando se decidió a hablar lo hizo con una voz llana, sin ninguna inflexión.

-Te debo una disculpa por lo de anoche, Miranda. No se que me paso.

-Yo si sé lo que os pasó, y lo de anoche fue maravilloso. No me lo habría perdido por nada del mundo.

-¿Por qué no me dijiste que eras virgen?

-Lo hice. Os lo he dicho varias veces, pero nunca me creísteis.

- Si lo hubiera sabido... - Se detuvo y frunció el ceño, adoptando un aire muy serio-. No acostumbro a desflorar jovencitas. Nunca pensé tocarte. Tú estás bajo mi responsabilidad y...

-Cam -le dije yo-, querido Cam. No tienes que disculparte. Me alegro de que haya sucedido. Quería que tú me desflorases. Hace... hace mucho tiempo que deseaba que sucediera, y ahora me siento de maravilla.

-Maldita sea -exclamó, ahora incómodo.

-Alguien tenía que ser el primero. Y me alegro de que hayas sido tú. Ahora soy tuya, toda tuya, y tú eres mío.

- ¡Jesús!

Me eché a reír al verle tan alarmado; me acerqué a él, le puse los brazos alrededor del cuello, eché la cabeza hacia atrás y le miré a los ojos. Durante un momento adquirió el mismo aspecto que un niño aterrorizado, luego suspiró y sacudió la cabeza. Alegres ruidos llegaban desde el patio. Los niños jugaban. Los perros ladraban. Las mujeres cotilleaban junto ala bomba de agua. Le di un abrazo muy fuerte, retrocedí un paso, ladeé la cabeza hacia un lado y le dije que era hora de ponerse a trabajar.

- ¿En dónde demonios me he metido yo? - se preguntó tristemente en voz alta-. ¡Yo soy quien da las órdenes aquí, no lo olvides!

-No lo olvidaré -le prometí.

- Hoy pareces todavía más hermosa. Esos cabellos, esa cara, ese cuerpo increíble. Se me está pasando por la cabeza saltarme el trabajo esta mañana. No estoy de humor para empezar otro capítulo. Preferiría...

-Ya lo sé -le indiqué-, pero no vas a hacerlo. No lo harás... no lo harás hasta que lleves hechas por lo menos diez páginas.

-La vida es un infierno -gruñó.

No, no lo es, pensé yo mientras Cam se dirigía malhumorado hacia la mesa de trabajo. Al contemplarle cuando se sentaba, cogía la pluma y abría una botella de tinta, me di cuenta por primera vez de cuán maravillosa podía ser la vida.

(continuará)

(1) Se refiere a Charles Stewart (Carlos Eduardo), pretendiente jaco-hita a la corona de Inglaterra, quien llevó a cabo la insurrección de Escocia en 1745 y cuyo ejército sería aplastado en Culloden, en abril de 1746, por el duque de Cumberland. (N. del T.)

(2) En inglés a estos hombres se les llama straw man, hombres de paja. (N. del T.)

Librodot